

Hic Rhodus. Crisis capitalista, polémica y controversias.

No 1 (1)

Tabla de contenidos

Artículos

<u>Presentación</u>	<u>PDF</u>
<i>Comité de Redacción</i>	
<u>Sobre la crisis mundial, Marx y Keynes. Algunos comentarios pertinentes</u>	<u>PDF</u>
<i>Pablo Rieznik</i>	
<u>Argentina post devaluación. El fallido “regreso” de la burguesía nacional</u>	<u>PDF</u>
<i>Gustavo Burachik</i>	
<u>Marxismo y marginalismo en la socialdemocracia alemana (1892-1912)</u>	<u>PDF</u>
<i>Daniel Gaido</i>	
<u>Tasa de ganancia y crisis mundial</u>	<u>PDF</u>
<i>Pablo Heller</i>	
<u>La oligarquía al poder. Consecuencias políticas de la crisis económica de 1873 en Argentina. Una mirada al proyecto educativo</u>	<u>PDF</u>
<i>Daniel Duarte</i>	
<u>La dialéctica histórica de Karl Marx. Aproximaciones metodológicas para una teoría del colapso capitalista</u>	<u>PDF</u>
<i>Diego Bruno</i>	
<u>Las Manos Sucias de Jean- Paul Sartre y la justificación política del kirchnerismo de José Pablo Feinmann</u>	<u>PDF</u>
<i>Celeste Vecino</i>	

Hic Rhodus

Crisis capitalista. Polémica y controversias.

Director: Pablo Rieznik

Hic Rhodus es una revista electrónica semestral editada por el Proyecto de Investigación UBACyT “Explotación del trabajo y crisis capitalista”, dirigido por Pablo Rieznik en el Instituto de Investigaciones Gino Germani.

ISSN: 2250-5482

Instituto de Investigaciones Gino Germani. Universidad de Buenos Aires

Pte. José E. Uriburu 950, 6º piso (1114) Buenos Aires.



Un atleta, que era muy conocido de sus conciudadanos por su debilidad, partió un día para tierras lejanas. Volvió después de algún tiempo, anunciando que había llevado a cabo grandes proezas en distintos países; contaba con especial esmero haber hecho en Rodas un salto que nunca antes ninguno de los atletas coronados en los juegos olímpicos había sido capaz de realizar, agregando además que presentaría los testigos de su hazaña si algunos de los que allí se hallaban presentes venían alguna vez a su tierra.

Uno de los oyentes tomó la palabra y dijo: -Oye, amigo: si eso es cierto, no necesitamos testigos; esto es Rodas: da el salto y muéstralo (*Hic Rhodus, hic salta*).

Presentación.

Hic Rhodus,

hic salta... es una doble convocatoria, a la verdad despojada y a la acción práctica que la confirma. Es el sentido inmediato y original de la fábula de Esopo sobre las hazañas atléticas que su protagonista reivindicaba haber concretado en la ciudad de Rodas, supuestamente verificadas por la presencia de testigos que confirmarían sus saltos inigualables. El relato concluía con la interpelación de los oyentes que demandaban la prueba irrefutable al fanfarrón: "aquí es Rodas, salta aquí" ("Hic Rhodus, hic salta"). El mensaje, convertido en apotegma, conservó una vigencia secular. Marx lo utilizó en más de una oportunidad. Cuando ahora lo retomamos para lanzar nuestra publicación no nos preocupa por lo tanto el afán de lo novedoso. Pero lo hacemos en una situación en la cual el dictado toma una forma particular cuando se lo vincula a una coyuntura de nuestra historia de características que difícilmente puedan ser subestimadas.

En efecto, asistimos en tiempo real a una crisis del metabolismo de la reproducción social capitalista que se ha extendido en el tiempo, si se tiene en cuenta que ingresamos en el quinto año de su desarrollo: su estallido data de mediados del año 2007, identificado con un martes "negro" de Wall Street. Fue cuando el mercado accionario se derrumbó como consecuencia de la quiebra de algunos fondos financieros montados en la especulación con el negocio inmobiliario.

Es una crisis de alcance planetario. No apenas por su dimensión territorial sino, por sobre todas las cosas, por su imbricación en un momento histórico preciso: el del período que se presentaba como de la victoria definitiva de un tipo determinado de sociedad. La época que habría quedado inaugurada con la caída sísmica de aquellos regímenes que reposaban en aquello que la literatura convencional llamaba, con poco rigor, "economías centralmente planificadas". La desaparición formal de la URSS y, concomitantemente, la conversión de China al credo capitalista, se presentaron entonces en los años noventa como el final de la historia, en su versión vulgar. Era la conclusión de un muy largo proceso de degeneración encubierto con el mote tan confuso como generalizado de "socialismo real".

La restauración del capital en aquellas latitudes de la cual había sido excluido fue definida también, de un modo que se presentó con pretensiones de mayor rigor, como la conclusión de un "siglo corto". Una alusión a su marca original de 1917, la toma del poder por los soviets, la promesa de una nueva era, que habría quedado cancelada. En contrapartida las vicisitudes del quehacer humano retrotraían la promesa al curso de un devenir del cual Octubre aparecía como un desvío imposible de ser continuado. Restaba apenas la utopía, como sabemos aquello que no se encuentra en lugar alguno y la realidad

de un orden insustituible bajo el dominio del capital.

Hic Rhodus...

Fue en las circunstancias en que la civilización capitalista debía probar que su supremacía quedaba establecida como un hecho definitivo que la terquedad de la historia trajo a colación su propia Rodas. La ciudad capitalista, permítasenos abusar de la connotación aristotélica, no pudo superar el desafío, su prueba de la verdad. No hubo salto. Vale como confesión del hecho lo que declarara el vicepresidente del Banco de Inglaterra en 2008, cuando se produjo la quiebra del banco Lehman Brothers, una bancarrota que llevó al sistema financiero global al borde de un abismo. Un lugar del cual no podido apartarse según lo evidencian los acontecimientos más recientes. Es una “crisis de la humanidad” dijo entonces el funcionario, abrumado por los hechos. Es posible –no lo sabemos– que considerara que nuestra especie no puede sobrevivir sin los bancos, olvidando que ya hace tiempo Bertolt Brecht planteó que hay algo peor que fundir una corporación financiera: fundarla. En cualquier caso el testimonio del caballero inglés puede ser abordado como evidencia de la envergadura de la crisis de un sistema que arrastra a nuestra especie a un colapso civilizatorio.

Hic Rhodus

Este el punto... o nuestra Rodas. La crisis del orden social vigente como manifestación de un agudo proceso de descomposición de un capitalismo decadente y senil. La crisis presente hunde sus raíces en el largo agotamiento de un sistema que ha sobrevivido más allá de su razón histórica. Un agotamiento, por lo tanto, que es la marca decisiva de la historia contemporánea, la de un siglo extendido, la de una transición inacabada: si se nos permite, “epocal”. Porque esa misma historia no es lineal ni está exenta de retrocesos, brutales, dolorosos de una apariencia que al espectador poco prevenido se le presentan como eternidad. Sucede que los plazos de nuestra existencia no comulgan con el reloj normalmente más lento de esa misma historia que nosotros hacemos (aunque no lo sepamos). Aquella que estalla en una temporalidad distinta cuando sobrevienen las crisis, esos momentos de la verdad. Nuestra Rodas, por lo tanto, es una convicción, la de que abordamos un metabolismo social que entendemos como condenado a desaparecer, a negarse a sí mismo, como consecuencia de su propio desarrollo. Su superación como autentica creación humana es el salto posible y la aventura consciente de una época, que toda crisis actualiza como posibilidad real. Un salto humano forjado en la fragua de una ancestral inhumanidad –Lefebvre dixit–, la de la explotación del hombre por el hombre, la de los cataclismos sociales más diversos. Un salto, un desafío, teórico y práctico...

Hic Rhodus...

Es apenas una revista, una publicación que lanzamos luego de una ya demorada labor en el ámbito académico de su equipo editorial. De una tarea de años como docentes

universitarios a cargo del dictado de materias en las carreras de Historia y Sociología de las Facultades de Filosofía y Letras y Ciencias Sociales de la UBA, del dictado de cursos y seminarios en el país y en el exterior, así como de la ejecución de numerosos proyectos de investigación que en la actualidad se concentran en la temática “Explotación del trabajo y crisis capitalista” y que encontraron siempre su sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. La publicación se propone no excluir a un público amplio, buscando conscientemente romper algunas fronteras que la academia, mal entendida, tiende a establecer. Algo que se materializa también en nuestro intento de dar cabida en la publicación a trabajos de estudiantes e inclusive de especialistas no acreditados en los moldes tradicionales pero no exentos de la condición del “notorio saber” que la buena tradición universitaria sabe reconocer.

La presentación de nuestra revista puede inducir la creencia de un trabajo de aristas ampulosas bajo el pretexto de la aproximación a la totalidad (de la crisis) como desiderátum metodológico. La reivindicación de la dialéctica no es reaseguro de nada. Nuestro criterio sin embargo no reniega del hecho de que pintando la aldea puedes ser universal. De modo que el estudio de caso o la especificidad de un fenómeno particular son considerados como pertinentes. La crisis y sus mediaciones en el ámbito social son un universo difícil de recortar “a priori”. De modo que sus pliegues y repliegues admiten una mirada pluridimensional e interdisciplinaria que interpela el ámbito amplio de las ciencias sociales y humanas. Una abertura que incluimos deliberadamente en la construcción de nuestra revista que de ninguna manera suponemos lanzar como un producto acabado: camino se hace al andar.

Finalmente, nuestro “marco teórico” está prácticamente explícito en esta misma presentación. Como Sartre, aun cuando no nos reivindicamos existencialistas, reconocemos en el marxismo la “filosofía insuperable de nuestro tiempo”, sin considerar en este caso el contenido polisémico que implica la apelación a la disciplina que nos legaron los griegos. La crisis es siempre un recordatorio de la tesis esencial de Marx: el capitalismo es un sistema históricamente condicionado, condicionado a las leyes de su propio desarrollo, las que conducen a su insoslayable derrumbe (que no es sinónimo, por supuesto, de automático desplazamiento por un orden social superior). El capitalismo conduce a su propia descomposición. Como lo señalamos en alguna oportunidad, la crítica a la tendencia del capitalismo a su propio e inevitable colapso ha sido adoptada también en ámbitos académicos y extra académicos que, contradictoriamente, se identifican con la izquierda e inclusive con planteamientos de transformación social anticapitalista. La paradoja tiene su propia lógica, en cuya explicación pesa seguramente la frustración provocada por el derrumbe, ya no del capitalismo, sino de las experiencias mal llamadas “socialistas”. Basta esta definición para justificar el título ampliado de la publicación que ofrecemos (crisis capitalista, polémicas y controversias) y como invitación al debate.

Sobre la crisis mundial, Marx y Keynes. Algunos comentarios pertinentes

Pablo Rieznik

Universidad de Buenos Aires - Instituto de Investigaciones Gino Germani
rieznik2002@yahoo.com.ar

Resumen

Al momento de ingresar en el quinto año de una crisis capitalista sin precedentes, las tendencias a un nuevo colapso del sistema financiero se presentan apenas como la punta del “iceberg” de una bancarrota generalizada. Esto, a pesar de una inyección monumental de recursos, equivalentes a un cuarto del producto mundial para intentar mantener a flote la deteriorada nave del mercado mundial capitalista. El remedio “keynesiano”, una expresión que debe ser precisada, ha fracasado. En todo caso, los intentos por combinar el análisis marxista y los planteos del economista inglés en el sitio común de la “heterodoxia” carecen de todo rigor. Un abordaje de la cuestión es el objeto de este texto.

Todo ha sido dicho, pero como nadie escucha, es necesario recomenzar

André Gide

Marx tenía razón, el capitalismo puede autodestruirse

Nouriel Roubini

A principios de agosto de 2011, al momento de escribir las líneas que siguen, la crisis capitalista mundial ingresa en su quinto año. Estalló a mediados de 2007, cuando se declararon en quiebra dos importantes fondos de inversión aplicados a la especulación con activos inmobiliarios. Fue el detonante que arrastró a Wall Street a un emblemático derrumbe de las cotizaciones de los valores negociados en la principal bolsa del mundo. Y fue apenas el principio de un terremoto que alcanzó su apogeo el 15 de setiembre del año siguiente —el 2008, el día en que fue declarada la bancarrota de uno de los mayores bancos de inversión norteamericanos: Lehman Brothers. Era la punta del iceberg, porque lo que quedó planteado entonces fue la situación de emergencia del sistema financiero internacional, al borde de una quiebra generalizada.¹

El establishment mundial se debatió entonces entre el expediente de una nacionalización extendida de la banca para intentar mantener en pie la actividad económica semi-paralizada o su rescate formal mediante una inyección monumental de dinero y subsidios que evitara un colapso terminal. El monto de los recursos utilizados para este fin se estima en una magnitud equivalente a la totalidad de la producción anual de los EE.UU., del orden de los 15 billones de dólares (trillones en la contabilidad anglosajona), una cuarta parte aproximadamente del producto bruto mundial, una cantidad sin precedentes en la historia previa del capitalismo y un indicador, entre otros, de la dimensión también sin precedentes del tsunami que sacude al capitalismo global.

El estallido de la crisis financiera fue seguido por una depresión económica de alcances igualmente planetarios. Las economías más desarrolladas registraron una caída superior al 3% en 2009 luego de haberse estancado durante el año anterior. En los primeros meses de la crisis el desplome de los mercados bursátiles y de la producción industrial llegaba a registros superiores a los alcanzados en la peor crisis de la economía capitalista hasta entonces, la de 1929.

A diferencia de aquella, sin embargo, los analistas consideraron entonces prácticamente por unanimidad que el curso ulterior del derrumbe —que en la década de 1930 se prolongó en un tobogán ininterrumpido por muchos años—, esta vez sería limitado por el masivo rescate financiero que se había evitado setenta años atrás. De hecho, a fines de 2009, se declaraba oficialmente el fin de la recesión. En 2010 los números que evidencian el movimiento de la actividad económica volvieron a mostrar un moderado crecimiento y las ganancias de las corporaciones capitalistas parecían remontar.

No era un oasis...

Fue sólo un espejismo y demasiado costoso si se tiene en cuenta la escala monumental de los fondos aplicados en la operación para mantener en pie a la gran banca. Los datos que se mostraban para probar que la marcha hacia el abismo se había detenido e incluso revertido eran, además, engañosos. En realidad los bancos no habían salido, ni salieron todavía, de la situación de falencia, disimulada apenas por manejos de lo que se llama “contabilidad creativa” para sobreestimar el valor de activos incobrables y devaluados. Por eso mismo los indicadores de la actividad económica se encontraban también distorsionados, del mismo modo que las ganancias corporativas que se presentaban en las cuentas nacionales. Las cifras de la economía “real”, tales como el nivel de empleo, el volumen del crédito o la inversión, para citar las más significativas, mostraban para el que quisiera verlo que no se recuperaron nunca del sacudón. Las cifras de la caída de la producción en 2009, por otra parte, están siendo recalculadas en estos momentos, revelando que habían sido subestimadas.

La supuesta recuperación de la recesión a partir de la segunda mitad del año 2009 reposaba, además, en el relanzamiento de una actividad especulativa enorme, con límites que rápidamente se pondrían de relieve y que, por sobre todas las cosas, reproducían el mismo mecanismo que había conducido al estallido de la llamada “burbuja” inmobiliaria de 2007, cuando los precios de las viviendas comenzaron a bajar, las tasas de interés a subir y los deudores privados comenzaron a ingresar en masa a la fila de la cesación de pagos de sus hipotecas, arrastrando así a los fondos montados a caballo de estas últimas. Fue una bola de nieve que barrió todo a su paso, liquidando un negocio ficticio que se apoyaba en una hipertrofia del endeudamiento para sostener la sobreproducción de casas, edificios y urbanizaciones.

Fue apenas el comienzo porque: muerta la burbuja, ¡viva la burbuja! Fue otra ola de hiperdeuda la que se creó. Pero no para rescatar a las víctimas sino a los victimarios: los bancos y compañías financieras golpeadas por el vendaval. A partir de 2008 se infló entonces un nuevo endeudamiento aunque esta vez sobre las espaldas de las finanzas públicas y también en una dimensión homérica, según los datos expuestos más arriba. Su estallido fue más rápido aún y es el terreno en el que se desenvuelve la crisis ahora, poniendo en acto la quiebra de las economías de países y regiones enteras. El caso más notorio fue el de Grecia —pero también Islandia, Irlanda y antes los países bálticos— que, desde hace más de un año, se desarrolla penosamente como la crónica de un default anunciado, que no cesa de expandirse entre las naciones integrantes del viejo continente.

El default “nacional”, en los términos que acabamos de indicar, no sólo es el terreno emblemático de la nueva fase de la crisis que afecta a los eslabones más débiles de la cadena de la economía globalizada. Es el fenómeno que domina las vicisitudes de la crisis en la actualidad, *urbi et orbe*. Es por eso más que sintomático el hecho de que este quinto año de la crisis haya debutado con el rimbombante problema del default del gobierno norteamericano. Como es sabido, la declaración formal de cesación de pagos fue evitada formalmente con la autorización legislativa pactada entre el gobierno de Obama y los opositores del partido republicano para elevar el nivel de endeudamiento público estatal. Como, por otra parte, los Estados Unidos detentan el poder de gestión de la moneda que sigue funcionando como dinero mundial, no pocos especialistas esti-

maron que el llamado default era un montaje artificial. La cuestión clave en este punto se referiría no tanto al dominio de la economía como al de la política, en particular, a la desarticulación que evidencia el régimen de mando de la primera potencia mundial y a su manifestación en las disputas en torno al presupuesto entre diversos intereses capitalistas. Esto último es innegable pero precisamente porque el centro de la crisis económica mundial son, precisamente, los Estados Unidos de América.

Un oportuno análisis sobre este tema (Altamira, 2011) indica acertadamente al respecto que, si se lo examina con rigor, debe concluirse que la cesación de pagos de la deuda de los Estados Unidos es un hecho que se evidencia desde mucho tiempo atrás. Sucede que la administración norteamericana ha dejado de pagar su deuda pública desde hace bastante tiempo, algo que se oculta en el hecho de que se limitan a renovarla con... más deuda, incrementando así explosivamente su valor. La causa principal de este crecimiento es la acumulación de intereses que se pagan con la emisión de deuda nueva. La tasa de ese crecimiento de la deuda supera la del PBI: por eso ha pasado en el curso de los últimos cuatro años de representar el 62% del producto al 100% en la actualidad. De modo que cuando se dice que Estados Unidos podría incurrir en default, se oculta que ya lo ha hecho. La potencia capitalista más importante del mundo se encuentra en cesación de pagos.

Lo que acabamos de señalar se verifica en el hecho de que valor de su deuda en el mercado no tiene nada que ver con la realidad. Su valor nominal, siempre creciente, disimula una estrepitosa caída de su valor real, que no es otra cosa que una expresión de la desvalorización del dólar, la moneda que se usa como referencia mundial. Si se valuara la deuda norteamericana en términos de francos suizos, ni qué decir en términos de la cotización del oro, quedaría claro que ya ha sufrido una desvalorización suficiente como para ser declarada deuda basura o en default. La deuda pública norteamericana vale, en términos de oro, el 12% —un 88% menos— de lo que valía en 2005. Esto cuando la deuda pública federal ha crecido vertiginosamente en los últimos años hasta alcanzar los 14 billones de dólares —un ciento por ciento del PBI— y cuando el déficit fiscal del ejercicio 2011 supera el 10% de ese producto, en las cercanías de los dos billones de dólares. El cómputo de la deuda pública, por otra parte, no incluye a los estados de la Unión y a los municipios —muchos de los cuales, entre ellos el estado de California, ha dejado de pagar sus cuentas en dólares para hacerlo en una suerte de moneda local, un certificado denominado IOU.

Analogía defectuosa (historia)

Es cierto que también en la crisis iniciada en 1929, que aparece una y otra vez como punto de referencia para compararla con la actual, también el epicentro fueron los Estados Unidos, por lo cual no son pocos los estudiosos que estiman que el dato no es original y tampoco debería ser exagerado. No es sólo este dato el que se utiliza para comparar una y otra crisis. Es un ejercicio reiterado una y otra vez para examinar la situación actual. La analogía es normalmente utilizada para destacar características que las emparentarían (Rapoport y Brenta, 2010). Por ejemplo: que estuvieron precedidas por una hipertrofia especulativa descontrolada del capital financiero, que esa misma hipertrofia expresaba una sobreproducción en el ámbito de la economía llamada real,

que las autoridades económicas facilitaron y estimularon la espiral ascendente de la especulación, que fueron precedidas por un largo período previo marcado por una tendencia declinante de la tasa de ganancia del capital, que la distribución del ingreso se había incrementado notoriamente durante un amplio lapso previo provocando un hiato creciente entre la oferta y la demanda, etc.

De un modo general la reiterada apelación al antecedente de 1929, para ilustrar las características de la crisis actual, conduce a una interpretación de los hechos que se desdobra en dos conclusiones distintas aunque normalmente complementarias. La primera apunta de manera simplista a sugerir que, en definitiva, no hay nada nuevo bajo el sol; que “siempre que llovió paró”. Sería un escenario que conocemos hace mucho tiempo sobre la naturaleza del capitalismo y su tendencia a sucumbir en la misma medida en que prueba su capacidad de renacer una y otra vez de sus cenizas, como una suerte de ave fénix renovada. Finalmente, se insinúa, tenemos hoy más capitalismo que siete décadas atrás. La segunda conclusión habitual explícita que, partiendo del planteo que acabamos de señalar, la similitud entre ambas crisis, con setenta años de diferencia, permite aprovechar las lecciones de la primera y evitar los errores de entonces. En este caso el ave fénix podría remontar vuelo a condición de que podamos aprender de la experiencia y apliquemos los remedios que corresponden. El *mainstream* en este campo es el que pretende inscribirse en la deriva de una supuesta nueva era inaugurada por John Maynard Keynes. Esto porque el economista inglés habría elaborado el corpus teórico capaz de legitimar la intervención estatal allí donde la mano invisible (?) del mercado se muestra impotente. Era hasta entonces el credo oficial dominante en la materia.

El principal defecto de las “lecturas” en términos comparativos de las grandes crisis capitalistas del último siglo es la completa ausencia del elemento histórico en el análisis. Algo que es imprescindible para caracterizarlas así como para apreciar los eventuales vínculos que se trazan entre Marx y Keynes al intentar comprenderlas. Por eso conviene detenerse en este punto antes de continuar.

El capitalismo es un modo de producción históricamente condicionado, lo cual significa que la ley de su “movimiento” debe entenderse como aquello que explica las circunstancias de su origen, su desarrollo en plenitud y su ulterior e inevitable decadencia. Importa enfatizar que esto constituye el elemento esencial de la contribución de Marx a la comprensión de la naturaleza de la sociedad moderna. No en vano indicó que la economía clásica suponía que “hubo historia pero ya no la hay”. La historia, según los clásicos, habría sido cancelada con la irrupción de la organización social capitalista que representaría el punto de llegada del hombre a un sistema de organización social que correspondería a su misma esencia como especie. Claro que admitir lo contrario significaría plantear que el capitalismo está condenado al agotamiento e, inclusive a la desaparición como una forma más de los modos históricos de existencia que marcan la evolución de la humanidad.

El marxismo como abordaje científico de las contradicciones inherentes al capitalismo es indisociable de una teoría sobre el inevitable colapso de la forma de organización social. Una realidad que debe verificarse empíricamente como resultado de su devenir histórico. Es una suerte de petición de principios del autor de *El Capital* en torno a la cual se desenvolvió su labor teórica y práctica como un todo. Su planteo de un socialismo “científico” tiene como piedra de toque este punto decisivo porque pretendía abordar la cons-

trucción de una nueva sociedad en los términos del derrumbe de la vieja, la que no podía superar precisamente sus límites históricos y estaba condenada a declinar de un modo irreversible. Ya cuando escribe el Manifiesto Comunista, en 1848, Marx considera que el capitalismo, habiendo llegado a su apogeo planteaba, por eso mismo y sólo por eso, la transición a un orden social superior, cuyo punto de partida sería la revolución proletaria.

Engels planteará muchos años más tarde que el pronóstico se había adelantado a su tiempo, sin cuestionar, naturalmente, el carácter del abordaje histórico general. El coautor del *Manifiesto Comunista* vivía aun cuando se produjo, a partir de los años setenta del siglo XIX, lo que se considera la “Gran Depresión”, la gran crisis capitalista que se extendió por dos décadas hasta el umbral del siglo XX y que los sucesores de Marx consideraron que era la bisagra que marcaba el debut de una fase definitiva de decadencia capitalista y el principio práctico de aquella transición planteada por Marx en el *Manifiesto*, la que tomaron en sus manos los bolcheviques en 1917.²

Lo que importa destacar metodológicamente ahora es que el marxismo es esencialmente una teoría del derrumbe inevitable del orden capitalista y de la periodización histórica a la cual se encuentra asociado.³ Un esquema de periodización histórica sobre la curva de la evolución del capitalismo como un todo puede reconocerse en la obra de Hobsbawm, en su trilogía sobre la sociedad moderna (*La era de la revolución*, *La era del capital*, *La era del imperio*) que responde al esquema clásico según la cual el siglo XX marcaría la fase de decadencia capitalista. Un trabajo publicado poco tiempo atrás intenta identificar algunas de las características de este proceso autodestructivo del capital en la contracción creciente del mercado mundial —sustituido por el intercambio no mercantil en el seno de las grandes corporaciones o inclusive entre ellas—, en la disminución observada más recientemente de la proporción del comercio mundial con relación al producto mundial, en el debilitamiento de la inversión extranjera en el mercado global, en el desplazamiento de contingentes crecientes de la población del espacio del intercambio mercantil capitalista, en la disminución de la fuerza de trabajo que se procesa también en el período más reciente y en la creciente dificultad para la transformación de dinero en capital, que ha dado lugar al incremento sin precedentes de capital ficticio como base de la actual hipertrofia financiera de la economía mundial (Piqueras, 2011).

Una cuestión de método

Al abordar la cuestión de la decadencia capitalista es preciso evitar la tendencia “economicista” a examinarla con criterios limitados a lo puramente cuantitativo que, *in extremis*, se limitaría a considerar la evolución del Producto Bruto como registro privilegiado de la vitalidad del capital. Pero este registro es completamente insuficiente porque excluye lo fundamental. Es evidente que si se desarrolla la industria metalúrgica o se construye un ferrocarril el producto y la actividad económica crecen en la estadística de la contabilidad nacional. Pero también crece el producto del mismo modo si se expande la manufactura de armas de guerra o se desarrolla la industria del turismo sexual —algo que es más que una metáfora porque hay países del sudeste asiático en los cuales tal industria es parte significativa de la “actividad económica”. En ambos casos, puesto que se trata de economía capitalista, se trata por supuesto de la explotación del trabajo ajeno,

pero no es difícil asociar la primera variante a un proceso de expansión de las fuerzas productivas y la segunda a expresiones propias del pasaje a un régimen de destrucción de fuerzas productivas. Alguien tan alejado del marxismo como Robert Kennedy planteó la cuestión con toda claridad en el contexto de una grave crisis en su país:

Nuestro PIB suma en su cálculo la contaminación atmosférica, la publicidad del tabaco y las ambulancias que van a recoger a los heridos de nuestras autopistas. Registra los costes de los sistemas de seguridad que instalamos para proteger nuestros hogares y las cárceles en las que encerramos a los que logran irrumpir en ellos. Crece con la destrucción de nuestros bosques de secuoyas y su sustitución por urbanizaciones caóticas y descontroladas. Incluye la producción de napalm, armas nucleares y vehículos blindados que utiliza nuestra policía antidisturbios para reprimir los estallidos de descontento urbano. Recoge [...] los programas de televisión que ensalzan la violencia con el fin de vender juguetes a los niños. En cambio, el PIB no refleja la salud de nuestros hijos, la calidad de nuestra educación ni el grado de diversión de nuestros juegos. No mide la belleza de nuestra poesía ni la solidez de nuestros matrimonios. No se preocupa de evaluar la calidad de nuestros debates políticos ni la integridad de nuestros representantes. No toma en consideración nuestro valor, sabiduría o cultura. Nada dice de nuestra compasión ni de la dedicación a nuestro país. En una palabra: el PIB lo mide todo excepto lo que hace que valga la pena vivir la vida (1968).

El conjunto de consideraciones hasta aquí planteadas basta para ilustrar por qué en el examen de la crisis actual no es suficiente evaluar la magnitud de las quiebras en curso, las cifras relativas a la marcha de la actividad económica, las cotizaciones en las bolsas, la dinámica del mercado mundial o inclusive su extensión territorial en un mercado mundial capitalista globalizado. Es imprescindible tener en cuenta todo ello pero, por sobre todas las cosas, apreciar el lugar de esta crisis en la dinámica más general del capitalismo contemporáneo. La actual es la cuarta gran crisis capitalista si se considera como la primera la ya mencionada Gran Depresión de finales del siglo XIX. La segunda es la que corresponde a la iniciada a finales de los años 20 del siglo pasado. La tercera es la que se incubaba a partir de finales de los años 60 y encuentra su punto culminante en 1975. La cuarta es la que vivimos ahora en tiempo real y a la cual ni siquiera es riguroso fijarle un principio en el 2007. Es más acertado indicar su inicio a fines de la década de la década de 1990, cuando se derrumbaron los países que se llamaban “tigres asiáticos”, se produjo el default de Rusia y se derrumbaron los mercados bursátiles mientras se agotaba la especulación en torno a las empresas denominadas puntocom y se producían quiebras emblemáticas en la economía norteamericana (Enron, Worldcom)

En otro texto (Rieznik, 2010) hemos desarrollado el significado de este largo proceso. Señalemos aquí que cada una de estas crisis marcó una fase histórica particular de amplia duración, signada por cataclismos sociales y económicos de gran envergadura. Sin entrar en detalles recordemos que las dos primeras fueron seguidas de dos guerras mundiales que mostraron hasta el paroxismo las lacras de la civilización capitalista y un escenario de revoluciones que condujeron a la expropiación del capital en una parte decisiva del globo. La tercera fue continuada por lo que Robert Brenner (2009) popularizó en sus importantes trabajos como el “largo declive” para identificar el desempeño siempre declinante del capitalismo en las décadas siguientes.

Lo que importa puntualizar, por sobre todo, es que la crisis actual sobreviene luego de que el capital emprendiera una suerte de ofensiva general en el intento de superar las condiciones de su alto grado de decadencia con una empresa de alcances gigantescos

dirigida a acentuar la explotación al interior de sus propias ciudadelas, a una recolonización de la periferia y, decisivamente, a rematar el proceso de quiebra de los regímenes burocráticos del llamado Este europeo y también de China abriendo sus mercados a un proceso de restauración cuya amplitud es imposible disminuir. En estas condiciones el lugar único de la crisis actual es el que corresponde al estallido del intento más profundo y extendido del capitalismo por revertir las condiciones de su propio agotamiento, cuando en las apariencias había establecido una suerte de victoria definitiva luego de un siglo de largas y diversas batallas. La crisis presente contiene en sí todos los elementos del desarrollo histórico previo y los proyecta en un escenario de colapso, cuyas consecuencias catastróficas aún están lejos de expresarse de una manera acabada.

Keynes, ¿revolucionario?

Lo que señalamos hasta aquí basta para apuntar lo que importa para este artículo, llamado a considerar los vínculos entre Marx y Keynes, porque pone de relieve de entrada la diferencia abismal de abordaje que los distancia. Es una diferencia que puede establecerse en términos de clase si se recuerda que el economista inglés admitió en una frecuentada afirmación: “no puedo permanecer insensible a lo que creo que es la justicia y el sentido común; pero la lucha de clases me hallará del lado de la burguesía ilustrada”. La obra de Keynes carece absolutamente de toda consideración significativa sobre la naturaleza histórica de la sociedad capitalista. Se ha querido ver en sus trabajos, aun así, una indagación innovadora sobre la incertidumbre del futuro y las posibilidades de la acción humana; lo que sería un punto de partida y fundamento de su crítica al planteo rígido y esquemático de la economía clásica, es decir, a su formulación de un mecanismo mercantil de relojería por medio del cual el tiempo pondría las cosas en su lugar y de la mejor forma posible. Pero, ¿cuánto tiempo? El célebre “a largo plazo estaremos todos muertos”, mediante lo cual expresaba Keynes sus dudas al respecto, es sin embargo, algo más que una impugnación elegante sobre certezas y temporalidades en el plano metafísico. Nos parece que interpela en otra dimensión, no explícita, el mundo de urgencias, cambiante y convulsionado del cual Keynes intentó dar cuenta. La muerte y el tiempo parecen aludir mejor, aunque sea como metáfora, a su momento histórico.

Keynes maduró su obra en dos décadas marcadas por la Gran Guerra, el ascenso del bolchevismo, la hiperinflación alemana, la debacle de la República de Weimar y la irrupción del nazismo y la hecatombe económica de 1929. Desarrolló su trabajo en las condiciones de un mundo que se desintegraba, en la declinación del imperio inglés y “bajo el impacto de la amenaza de la revolución” (Schwartz, 1987). Su obsesión por la política monetaria se vinculaba a una y otra cosa. Por un lado creía que la libra, asociada al patrón-oro, se encontraba sobrevaluada, constituyéndose en un factor decisivo que aceleraba el retroceso de Inglaterra en el mercado mundial. Por otro lado estimaba a la inflación como un instrumento “leninista” para la destrucción del capitalismo. Es cierto que en los meandros de su confusa reflexión teórica sobre nuestro tiempo puede iluminar aspectos interesantes de la política económica capitalista. Pero es un exabrupto elevar sus digresiones al nivel de un reconocimiento del supuesto concepto de “equilibrio” en la economía capitalista que habrían planteado... Lenin y Trotsky (Bach, 2009).

En una obra ya clásica publicada décadas atrás, Paul Mattick (1984) criticó con toda jus-

ticia el mote de “revolución” para dar cuenta de los planteos de Keynes. En primer lugar, por su pretensión de fundar la “macroeconomía” a través del estudio de los agregados económicos, que los neoclásicos y Alfred Marshall (maestro de Keynes) habían relegado al rincón de los trastos viejos. La “revolución” al respecto se había iniciado, sin embargo, doscientos años atrás, con el famoso cuadro económico de Quesnay, que establecía a su modo el metabolismo social de la producción y las clases involucradas en el mismo. Era el principio de la economía clásica que Keynes tanto denostaba y malentendía —al confundirla con la de los llamados marginalistas e inclusive con el propio Marx—.

En segundo lugar, uno de los puntos decisivos de la llamada “revolución keynesiana” — la crítica a la llamada “ley de Say”, según la cual los desajustes en el mercado son imposibles porque la realización de toda oferta es automáticamente la creación de una demanda equivalente— carece de mayor relevancia. Hasta un niño puede entender que en una economía mercantil alguien puede vender sin luego comprar y viceversa, de modo que la impugnación del fenómeno de un mercado que no se ajusta automáticamente con el crecimiento del producto no requiere demasiada ciencia, menos aún una dilucidación que se pretende “revolucionaria”. Marx, que fue muy cuidadoso en la elaboración crítica de los planteos de la economía clásica y sus emblemáticos representantes —Adam Smith, David Ricardo— consideró despectivamente a Say. No debía tomarse con seriedad, decía, a “este cómico príncipe de la ciencia” a quien se le adjudicaba “haber desenterrado el tesoro del equilibrio metafísico de las compras y las ventas” (Mattick, 1984).

En tercer lugar, se ha exagerado hasta el hartazgo el significado de la supuesta cuestión clave del análisis keynesiano sobre las crisis que serían el resultado de una quiebra en la demanda efectiva (suma del consumo y la inversión). Keynes consideraba que la caída de la demanda representaba una tendencia estructural del capitalismo, derivada de un hiato que tendía a reproducirse en forma recurrente entre el ahorro y la inversión. Una brecha que no podía ser resuelta sin la intervención del Estado como representante general del capital. Keynes pensaba que de este modo se estimularía también y decisivamente el consumo que tendía inevitablemente a declinar como proporción de la demanda total en la medida en que se expandía la actividad económica. Marx, sin embargo, no necesitó ni siquiera considerar la tautológica “demanda insolvente” para (no) explicar la tendencia del capital a una sobreproducción que, más que una explicación, es una tautología. Mientras Keynes explicó las crisis en términos de un defectuoso funcionamiento del mercado, el autor de *El Capital* explicó las consecuencias contradictorias y necesarias de su funcionamiento en plenitud. Es decir, demostró la irreversible tendencia del capital a encontrar sus propios límites y su necesaria decadencia en los términos de una dinámica “exitosa”, si se nos permite el despropósito.

Marx mostró, en el siglo anterior al de Keynes, que el capital tiende a encontrar una barrera absoluta que no puede remontar cuando eleva la productividad del trabajo, mediante la cual cada capitalista en particular tiende a sacar ventaja a sus competidores. No sólo crea así las condiciones para un deterioro de su propia rentabilidad —que decrece en proporción a la caída de la participación del trabajo en la inversión de capital como un todo—. El capital crea así las condiciones de una nueva manera de producir los medios de la vida humana en un sistema que desplaza al propio trabajo de su centro de gravedad. Con una producción crecientemente maquinizada o automatizada, el

capitalismo nos plantea el escenario de una forma de organización social que libere al hombre del yugo del trabajo como lo conoció a lo largo de la historia, o, para decirlo con palabras célebres, para pasar de la prehistoria a la historia auténticamente humana. El marxismo plantea no sólo la emancipación de los trabajadores de la explotación capitalista sino la emancipación de la especie humana de la esclavitud del trabajo obligatorio, necesario e imprescindible para asegurar su existencia (Rieznik, 2007) ¿No es posible ver en esto la distancia irreductible del alcance de la visión marxista y del enfoque keynesiano que las analogías superficiales tienden a negar?

Lo que se dijo

Contra una opinión que se ha generalizado con extrema superficialidad, no existe en Keynes ninguna teoría de la crisis que amerite una consideración rigurosa. En la medida en que la economía política —entendida en los términos de su formulación clásica y de la crítica marxista que al mismo tiempo tiende a trascenderla— sea apreciada como el desarrollo de una disciplina científica, el análisis de la crisis, de su naturaleza y significado, quedó establecido en sus fundamentos con el trabajo de Marx. La pretensión de una “revolución teórica”, asociada a la persona de Keynes, que permitiría ir más allá en la comprensión de lo esencial de las crisis capitalistas es, para decir lo menos, un equívoco. El lugar del keynesianismo debe encontrarse en otro ámbito, en los remedios que propone no tanto para evitar las crisis sino para limitar sus alcances y eventualmente revertirlas. Pero aún en este caso la historia debe precisarse.

Fue también Paul Mattick quien ya hace mucho tiempo hizo un interesante señalamiento al poner de relieve cómo se pasa olímpicamente por alto la evidencia de que la salida a la crisis de los años treinta se concretó, en verdad, aplicando una especie de “keynesianismo al revés”. Se refería a la conocida circunstancia de que no fue el llamado *new deal* rooseveltiano y las importantes medidas de intervención estatal de la época las que pudieron levantar la economía capitalista en la década de 1930. Fue la Segunda Guerra Mundial y la carnicería correspondiente y por una ruta opuesta a la sugerida por Keynes: no mediante un estímulo que recreara la propensión al consumo deteriorado sino a través de un “ahorro forzoso”, la destrucción masiva de capital y el disciplinamiento bélico de la masa trabajadora. Los límites ulteriores de la llamada economía keynesiana en los años que siguieron a Segunda Guerra fueron los que se expresaron en la crisis que hunde sus raíces en el final de los años sesenta y se prolongará en la década siguiente. El “neoliberalismo” no nació de un repollo sino del fracaso de aquellos remedios keynesianos. Del mismo modo que el llamado keynesianismo se presenta en la actualidad como una alternativa al derrumbe del... neoliberalismo. Claro que la versión actual del primero se parece mucho más a un socorro a los actores que protagonizaron el auge del segundo (las grandes corporaciones financieras).

Keynesianismo y neoliberalismo, en definitiva, se engendran mutuamente como expresión de la dinámica del ciclo económico y de sus crisis:

(las intervenciones estatales) no indican una tendencia reformadora en el capitalismo. Lo que revelan es que el sistema encuentra cada vez más difícil resolver los problemas capitalistas por medios estrictamente capitalistas. En una ideología capitalista consistente la “nueva economía” no significa éxito sino

fracaso. Sin duda las intervenciones gubernamentales pueden posponer o mitigar una crisis; pero la necesidad de tales intervenciones sólo es una prueba de la profundidad de la situación de crisis... En las condiciones del siglo XIX era relativamente fácil superar la sobreacumulación mediante crisis que afectaban en mayor o menor medida a todas las entidades de capital a nivel internacional. Pero al empezar este siglo se había alcanzado un punto en que la destrucción del capital mediante crisis y competencia ya no era suficiente para cambiar la estructura total del capital en dirección a una rentabilidad mayor. El ciclo económico como instrumento de acumulación había llegado aparentemente a su fin; o más bien el ciclo económico se convirtió en un ciclo de guerras mundiales. Aunque la situación puede explicarse políticamente, también era consecuencia del proceso de acumulación capitalista... En otras palabras, un capitalismo "sano" es un capitalismo estrictamente competitivo, y las imperfecciones de la competencia en las etapas primitivas y últimas de su desarrollo deben ser vistas como las enfermedades propias de un capitalismo senil. Pues un capitalismo que restringe la competencia no puede encontrar su regulación "indirecta" en los movimientos de precios y del mercado que derivan de las relaciones de valor en el proceso de producción.

Tenemos así una formulación que introduce muy claramente el elemento histórico de la evolución capitalista como el aspecto decisivo para apreciar el alcance y lugar específico de la crisis capitalista. Dicho de otra manera: es el contexto el que explica la naturaleza de las crisis y no al revés. Vale la pena tenerlo en cuenta para orientarnos en la convulsiva coyuntura de un derrumbe de la economía capitalista mundial como el que enfrentamos en la actualidad.

La pretensión de reformular la crítica de la economía política (clásica) mediante una suerte de fusión entre Marx y Keynes, alentada por la llamada izquierda de Cambridge y los planteos de un economista polaco (Kalecki) que se reclamaba del marxismo en la época stalinista, no debe ser abordada apenas desde el ángulo de la teoría económica sino considerando especialmente el ambiente político que la condiciona. Sea por la línea general de la dirección stalinista de compromiso y colaboración con las potencias capitalistas, en particular, en la segunda mitad del siglo pasado; sea por el rechazo al carácter burocrático y criminal de la cúpula encaramada en la cima del poder de la ex URSS, la tendencia a una aproximación a los planteos keynesianos tomó frecuentemente la forma de una tentativa por reconciliar a dos hombres que, probablemente, lo único que tuvieran en común fuera que uno murió en el mismo año en que el otro nació.

El Estado y la crisis, ahora

Reivindicar una filiación keynesiana para las diversas medidas que llevaron a una creciente intervención del Estado en los dispositivos de la actividad económica contemporánea es incorrecto. Keynes, en todo caso, se presenta como quien busca darle amparo en la tentativa de formulación *ex post* de una arquitectura teórica que procura sostenerla de modo racional. La intervención directa del Estado como una suerte de fuerza autónoma, representando los intereses más generales del capital, o de sus fracciones más decisivas, es anterior a Keynes: data de las primeras décadas del siglo pasado y aún de finales del siglo XIX, cuando el Estado de las grandes potencias se transforma en el ariete de la expansión imperialista.

El fenómeno se fue acentuando en la misma medida en que el capitalismo envejecido

requería diversas muletas para mantenerse. El New Deal también fue lanzado antes de que Keynes publicara su *Teoría General* y sin su intervención. En América Latina, algo similar queda planteado en los años treinta del siglo XX. Son los años conocidos en Argentina como los de la década infame, por la perpetuación de los fraudes electorales y la corrupción que caracterizaban a los gobiernos oligárquicos de la época. Fue entonces, cuando el joven economista Raúl Prebisch, futuro numen de la CEPAL, planteó una política de corte desarrollista, más tarde identificada con el legado de Keynes y que suponía el abandono de una política económica basada en el puro *laissez faire*. Prebisch volvió a tomar protagonismo con el golpe militar que en la década de 1950 derrocó al gobierno de Juan Domingo Perón, sin que esto obstara para que ya se presentara su figura como una especie de keynesianismo progresista que se elaboraba desde las particularidades propias de la periferia del mundo capitalista.

En los años sesenta, la convergencia eventual entre los planteos de Marx y Keynes sería el biombo bajo el cual una generación con vínculos con la academia se lanzó a la travesía de una conversión definitiva hacia las trincheras del orden establecido, con Fernando Henrique Cardoso como nave insignia de la flota. Cardoso muy tempranamente lanzó una tesis que declaraba que la “dependencia” no sería sinónimo de expoliación y sometimiento nacional sino el cuadro en el cual se podía también esperar un “desarrollo” compatible con la colaboración con las grandes corporaciones capitalistas y sus respectivos Estados (imperialismo). Algo que como sabemos trató de promover como una suerte de izquierda del neoliberalismo (?) y desde la cúpula del poder. Debe decirse que el engendro desarrolló su propia cría si se tiene en cuenta la continuidad entre la política económica del gobierno petista en funciones con posterioridad, hasta hoy. Ya hemos escrito sobre esto un buen tiempo atrás (Rieznik, 2000).

Habría que agregar, por fin, que también en la presente crisis la tentativa de formular una variante de salida “heterodoxa”, que incluiría la admisión de la crisis con condimentos marxianos y una medicina de naturaleza keynesiana, al menos en lo que respecta a una intervención activa del Estado, resulta en un híbrido no menos inconsistente que en el pasado. Como hemos señalado en un principio la intervención de las autoridades ha tenido un alcance, al menos en términos de la magnitud de recursos involucrados, monumental. A pesar de esto sólo ha conseguido un respiro apenas transitorio, concluyendo en una recaida que puede ser todavía más grave que la de 2008; algo que acaba de admitir en este agosto de 2011 el presidente del Banco Mundial, lo cual exime de mayores comentarios. Los mercados bursátiles han entrado nuevamente en una caída cuyo final es difícil de prever. La desintegración de la Unión Europea es un hecho, si consideramos que algunos de sus países se han convertido en una suerte de protectorados semicoloniales de sus socios mayores y sin que esta alternativa haya frenado la tendencia a las bancarrotas que se extiende como una mancha de aceite.

Es cierto que entre los keynesianos más ortodoxos, en la medida en que sea posible hablar así —por ejemplo algunos de los planteos de Paul Krugman o Joseph Stiglitz—, se critica la política de medio camino adoptada hasta el momento, con iniciativas contradictorias y descoordinadas en el ámbito internacional y se propugna una expansión fiscal muy audaz y aún un ataque en regla a la banca y a la actividad especulativa. Pero algo de esto ya han hecho los *policy makers* en Estados Unidos y el déficit presupuestario sin freno marcha paralelo a una caída en el valor de la moneda que puede desatar una dislocación del sistema monetario mundial, algo que llevaría a una catastrófica dislocación del mercado mundial.

En el estadio actual del desarrollo financiero del capitalismo, el valor de una moneda lo determina la cotización de la deuda pública. La deuda norteamericana es el anteúltimo refugio del capital frente a la crisis; el refugio último, el oro, sería, precisamente por eso, el detonante de un derrumbe mayor, porque privaría a los Estados de los medios para financiarse. No es apenas esto porque, como también vimos, los representantes del capital tienen en agenda una eventual nacionalización del sistema financiero que constituye el sistema nervioso del mercado mundial. El asunto tiene su interés porque prueba que una medida tan extremista como ésta podría ser ensayada como parte del esfuerzo para salvar al capital de una hecatombe. Al mismo tiempo plantea el problema en términos sociales y políticos muy clarificadores. No se trata ya de nacionalizar o no, estatizar o no, considerando el punto en el limbo de una economía abstractamente concebida sino de precisar el “quién” y “el para qué”, que es lo que importa. O sea, si se procede a una variante de lo que podríamos llamar capitalismo de estado como línea de defensa para salvar al paciente en terapia intensiva o como transición a una planificación racional del metabolismo productivo bajo el control y la gestión de los productores, es decir, de los trabajadores.

Está claro ahora que el rescate capitalista al cual se lanzó la política dominante en los principales países en sus distintas formulaciones ha llevado el conflicto social a un punto en el cual se ha creado una situación de insurgencia, movilizaciones y luchas que constituyen el elemento novedoso de la crisis mundial en el período más reciente. Las huelgas han adquirido una dimensión inusual y extendida a pesar del inconcebible inmovilismo de sus liderazgos burocráticos y mientras se plantean “ajustes” económicos que conllevan a la liquidación en regla de conquistas seculares del movimiento obrero. En el mundo árabe la revolución en marcha se ha propagado con un vértigo sin igual conmoviendo regímenes de larguísima data, abriendo una nueva etapa de consecuencias duraderas y extendidas en el tiempo y el espacio. En la ciudadela israelí asistimos a las mayores manifestaciones de masas desde el nacimiento del estado sionista. El movimiento de los indignados parece el debut de una reacción tan novedosa como de amplitud que no reconoce fronteras.

Es cierto que el capitalismo ha llegado a una concentración tan enorme de los recursos económicos que podría salir de esta crisis con un gasto planificado gigantesco, que elevaría la producción y el movimiento comercial, y con ellos las finanzas públicas. El problema es que esos recursos están concentrados en manos privadas, que operan en función de sus propios intereses, y que el capital financiero ocupa la cúspide de esa concentración económica. Por eso, la salida del gasto impone la nacionalización, la usurpación de la propiedad capitalista por el Estado capitalista. En contra de esta tendencia, la crisis, por esto, ha propiciado el florecimiento de un mercado incendiario: el de los seguros contra default, que apuestan a que se produzca una cesación de pagos de los Estados, como si las compañías que venden esos seguros pudieran cumplir con los compromisos en el caso de un estallido (Altamira, 2011).

Nos encontramos en un punto de inflexión de la historia. La que Marx entendió. La que Keynes inútilmente busco corregir sin llegar a entenderla. Vale aquella alternativa que muchas veces cité en mis trabajos, actualizada por los acontecimientos actuales, la formulada por Rosa Luxemburgo casi un siglo atrás: socialismo o barbarie. Se trata de poner manos a la obra

Julio 2011

Notas

¹ Una versión de este artículo fue presentada en la V Jornada Internacional de Políticas Públicas, Universidade Federal de Maranhao, Brasil, 23 al 26 de agosto de 2011.

² En otro trabajo (Rieznik, 2007) hemos examinado las vicisitudes de ese proceso.

³ Una parte importante de la izquierda ha abandonado este punto de vista sin percatarse o ignorando con displicencia su completa incompatibilidad con el planteo marxista que a veces formalmente se sigue reivindicando. Ver, por ejemplo, Katz (2011).

Referencias

Altamira, Jorge (2011) "Los yanquis en defol", *Prensa Obrera* 1187, Buenos Aires 28 de julio de 2011.

Bach, Paula (2009) "Apuntes a propósito de Keynes, el marxismo...", en *Lucha de Clases*, número 9, Buenos Aires, junio.

Brenner, Robert (2009) *La economía de la turbulencia global*. Madrid: Akal.

Katz, Claudio (2011) "Etapa final o temprana del imperialismo", mimeo.

Piqueras, Andrés (2011) "Algunos Criterios para Calibrar la Decadencia del Sistema Capitalista", en *Observatorio de la crisis*, mayo. <www.observatoriodelacrisis.org>

Rapoport, Mario y Noemí Brenta (2010) *Las grandes crisis del capitalismo contemporáneo*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Rieznik, Pablo (2007) "En defensa del catastrofismo", ponencia en el 5º Coloquio Internacional Marx e Engels, organizado por el Centro Marx (CEMARX) en el Instituto de Filosofía e Ciencias Humanas de la Universidad de Campinas (UNICAMP), estado de Sao Paulo, Brasil.

Rieznik, Pablo (2007) *La formas del trabajo y la historia*. Buenos Aires: Biblos.

Rieznik, Pablo (2010) "Sobre el carácter histórico de la actual crisis mundial" en *En Defensa del Marxismo*, número 37, Buenos Aires, abril.

Rieznik, Pablo (2000) "Los intelectuales ante la crisis contemporánea (sobre la "intelligentsia" latinoamericana)" en ídem, *Marxismo y Sociedad*. Buenos Aires: Eudeba.

Schwartz, Gilson (1987) *Keynes*. Sao Paulo: Brasiliense.

Argentina post devaluación. El fallido “regreso” de la burguesía nacional

Gustavo Burachik

Departamento de Economía, Universidad Nacional del Sur
burachik@criba.edu.ar

Resumen

En este artículo se analiza la llamada “argentinización” de empresas de servicios públicos que tuvo lugar a partir de 2003. La primera sección sitúa el proceso en el marco más general del movimiento internacional de capitales y del papel de América latina como receptora de estas inversiones. En la segunda sección se analiza la “argentinización” en diversas esferas pertenecientes al sector servicios; electricidad, gas, telecomunicaciones, petróleo y finanzas. En la sección final se ofrece, en primer lugar, una breve recapitulación sobre las fluctuaciones del peso del capital imperialista en la clase dominante local. En segundo término y a modo de cierre, se discute en términos generales la llamada “argentinización”, tal como se ha verificado en los casos analizados en la sección segunda.

La prensa ha divulgado el término “argentinización” para referirse al ingreso de capitalistas locales en varias grandes empresas en el sector servicios en el período abierto por la caída de la convertibilidad. En este artículo se ofrece un análisis de este proceso.¹

No puede decirse que la argentinización haya resultado muy significativa en términos cuantitativos. El peso de las empresas de capital nacional en el valor agregado de las 500 más grandes apenas aumentó de 14% en 2003 a 17% en 2008. La totalidad de esta mejora se concentró en el trienio 2006/08. Es acotado este avance relativo de las corporaciones de capital nacional si se lo compara con la pérdida de 24 pp en la década 1993/2003: mientras que la extranjerización de 1993/2003 se desarrolló a un ritmo de -2,4 pp por año, la llamada argentinización de 2006/08 lo hizo a razón de +1 pp anual.² Pese a su limitado alcance cuantitativo, el análisis de la argentinización resulta de interés porque aporta elementos concretos a la polémica sobre el papel del empresariado nacional como agente del proceso de acumulación.

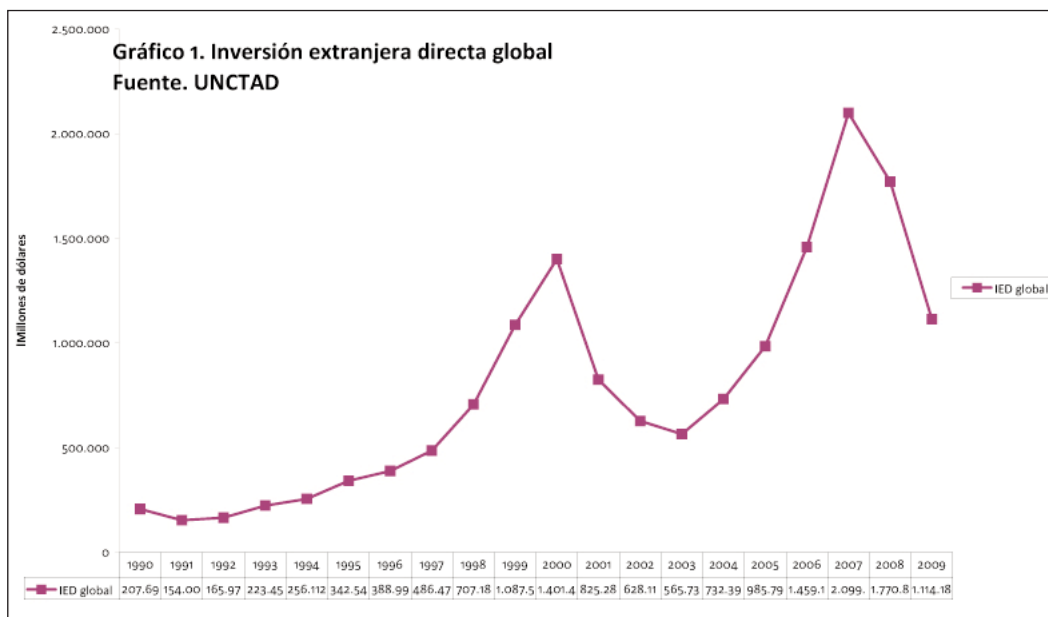
En toda América latina se observó, entre 2000 y 2006, un aumento de la participación de las grandes empresas de capital local en el proceso de acumulación. Esto implica que la llamada “argentinización” no es un fenómeno nacional sino internacional. Es preciso, por lo tanto, iniciar la investigación evaluando la evolución reciente de la inversión internacional, su distribución entre naciones adelantadas y periféricas y la participación relativa de América latina. Esta tarea se aborda en la primera sección.

La segunda sección presenta una descripción sintética y un análisis de las principales operaciones de argentinización registradas desde 2003 en los sectores de telecomunicaciones, electricidad, gas, petróleo y finanzas. Este apartado se basa en información general de carácter público y tiene por objeto ofrecer una presentación sistemática que, a su turno, sirva de base para una reflexión general. Los análisis sectoriales están estructurados en torno de tres preguntas básicas: cómo se creó el espacio para el ingreso del inversor local, con qué obstáculos ha tropezado y qué limitaciones pone en evidencia el proceso de argentinización y, por último, en qué medida y por medio de qué clase de acciones el gobierno jugó un papel facilitador.

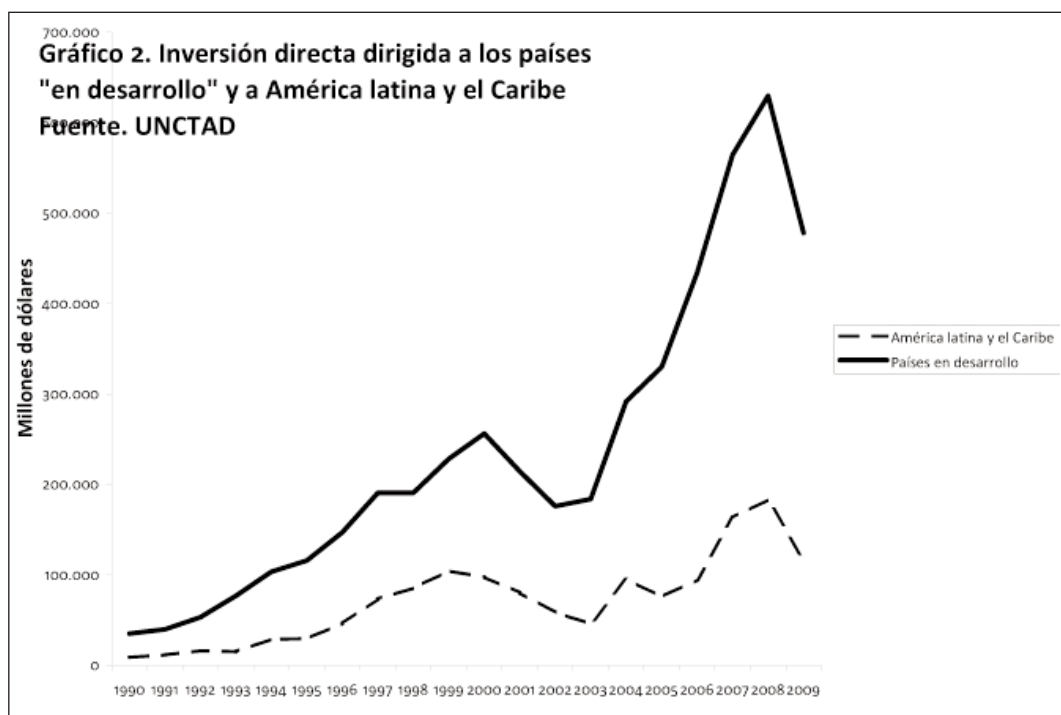
La última sección sistematiza los resultados de este análisis y propone una discusión de las principales hipótesis y conclusiones.

1. Movimientos internacionales de capital

El gráfico 1 muestra la evolución de la inversión extranjera directa mundial desde 1990. Estos flujos varían según las fluctuaciones de la acumulación y el crédito y se componen, en su mayoría, de operaciones de fusión y adquisición (FyA).³ Se puede apreciar el fuerte ascenso de la IED mundial en la década del 90, la contracción que sobrevino después de la crisis de las empresas “punto com” y la recuperación 2004/07, que fue interrumpida por la crisis “subprime”.

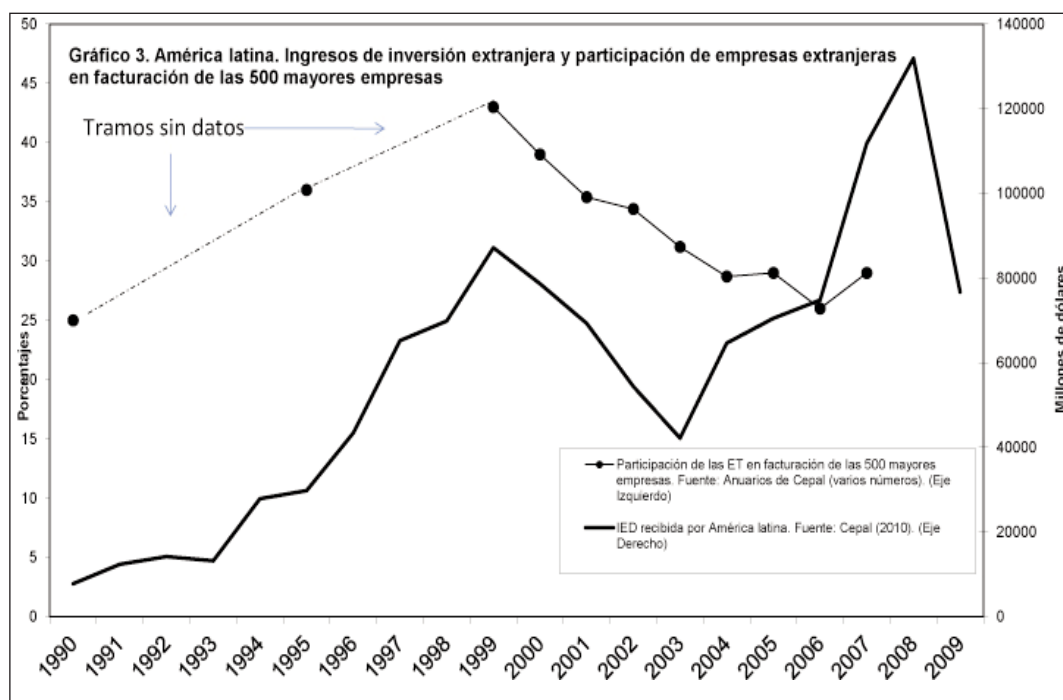


El gráfico 2, por su parte, muestra la IED dirigida a los llamados “países en desarrollo” y la que se orientó a América latina. Como es sabido, esta última región recibió una significativa corriente de fondos en los años 90 orientados en su mayoría a la adquisición de empresas estatales en proceso de privatización. Pero el interés de esta investigación reside en el período 2000/06 en el que tuvo lugar la declinación (hasta 2003) o relativo estancamiento (2004/06) de los ingresos de IED a América latina.



En efecto, a partir de la caída de la bolsa de valores de los EE.UU., en 2000, se inició una etapa de sequía de inversiones directas que afectó a toda la periferia. Pero América latina se incorporó muy lenta y tardíamente a la recuperación posterior, al punto que recién en 2007 la región recibió un volumen de entradas superior al máximo histórico de 1999.⁴

Esto se tradujo en una alteración del peso relativo del capital extranjero en el proceso de acumulación. El gráfico 3, donde se muestra la IED dirigida a América latina y el peso relativo del capital extranjero en el panel de las 500 empresas de mayor facturación⁵, ofrece una indicación clara. En los 90, cuando la IED hacia América latina crecía, las grandes empresas (en particular las estatales) tendieron a pasar a manos del capital extranjero y/o los propietarios de las firmas cuyas ventas crecían más rápido eran foráneos, fueron años de fuerte aumento de la “extranjerización” del gran capital en la región.⁶ En los años 2000/06, cuando la IED que arribó a la región declinó o permaneció en niveles relativamente bajos, las empresas de capital local tendieron a recuperar peso en el panel.



Conviene precisar las tendencias de la economía mundial en el período 2000/06 en que se produjo el aumento de la participación del capital nacional en América latina.

El proceso comenzó, como ya se dijo, por la declinación de la inversión internacional en 2000/02 cuando la crisis internacional, que se había iniciado en 1997, se instaló en EE.UU. y demás países avanzados.

La salida de la crisis reposó en la política de expansión monetaria y consecuente ampliación del crédito que implementó la Reserva Federal de los EE.UU. desde mediados de

2002. Esta fue la fuente de financiamiento de un nuevo ciclo de ascenso de la IED mundial (y de la sexta oleada de FyA) que tuvo lugar en 2004/07. El foco de esta fase de ascenso, sin embargo, no estuvo en América latina sino en Asia, especialmente en China que se incorporó a la Organización Mundial del Comercio en 2001 e inició a partir de entonces un amplio proceso de apertura a la inversión extranjera. El desarrollo de plataformas de exportación de productos manufacturados de las corporaciones transnacionales ha tendido a concentrarse en los países asiáticos y, de hecho, en los primeros años del siglo XXI se registró un amplio proceso de cierre de plantas en la industria maquiladora de México.

Por otra parte, nuevas regiones se han ido incorporando como esferas de inversión internacional; las llamadas “economías de transición” (Europa Suroriental y la Comunidad de Estados Independientes) pasaron de recibir 1% de la IED mundial en 2001 a 6/7% en 2008/09.

Por último, el principal factor de atracción de IED hacia América latina de los 90, el proceso de privatización de empresas estatales, se fue agotando a la vez que comenzó a tropezar con una creciente resistencia popular.⁷

Si se consideran los tres grandes sectores definidos por la revista *América Economía* para clasificar su ranking de grandes empresas de América latina, al resultado de la “renacionalización” se ha arribado por diferentes caminos:

- en el sector manufacturero, la clave estuvo en la desinversión de firmas extranjeras y en la retracción de los nuevos flujos de IED mucho más que en la aceleración del gran capital industrial autóctono; el factor fundamental fue el ya mencionado desplazamiento parcial de las plataformas de exportación desde México a los países asiáticos en las ramas automotriz y electrónica,
- en el sector primario, al contrario, predominó el acelerado crecimiento de un puñado de grandes empresas estatales de hidrocarburos y minerales, en el marco de un ascenso vertiginoso de los precios internacionales de las materias primas ⁸,
- en el sector servicios, la “renacionalización” se vio impulsada simultáneamente “por la negativa” (salida del capital extranjero) y “por la positiva” (expansión del capital doméstico); el capital extranjero retrocedió en el control de la propiedad en algunos rubros importantes y ese espacio fue transferido a través de operaciones de venta de activos a empresas de capital doméstico que experimentaron con ello una significativa expansión.

En contraste con los relativamente bajos niveles de IED recibidos por los países latinoamericanos, tuvo lugar un verdadero auge de las inversiones de cartera que ampliaron los mercados de deuda y de acciones en varios de los principales países de la región. La participación de la IED en los flujos de capital que recibe América latina se ha reducido del 86% en 1999 al 46% en 2007 mientras las inversiones de cartera y los préstamos de bancos privados pasaron (en conjunto) de 7% a 54% en solo ocho años (Cepal, 2008).

En resumidas cuentas, lo singular de la situación latinoamericana en el nuevo milenio ha residido en la siguiente combinación:

- baja inversión extranjera directa en 2000/06 (primero por la crisis mundial y luego por el papel secundario que jugó la región como receptora de IED) y, por lo tanto, menor presión competitiva sobre las empresas de capital local y,
- aumento del acceso al crédito externo (desde 2003) y del endeudamiento privado en general, expresado en un incremento de la capitalización bursátil, de los precios de los activos y en la disminución de los tipos de cambio reales (Gómez Pineda, 2009a).

Estas condiciones han brindado un marco propicio para la expansión relativa de las empresas de capital local.

2. “Argentinización” del sector servicios

En las fases de crisis las empresas multinacionales proceden a recoger liquidez de sus negocios internacionales, por lo que su inversión neta en el extranjero se contrae. Esta disminución refleja una combinación de dos fenómenos: una reducción de los proyectos nuevos y un exceso de desinversiones respecto de nuevos aportes en los proyectos en marcha. Como la mayor parte de la IED consiste en operaciones de adquisición de activos existentes resulta natural que cuando los flujos se revierten las firmas extranjeras pasen, en alguna medida, del papel de adquirientes al de vendedoras.

Estas fluctuaciones de la inversión de capital extranjero no pueden dejar de producir desplazamientos significativos en el control del capital. Por la dimensión y centralidad de los negocios en los que operan las ET, el universo de los capitales que pueden “tomar la posta” cuando éstas deciden desinvertir resulta bastante acotado: grandes conglomerados de capital privado local, compañías estatales y otras firmas internacionalizadas pero más pequeñas que las basadas en los países avanzados, como las que han crecido considerablemente en América latina en los últimos años (las llamadas “multilatinas”).

Se tiene así que los períodos de contracción de la IED proveniente de las naciones industrializadas, causada por crisis o por la agudización de la competencia internacional, suelen ofrecer un espacio para el desarrollo del capital local de los países periféricos. Más aún, en la medida en que la desinversión externa y la interrupción del acceso al crédito internacional afectan de un modo desigual a los distintos países de una misma región, algunas empresas de capital doméstico se expandirán no sólo en sus propios mercados sino en el de aquellas naciones vecinas en que los capitalistas se encuentren menos desarrollados y/o carezcan de financiamiento adecuado.

La reciente experiencia en el sector servicios de América latina puede interpretarse a la luz de estos procesos. Durante los años '90 se produjo una rápida penetración del capital extranjero en el sector servicios de las economías latinoamericanas en el contexto del proceso de privatizaciones. En todos los países las firmas extranjeras procuraron maximizar la remisión de utilidades y apelaron al crédito internacional para financiar su operatoria y sus (escasos) proyectos de inversión.

Esta situación se interrumpió a partir de 1999 como corolario no sólo del natural agota-

miento de las privatizaciones sino de la contracción del crédito externo y de la caída de las economías de América del Sur en agudas situaciones de crisis. En el nuevo escenario, todos los aspectos claves del negocio tendieron a evolucionar de un modo negativo para la rentabilidad de las empresas; las condiciones de demanda, los costos, el acceso al crédito y la regulación sobre tarifas. Mientras que varias corporaciones interrumpieron el pago de sus deudas y congelaron toda inversión (las casas matrices dejaron de girar fondos a sus filiales), comenzaron a difundirse proyectos de liquidación lisa y llana de los activos latinoamericanos.

Fue en este contexto de crisis sectorial que hizo su entrada el capital privado local y se inició un proceso de transferencia parcial de participaciones accionarias y del propio control de las empresas. Así ocurrió, en distinto grado, en Argentina, Brasil y Colombia. Los casos más notorios de expansión de capitalistas locales se dieron en el sector de telecomunicaciones, gran comercio minorista, sector financiero y sector eléctrico.

La recuperación económica mundial iniciada en 2003 no produjo una reactivación inmediata y consistente de los flujos de IED, sea porque la absorción de las pérdidas de las corporaciones extranjeras ya instaladas continuó por varios años, sea porque otros mercados comenzaron a ofrecer perspectivas más rentables de inversión.

El caso argentino fue apenas una versión extrema de lo que ocurrió en los demás países de la región. El estallido económico, político y social de 2001-2002 condujo a una alteración drástica de los parámetros sobre los que reposaba la inversión extranjera en los años noventa. El peso se devaluó (el tamaño económico del mercado se redujo) y el régimen cambiario se flexibilizó. El control del aparato estatal recayó en la burguesía vinculada con la industria y la construcción que, por su parte, juzgó conveniente pesificar y congelar las tarifas de los servicios públicos privatizados. El Banco Central prohibió el giro de dividendos hacia el exterior.

Muchas corporaciones extranjeras que operaban en el sector servicios dejaron de pagar sus deudas con el exterior ⁹ (aunque las que tenían con el sector financiero local fueron licuadas) y algunas procedieron a liquidar sus inversiones en el país. En este nuevo “clima de negocios” surgieron algunos capitalistas locales interesados en ocupar el lugar de las empresas extranjeras en retirada.

2.1 Argentinización en el sector eléctrico

En esta sección se estudiarán algunos de los más resonantes casos de “argentinización” en el sector eléctrico. La información básica proviene de notas periodísticas y estudios e informes sectoriales. Este análisis no pretende ofrecer una nueva descripción de hechos que son ampliamente conocidos. Propone, en cambio, un esquema conceptual que permite sistematizar el material empírico (y depurarlo de lo que resulta secundario respecto de las preguntas de la investigación), sentando con ello las bases para una reflexión más general.

El análisis gira en torno de tres preguntas básicas: cómo se creó el espacio para el ingreso del inversor local, con qué obstáculos ha tropezado el avance de la argentinización y

en qué medida y por medio de qué clase de acciones el gobierno jugó un papel facilitador.

La devaluación producida en Brasil en 1999 abrió una etapa de drástica alteración de los parámetros del negocio de la energía eléctrica (en sus diversos segmentos) que afectó a toda América del Sur y que alcanzó su punto culminante con la devaluación del peso en 2002. Sobrecargadas de deudas en moneda dura y enfrentadas a una nueva realidad cambiaria, de rentabilidad y de demanda, muchas de las corporaciones extranjeras que entonces operaban en el sector anunciaron su intención de abandonar sus negocios en la región, en especial en Argentina y Brasil.

Según un informe de Cepal sobre la inversión extranjera directa en 2002, adherían a esa estrategia Enron, AES Corporation, Électricité de France (EDF) y Pennsylvania Power and Light (PP&L). Varias de las empresas de capital extranjero que habían adquirido el control de la infraestructura eléctrica mediante el proceso de privatización de los '90 eran de creación relativamente reciente (o era relativamente reciente su proceso de crecimiento internacional) y de escasa dimensión económica. A diferencia de la inversión extranjera directa tradicional en la región (dirigida por ejemplo a la industria), los activos latinoamericanos (o, a lo sumo, periféricos) representaban para estas firmas una parte sustancial de su actividad total. Este es el caso de dos grandes protagonistas de las privatizaciones eléctricas; la norteamericana AES y la española Endesa, que se expandió en América latina ante la imposibilidad de crecer en Europa en competencia con las grandes corporaciones de esa región.

La crisis de transición entre milenios puso en tela de juicio la sustentabilidad de todas las experiencias de expansión de este tipo; al reducirse bruscamente las cotizaciones bursátiles e interrumpirse su acceso al crédito, la mayoría de las corporaciones del sector dejaron de pagar sus deudas, implementaron despidos masivos de personal y pasaron a evaluar la venta parcial o total de sus activos.

Esta corriente de ventas de activos en poder de empresas de capital extranjero fue perdiendo impulso luego de 2002. Tendía a diluirse en la medida en que las corporaciones lograban reestructurar sus deudas, las economías de la región se recuperaban y la rentabilidad del negocio eléctrico se recomponía. Algunas firmas (Endesa) vendieron activos en 2002/03 y anunciaron el congelamiento de sus inversiones en la región, pero luego revisaron esta estrategia y volvieron a invertir.

Se mantuvo, con todo, un cierto flujo de desinversión internacional alimentado por corporaciones extranjeras que seguían sin reparar los daños que la crisis de 1999/2002 había producido en sus balances y/o que disponían de escala suficiente para encarar proyectos de inversión más grandes y rentables en Asia. La eléctrica francesa, EDF, vendió activos que poseía en Argentina en 2005 y en Brasil en 2006. Otras extranjeras que vendieron en 2006 fueron Alliant Energy, El Paso, Public Service Enterprise Group (PSEG) y AES. En una evaluación de las salidas de empresas eléctricas norteamericanas de América latina realizada por Cepal en 2008 se menciona, además, a CMS Energy, Mirant y NRG Energy (Cepal, 2008).

Los anuarios sobre inversión directa de Cepal también destacan que gran parte de las ventas, inducidas en buena medida por la crisis mundial y sus efectos, tuvo como parte

compradora a grupos financieros de capital local como CGE en Chile, CPFL en Brasil, PDVSA en República Bolivariana de Venezuela.

Naturalmente, en Argentina las transferencias de activos que culminaron en un aumento de la participación del capital nacional fueron disparadas por la crisis de la convertibilidad y por las características de la situación que prevaleció a partir de 2002.

La primera argentinización se produjo en la empresa de transporte de electricidad, Transener y, paradójicamente, fue precedida por una “extranjerización” al vender Pérez Companc (Pecom Energía) su parte a Petrobrás en 2003. La de Pecom fue una venta “forzada” por el sobreendeudamiento y la crisis y se inscribe en el amplio proceso de extranjerización que venía acelerándose desde principios de los 90. Sea como fuere, para aprobar la transacción y con el argumento de que la cartera de Petrobrás pasaba a violar el marco regulatorio del sector, el gobierno le impuso al comprador la condición de desahacerse de la participación en Transener.

Transener cargaba con una deuda de gran magnitud que creció aún más a partir de la devaluación (Azpiazu, 2008) y que dejó de pagar poco después de la modificación del régimen cambiario. El ingreso de capitalistas argentinos se produjo luego y en dos etapas. En 2004, el Fondo Dolphin, dirigido por Marcelo Mindlin, adquirió la porción que aún quedaba en poder de corporaciones del exterior. La compra de activos desvalorizados y un elevado pasivo en moneda extranjera requirió un desembolso insignificante de dinero propio.

Desde el punto de vista del fondo de inversión entrante, la lógica del negocio reposaba precisamente en el valor de remate al que se adquirirían los activos y a la consecuente apreciación ulterior que se consideraba como mínimo muy plausible. Al menos en teoría, dicha apreciación debía provenir básicamente de la renegociación (con quita, estiramiento de plazos, etc.) de la deuda y de la recomposición de las tarifas. La decisión del gobierno de obligar a Petrobrás a vender las acciones que había adquirido a Pecom Energía generó el espacio para una nueva entrada de capitalistas argentinos en 2007. Así, con el ingreso de la sociedad formada por Enarsa y Electroingeniería, tuvo lugar la segunda etapa de la argentinización de Transener, que en realidad sólo revirtió la extranjerización producida en 2003 con la salida de Pérez Companc.

Otro caso resonante de argentinización fue el de Edenor, la principal empresa de distribución de electricidad del país. También aquí la oportunidad para la argentinización fue generada por la salida de una empresa extranjera, la francesa EDF, y el capitalista local que la aprovechó fue el mismo que adquirió acciones de Transener en 2004, el Fondo Dolphin.

En el caso de las empresas provinciales de distribución eléctrica, en que los activos en juego eran de menor envergadura, también lo fueron los capitalistas argentinos que hicieron el relevo de las corporaciones extranjeras salientes. Azpiazu y Bonofiglio (2006) mencionan, por ejemplo, la distribuidora mendocina (desinvirtió EDF e ingresó Andes energía) y la de Santiago del Estero (salió una firma norteamericana e ingresó un grupo económico de capitalistas de la propia provincia).

Hubo también, por último, un avance del capital local en el segmento de la generación

eléctrica que ha seguido, a grandes rasgos, la misma lógica que en el transporte y distribución. Los capitalistas argentinos que más crecieron en este sector son el ya mencionado grupo Dolphin y el fondo Sadesa, de los ex propietarios de la cervecera Quilmes.

Sadesa irrumpió en el negocio de generación eléctrica en 2006 cuando la petrolera francesa Total decidió vender sus participaciones en Central Puerto y en la Hidroeléctrica Piedra del Aguila. En 2007 aprovechó la salida de la estadounidense CMS para adquirir las centrales térmicas Mendoza y Ensenada y una participación en la sociedad controlante de El Chocón. Con esta desinversión, CMS recortó sustancialmente su presencia en Argentina.

La caracterización de *Clarín* (2/2/07) fue la siguiente: “Miguens aprovecha lo que ya es una tendencia mundial. Las corporaciones dedicadas a la generación eléctrica han desviado su interés a las enormes posibilidades que ofrecen India y China y levantan campamento de los países con menor escala, como la Argentina”. Y citan, a continuación, la apreciación vertida por especialistas del sector financiero: “Esa es la ventana que se abrió para que operadores locales puedan tallar en un área que promete ser más rentable cuando se solucione el tema tarifas”.

Cabe preguntarse, en segundo lugar, con qué obstáculos tropezó el avance del capital local y qué inferencias pueden hacerse a partir de su análisis.

a) La crisis con que se inició el nuevo milenio, su profundidad y la amplitud de su alcance internacional se presentan en la mayoría de los casos como condiciones de posibilidad de la argentinización en la medida en que provocaron una drástica desvalorización del capital instalado, puso a las firmas en situación de cesación de pagos de sus enormes pasivos y afectó negativamente al flujo de fondos. Fue este contexto el que permitió la entrada del capital local. Es por esto que un editorialista de *La Nación* ha afirmado que “argentinización significa desinversión” (16/7/07).

De hecho, la nómina de las empresas eléctricas en las que, según los periódicos, la argentinización está aún pendiente son aquellas en las que las firmas extranjeras controlantes han decidido, pese a las pérdidas o bajas (con relación a los 90) ganancias actuales, permanecer en el negocio. En algunos de estos casos ha tenido lugar, sintomáticamente, una intensificación de la presión estatal para lograr la salida extranjera. Esto ocurre, por ejemplo, con Edesur (Endesa no desea salir y los que pretenden ingresar son Cristóbal López y Electroingeniería) y Edelap (AES no se retira y la que procura entrar es Electroingeniería).

b) El término “argentinización” (empleado por funcionarios del gobierno y por los medios de comunicación) resulta excesivo para describir un proceso en el que la expansión del capital local ha dependido de un modo tan absoluto del aporte técnico y financiero del capital extranjero. En primer lugar, al menos en algunas de las empresas de las que se apartó como accionista mayoritario, el capital extranjero permanece no sólo con participación minoritaria sino como operador técnico. En segundo lugar, en varios casos (como ocurrió en el segmento de generación) los capitalistas argentinos adquirieron las acciones de las firmas extranjeras en retirada en sociedad con el capital financiero internacional. La entrada del capital local se materializó en general a través de fondos de inversión cuya composición efectiva (en términos del origen nacional de los recursos)

resulta incierta.

c) A partir del desenlace de la crisis de la convertibilidad, en 2002, se inició un proceso de transferencias de activos que afectó a diversos sectores de la economía. La naturaleza de este proceso se ha ido transformando en función de la evolución posterior del proceso de acumulación. Al principio, los capitalistas más afectados por la crisis liquidan parcial o totalmente sus activos en beneficio de otros que disponen de liquidez y que están en condiciones de capturar las ganancias derivadas de la eventual apreciación. Es el momento de los llamados “fondos de inversión” que adquieren activos en negocios de cualquier tipo con la perspectiva de una reventa posterior. El espacio de maniobra para este negocio se va estrechando a medida que los activos se revalorizan (a medida que la tasa de ganancia implícita de la inversión se equipara con la de otros sectores en el país y en el mundo). Es entonces que las adquisiciones pasan a estar dominadas por lo que en la jerga financiera se conoce como compradores “estratégicos” (las grandes corporaciones especializadas en cada sector). Así, la propia dinámica de la recuperación de la acumulación desde 2003, al mismo tiempo que ha permitido la valorización de los activos adquiridos en el momento de la crisis ha ido elevando el costo de entrada para las operaciones ulteriores de argentinización.

d) El negocio implícito en el proceso de argentinización de empresas eléctricas reside en lo esencial en acceder al flujo de caja y en capturar la eventual revalorización de los activos como resultado de la renegociación de los pasivos, de la llamada “normalización” tarifaria y del desarrollo de inversiones por afuera del segmento regulado (Energía Plus).

La información contable publicada por las firmas (IAE, 2010) refleja el carácter incompleto del proceso de estabilización postcrisis. Ciertamente, el endeudamiento disminuyó (las deudas fueron reestructuradas) y los ingresos crecieron: las compañías distribuidoras más grandes (excepto Edelap), Transener y las generadoras (excepto Central Constaneira) han publicado balances con resultados financieros positivos en los últimos años.¹⁰

Sin embargo, éstos resultados no son suficientes para recuperar los costos del capital invertido en la prestación del servicio, las compañías padecen de una aguda falta de liquidez (capital de trabajo operativo) y una parte de las ganancias informadas sólo existe en el papel ya que provienen de la eliminación del ajuste por inflación del valor de los activos físicos.

A ocho años del colapso del año 2002, la “normalización” económica, financiera e institucional del sector eléctrico, una expectativa de los capitales que apostaron a la “argentinización”, está lejos de ser un hecho.

Aunque el precio pagado por las distribuidoras a las generadoras está congelado, el costo de generación eléctrica ha ido aumentando, presionado por el encarecimiento internacional del petróleo. A esto se ha sumado la escasez de gas natural en Argentina (cuya producción comenzó a caer en 2005) que ha obligado a emplear cada vez más combustibles líquidos, más caros, en la generación. Este proceso se intensificó a partir de 2006, impulsando con ello el otorgamiento de subsidios por parte del Estado.

Las tarifas se han ido incrementando desde 2008 pero el gobierno ha sido incapaz hasta ahora de institucionalizar nuevos contratos y esquemas tarifarios que armonicen los intereses de los diversos sectores empresarios involucrados (prestadores y usuarios) y, en especial, el de los usuarios residenciales. Estos últimos han protagonizado una verdadera revuelta popular contra el incremento de las tarifas residenciales en 2009. Frente a esto, el gobierno ha optado por seguir el curso de acción de menor resistencia política; el subsidio, la acumulación de deudas de Cammesa con las generadoras y la búsqueda de negocios no regulados que inyecten rentabilidad en los balances.

Así las cosas, las acciones de las principales empresas de distribución y transporte cuestan hoy menos que hace tres años.¹¹

e) Aunque, probablemente, la cancelación anticipada de la deuda con el FMI en enero de 2006 amplió el campo de maniobra del gobierno en su política de presión sobre las empresas extranjeras que operaban en los servicios públicos, la presión directa de los Estados involucrados la ha acotado. El gobierno ha procurado que estas acciones no entren en contradicción con las necesidades que surgen de su política de relaciones y alineamientos internacionales. Esto se nota en el caso de Edelap controlada por la norteamericana AES; la embajada de los EE.UU. en el país reaccionó inmediata y firmemente apenas asomó la presión del gobierno sobre la empresa. Frente a esta respuesta, el gobierno nacional se replegó.

La tercera cuestión de interés reside en el papel del gobierno. El análisis de los principales casos permite afirmar que ha resultado funcional a la argentinización, en especial cuando tuvo alguno de los siguientes efectos:

a) Forzar a las firmas extranjeras a desprenderse de sus tenencias accionarias (Petrobrás en Transener).

b) Frente a la decisión de venta de la firma extranjera, vetar a los compradores potenciales de capital extranjero. El gobierno ha impedido el ingreso de capitalistas extranjeros en Transener, Eden, Metrogas y TGS con el argumento de que se trata de “fondos buitres”. En todos los casos, las empresas habían cedido parte de su capital a fondos de inversión que habían comprado deuda tras la crisis de 2001. El veto a estos acreedores abrió un espacio para el posible ingreso de empresarios locales, entre los que se menciona a Mindlin, Miguens Bemberg, Alejandro Ivanisevich (Emgasud), Eduardo Eurnekian y Electroingeniería.

c) Reducir las condiciones de ingreso para el capital local (por ejemplo, el monto de la inversión, como ocurrió en la sociedad de Enarsa con Electroingeniería).

d) Propiciar la consolidación post-entrada del capitalista local (habilitando la actualización tarifaria u otras formas de elevar la rentabilidad de la inversión como el programa Energía Plus). La idea de que parte de los recursos previsionales incorporados a partir de la estatización de las AFJP podían ser aplicados al financiamiento de la expansión de la infraestructura eléctrica ha estado presente en los medios de difusión desde que esta medida se implementó.¹²

2.2. Otros casos de argentinización

Se ofrece a continuación una exposición esquemática de otros sectores en los que se han registrado casos de argentinización. La exposición se estructura en los tres interrogantes básicos: cómo se generó el espacio para la argentinización, cuáles fueron sus límites y obstáculos y qué acciones gubernamentales obraron como facilitadoras.

Telecom

1. Hacia 2002 varias filiales de empresas extranjeras radicadas en América del Sur se encontraban en graves dificultades financieras como resultado de su elevado endeudamiento en dólares, las devaluaciones de las monedas locales y las crisis de las economías de la región. Varias de ellas decidieron vender activos y/o incorporar socios locales, permitiendo con ello la expansión de empresas de capital doméstico como Telmex y América Móvil en México y Brasil Telecom. El espacio para el ingreso del grupo Wertheim en Telecom fue creado por la desinversión de Telecom France en Argentina y otros países de la región con el objeto de, según la empresa, centrar sus operaciones en Europa.

2. El ingreso del grupo Wertheim se efectivizó con un escaso aporte de capital propio y fue cofinanciado por Telecom Italia a cambio del derecho de ésta a adquirir luego (entre 2009 y 2013) las acciones a un precio preestablecido. Se trataba, en principio, de una argentinización a plazo fijo. Ciertamente, esto redujo el costo de entrada de los Wertheim pero, como contrapartida, acotó su derecho a apropiarse de los eventuales “beneficios” derivados de una valorización de los activos. El principal obstáculo al avance de la argentinización en esta empresa ha sido la negativa de Telecom Italia a retirarse de una de las empresas más rentables del país y del elevado valor de las acciones que surge de este hecho. Aparentemente, sólo hubo un breve período, a principios de 2010, en el que Telecom Italia evaluó la posibilidad de desinvertir pero ninguno de los posibles compradores nacionales contaba con financiamiento suficiente. La argentinización sólo ha prosperado allí donde la empresa extranjera activa desea vender y esto se manifiesta en una disminución del costo de entrada.

3. El gobierno lideró, desde 2007, una batalla legal para evitar que Telecom Italia hiciera efectiva su opción de compra sobre las acciones del grupo Wertheim y, más aún, para inducirla a desprenderse de su propia participación. La sola perspectiva de estas operaciones indujo a una serie de capitalistas locales a manifestar su interés por invertir en Telecom.

Gas

1. La crisis de 2000/2002 interrumpió la expansión y puso en cuestión la situación financiera de varias de las trasnacionales hidrocarburíferas que operan en América latina pero no dio lugar a una corriente masiva de desinversiones. Uno de los pocos casos de argentinización fue el que resultó de la desinversión de la española Gas Natural, que vendió parte de Gas Natural Ban (y también se desprendió de activos en México y Brasil) al grupo local Chemo.

2. Ciertamente, no es que hayan faltado capitalistas locales interesados: Emgasud, Pampa Energía, Petersen y Electroingeniería han realizado varios intentos desde 2005 de ingresar en TGS, TGN y Metrogas. Lo que escaseó, en cambio, son las decisiones de desinversión internacional. Y en aquellos casos en que éstas se produjeron, la argentinización resultó acotada por motivos como los siguientes. Uno, las oportunidades de entrada fueron capitalizadas por fondos extranjeros. Dos, porque sólo se abrieron espacios para una participación minoritaria. Tres, porque, incluso cuando ocurrió esto último, la escasez de capital propio indujo a los inversores locales a compartir la inversión con fondos extranjeros. Esto sucedió con los intentos de Emgasud de ingresar a Metrogas y TGS en sociedad con AEI. En el único caso en que la argentinización se materializó (ingreso de Chemo en Gas Natural Ban), el socio extranjero retuvo tanto el control mayoritario como la operación técnica de la firma.

3. En los casos de Metrogas y TGS la acción del gobierno favoreció el ingreso un grupo nacional. Por un lado, trabó el ingreso de inversores externos que habían adquirido participaciones en el proceso de reestructuración de deudas. El planteo del gobierno de supeditar la renegociación de tarifas al retiro de la demanda en el Ciadi ha sido citado como un factor que alentó la desinversión de British Gas de Metrogas.

Petróleo

1. El ingreso del grupo local Petersen a YPF fue habilitado por el interés de Repsol de reducir su participación como consecuencia de la declinación de las reservas y de los beneficios.

2. Petersen se benefició de un bajísimo costo de ingreso que, de todos modos, no cubrió con fondos propios sino con un “préstamo de vendedor” (*vendor's loan*) concedido por la propia Repsol, financiado con dividendos de la propia petrolera y créditos otorgados por bancos internacionales. Repsol había anunciado un programa de desinversión más amplio que el que por ahora se concretó. Como ha ocurrido en el sector gasífero, esta dilación ha implicado la paralización del proceso de argentinización.

3. Por un lado, el establecimiento de retenciones móviles a la exportación de crudo en 2007 redujo el precio de venta de las acciones transferidas aligerando el costo de ingreso de Petersen. Por el otro, desde la entrada del grupo argentino los precios internos de los combustibles líquidos han mostrado una clara tendencia ascendente con un impacto revitalizante de la rentabilidad. Las ganancias de YPF también se vieron favorecidas por los cargos tarifarios aplicados al precio del gas importado desde Bolivia, en cuya venta YPF tiene una importante participación.

Sector financiero

1. La crisis de los años 2000/02 detuvo la inversión del capital financiero internacional en América Latina y produjo incluso algunas decisiones de salida, por ejemplo en Brasil. Allí, la extranjerización se detuvo en 1999 y a partir de entonces los grupos loca-

les comenzaron a crecer adquiriendo otras entidades en manos locales o extranjeras, en especial concentradas en el mercado de crédito minorista al consumo. Lideraron este proceso el Bradesco (Banco Brasileiro de Desconto) y el Banco Itaú.¹³

En Argentina la crisis de 2002 indujo una modesta argentinización que se circunscribió a un pequeño grupo de bancos nacionales, en particular, Banco Macro Bansud, Comafi, Industrial, Supervielle y familias Fiorito, Werthein, Eskenazi y Sielicki. Una segunda etapa de aliento a la argentinización se abrió en 2009 bajo el impulso de la llamada crisis subprime. Esta corriente de ventas (la salida del Citigroup y AIG y de las subsidiarias financieras de General Motors y General Electric) fue resultado de los quebrantos de las casas matrices y del compromiso de aquellas que fueron auxiliadas por el gobierno en EE.UU. de deshacerse de sus activos no estratégicos en países como Brasil, Colombia y Argentina.

2. Al igual que en el sector gasífero y en Telecom, la argentinización se mantiene inhibida allí donde la crisis no induce a las firmas extranjeras a desinvertir. Resulta paradójico que la compensación estatal a los bancos por la pesificación asimétrica (que acotó los daños patrimoniales) y la rápida recuperación de la actividad económica tras la crisis de 2002 (que, entre otras cosas, mejoró el flujo de fondos) tuvieron el efecto de reducir las decisiones de desinversión internacional. El estallido de la crisis subprime, por su parte, sólo ha abierto un espacio acotado en un nicho específico del sector financiero local (créditos al consumo, financiamiento para compras de automóviles y tarjetas de crédito).

3. En este sector, no se han registrado acciones de gobierno que hayan incidido en el proceso de argentinización.

3. Discusión

El entrelazamiento entre capital local y extranjero se encuentra en el ADN del proceso de desarrollo capitalista en la periferia y el período de expansión agroexportadora en Argentina puede presentarse como un ejemplo paradigmático. La primera oleada de “renacionalización” del capital resultó de las mismas condiciones internacionales que alentaban la sustitución de importaciones. La participación extranjera en el stock de capital fijo pasó de 32% en 1929 a 5,3% en 1949 y debió producirse una suerte de “desendeudamiento” (forzado): la remisión de utilidades y pagos de intereses respecto de las exportaciones y otras entradas de divisas se contrajo de 22% a 8% (Ferrer, 1963). De modo que la renovada expansión del capital extranjero que comenzó con Frondizi y continuó con Onganía no hizo más que restaurar la antigua relación funcional entre capital local y extranjero (con el segundo monopolizando los negocios más dinámicos y rentables) y redimensionar los respectivos espacios de acumulación. Estos ajustes en la estructura interna de la clase dominante reflejaban las características de una fase de relativa expansión internacional del capital industrial bajo el liderazgo de los EE.UU.

A partir del Cordobazo y la crisis del gobierno de Onganía el capital imperialista frenó sus inversiones en Argentina (mientras profundizaba su penetración en Brasil). La relativa apatía tendió a transformarse en retracción con la crisis mundial de los 70 y más aún con la contracción económica derivada del estallido del plan económico de Martínez de

Hoz (febrero de 1981). Esto permitió al gran capital local (o pseudolocal como los grupos Techint y Soldati), en primer lugar, ubicarse en la primera fila de los negociados proporcionados por el gobierno militar. En segundo lugar, capitalizar la crisis industrial provocada por la “tablita” de Martínez de Hoz (1979/80) y por su colapso (1981/82) mediante la adquisición de firmas medianas y pequeñas altamente endeudadas con el sistema financiero local. Y en tercer lugar, hacerse con las instalaciones y licencias puestas en venta por las multinacionales que decidían desinvertir (automotrices, medicamentos, etc.).

En la década del 80 las grandes corporaciones norteamericanas seguían inmersas en un proceso de profunda crisis y restructuración de modo que sus inversiones en América latina no se reactivaron (excepto en México y Chile). Esto explica el continuado protagonismo de la gran burguesía de capitales “argentinos” durante el gobierno de Alfonsín, cuyos activos siguieron creciendo gracias a los subsidios estatales canalizados a través de la promoción industrial (siderurgia, petroquímica, etc.), regional (San Luis, Catamarca, La Rioja, etc.) y de las exportaciones industriales y gracias a la creciente apertura al capital privado en la producción petrolera.

Esta aparente consolidación de una gran burguesía multisectorial (inserta en la actividad industrial, agropecuaria y financiera) de capitales autóctonos (los llamados “grandes grupos económicos”), llegó a constituir un tema de gran relevancia editorial, periodística y, por supuesto, académica hasta principios de los años 90.

A principios de la década del 90 tuvo lugar un nuevo giro en el movimiento internacional del capital. Una fuerte corriente de inversiones internacionales directas y de cartera llegó al país para adquirir las empresas públicas que se privatizaban y para absorber también a la mayoría de las grandes firmas privadas cuyos propietarios locales resultaban incapaces de sobrevivir en las nuevas condiciones de la economía mundial.

A primera vista parecería que la extranjerización de los 90 apenas tuvo el efecto de cerrar el largo período de “renacionalización” de los 70 y 80. Sin embargo, es evidente que ha ido mucho más allá.

En primer lugar, el retroceso de la burguesía local no se ha limitado a la desnacionalización de fábricas relativamente pequeñas e ineficientes, sobrevivientes del período sustitutivo; alcanzó a los negocios medulares de varios de los principales grupos económicos nacionales en los rubros más diversos: industriales y de servicios, orientados al mercado externo y al interno, en mercados regulados y privados. Es interesante notar que algunas de las firmas cuyo control los capitalistas locales no pudieron retener fueron creadas a finales del siglo XIX antes incluso de que el Estado pusiese en pie un andamiaje masivo de promoción y subsidios en beneficio de los capitalistas instalados en el país. Así, en los 90 se revirtió por completo la presencia del capital nacional en el sector automotriz y la petroquímica pero también la que existía desde mucho antes en la fabricación de galletitas y cerveza.

Es sabido también que el capital extranjero tendió a acaparar el grueso de las oportunidades de negocio que proporcionaron las privatizaciones. Pero este hecho carece de importancia en comparación con la profunda modificación del vínculo entre el capital privado local, el extranjero y el Estado, resultante de las privatizaciones. He aquí uno de

los significados históricos más profundos de la extranjerización: toda la actividad económica generadora de ganancias y/o rentas que durante décadas se realizó bajo el control del Estado y que fue empleada como un instrumento activo de subsidio y promoción de los negocios del capital nacional pasó a manos del capital privado extranjero. Las privatizaciones y desregulaciones multiplicaron significativamente los puntos de contacto competitivo entre ambos capitales estrechando con ello, hasta el extremo, el radio de acción de los capitalistas “argentinos”.

El agravamiento de la crisis mundial a comienzos del siglo XXI y la propia crisis argentina de 1998/2002 abrieron un nuevo período de relativa retracción de la inversión imperialista y, con ello, algunos casos de “argentinización” de grandes empresas que habían pasado al capital extranjero en los 90. Respecto de éste último proceso, se adelantan aquí las siguientes conclusiones y comentarios:

(a) En principio, un avance relativo del capital nacional en la propiedad de las grandes empresas podría resultar de uno o varios de los siguientes procesos: una aceleración relativa de la acumulación del capital local en el marco de un proceso de expansión general, una retracción relativa del capital extranjero en el marco de una crisis de carácter general y una retracción absoluta del capital extranjero en el marco de una expansión del capital local.

El primer resultado del repaso realizado aquí es que sólo la tercera alternativa ha operado como factor de impulso a la argentinización. La crisis con que se inició el nuevo milenio, su profundidad y la amplitud de su alcance internacional se presentan en la mayoría de los casos como condiciones de posibilidad de la argentinización en la medida en que provocaron una drástica desvalorización del capital instalado, puso a las firmas en situación de cesación de pagos de sus enormes pasivos y afectó negativamente al flujo de fondos. Fue este contexto el que permitió la entrada del capital local. En contraste, allí donde la desinversión extranjera no pasó de ser un rumor, una especulación o una posibilidad, los capitalistas locales exteriorizaron su interés pero no lograron materializar ninguna inversión. La idea de que la argentinización constituye un reflejo de una tendencia “nacional” (un reflejo del dinamismo de las corporaciones de capital nacional) carece de sustento.

Naturalmente, sería absurdo atribuir a lo anterior el carácter de una “ley microeconómica”, es decir, de una relación que deba cumplirse invariablemente en cada caso individual. No obstante, adquiere sentido como marco interpretativo en períodos históricos muy precisos en que tienen lugar cambios cuali o cuantitativos en los lazos de inversión que ligan a las economías periféricas con las metropolitanas.¹⁴

(b) Sin embargo, la identificación entre argentinización y desinversión no ofrece una explicación completa del fenómeno. Para que tenga lugar una corriente sistemática de transferencias de propiedad del capital extranjero al nacional debe existir una apreciación desigual de la rentabilidad que requiere, a su turno, su propia explicación. Aquí se sugieren tres fuentes bastante claras de diferenciación.

La primera emana de los efectos de la crisis sobre el valor del capital invertido (extranjero) y que no afectan en igual medida al capital dinero convenientemente atesorado (doméstico). En segundo lugar, la aparición de nuevas oportunidades más rentables de

inversión a las que, por razones de escala o de otro tipo, las empresas activas pueden acceder y los entrantes potenciales no. Por último, la diferencia puede ser generada por acciones del Estado:

(i) Al forzar a firmas extranjeras a desprenderse de sus tenencias accionarias se reduce el precio de entrada del nuevo inversor (como se hizo en electricidad, los intentos fallidos en Telecom),

ii) Frente a la decisión de venta de la firma extranjera, vetar a compradores potenciales de capital extranjero tiene el mismo efecto (electricidad, gas),

iii) Propiciar la consolidación post-entrada del capitalista local a través de medidas favorables al flujo de fondos y a la rentabilidad pero que el gobierno se abstenía de aplicar antes de dicha entrada (electricidad, petróleo).

Por otra parte, en lugar de incidir sobre los parámetros que definen la conveniencia económica de la inversión por parte del capitalista nacional potencial, el Estado puede promover la argentinización compartiendo directamente la inversión inicial requerida, como se hizo al formarse la sociedad entre Enarsa y Electroingeniería que adquirió parte de Transener.

(c) El repliegue de las inversiones de los países más avanzados abre un espacio para la expansión del capital doméstico. El surgimiento de los grandes grupos económicos de Argentina, Chile, Colombia y Brasil, por ejemplo, fue el reflejo de la retracción de la inversión norteamericana y europea durante las crisis de los 70 en dichos países y de la crisis de la deuda en América latina en la década siguiente. Las llamadas “multilatinas”, a su turno, son hijas de la crisis de 2000/02 y del boom de crédito con baja inversión extranjera directa del período posterior. De igual modo, la argentinización tuvo su inicio con la crisis mundial de 2000/02 y los cambios políticos y económicos ocurridos en Argentina en 2002.

Naturalmente, la amplitud y características del movimiento renacionalizador dependen de diversos factores entre ellos la profundidad de la crisis y las perspectivas de recuperación. Es interesante notar que las políticas estatales de salvataje y socialización de pérdidas, al limitar la desvalorización de capital, acotan el espacio disponible para la renacionalización posterior. Al poner un piso a la crisis del capital en general, el Estado coloca un techo a las posibilidades de expansión relativa del capital nacional. En la medida en que los núcleos neurálgicos de la crisis residen precisamente en aquellos sectores en los que el capital extranjero ejerce un dominio indisputado, las políticas de rescate no pueden dejar de asumir el carácter de políticas “antinacionalización”. Así, por ejemplo, el rescate estatal de las generadoras eléctricas extranjeras en Brasil tuvo este efecto (Cepal, 2003: 55). Siguiendo esta línea de razonamiento podría decirse que si en Argentina se hubiese excluido de la pesificación de pasivos a las deudas de las corporaciones extranjeras la argentinización habría tenido mayor alcance.

(d) Aunque la mayoría de las transacciones de argentinización reconocen un mismo punto de partida (la desinversión extranjera) su punto de llegada (la lógica del negocio desde el punto de vista de los inversores argentinos) difiere según el rubro. En YPF y Telecom, la meta de la inversión era el acceso al flujo de fondos de las empresas. La

inversión en servicios públicos luego de la crisis apuntaba, además, a capitalizar la revalorización de los activos.

(e) Los casos de argentinización analizados aquí ofrecen una cruda ilustración de la incapacidad de la llamada “burguesía nacional” para asumir, a partir de la crisis y de los espacios que ésta pone a su disposición, un papel dinámico y autónomo en el proceso de acumulación.

i) En primer lugar, porque las posiciones económicas adquiridas o recuperadas por el capital nacional no alcanzan para alterar, ni remotamente, el predominio abrumador del capital extranjero en todos los sectores de la economía. Más aún, en paralelo con la argentinización que se produjo en algunas actividades de servicios, la extranjerización ha seguido avanzando en la industria y otras áreas.

ii) En segundo lugar, porque la muy reducida escala en que operan los capitales privados nacionales involucrados en este proceso (incluso con relación a las grandes firmas de otros países de la región) y su carácter en general de capitales “monetarios” restringen significativamente su capacidad de acción independiente. Los casos de argentinización comentados aquí presentan numerosas evidencias de su dependencia financiera y tecnológica respecto del capital extranjero.

iii) La acción estatal, por último, no estuvo dirigida al objetivo de utilizar la salida del capital extranjero como punto de partida para potenciar el desarrollo de la infraestructura ni hizo nada por torcer la naturaleza esencialmente financiera y parasitaria de la argentinización.

Notas

¹ Una versión previa de este artículo ha sido publicada en *Realidad Económica* N° 259. El autor desea agradecer la colaboración de Francisco Cantamutto, Agostina Costantino, Mariana Fernández Massi, Rodrigo Pérez Artica y Marina Recalde en la realización de la presente investigación.

² A este ritmo, el capital nacional recuperaría su peso relativo de 1993 en el año 2029.

³ Entre 1995 y 2004 se estima que las FyA globales representaron alrededor de las dos terceras partes de la IED mundial (Cepal, 2005).

⁴ A decir verdad, la corta recuperación de la IED dirigida a la región en 2007/08 estuvo circunscripta a los países de América del Sur. Los flujos de inversión hacia México y la Cuenca del Caribe, por su parte, siguieron en niveles similares o inferiores a los alcanzados en 2001.

⁵ Base de datos de la revista *América Economía*, publicación quincenal que prepara anualmente un listado de las 500 mayores empresas que operan en América Latina y el Caribe, en base a ventas. Recopilado y presentado en el anuario *La Inversión Extranjera en América latina y el Caribe* (CEPAL, varios números). Incluye información no sólo sobre empresas que cotizan en bolsa sino también sobre empresas cerradas. De este modo, el análisis se amplía al ámbito tanto de las empresas públicas, que en su mayoría no cotizan en los mercados bursátiles, como al de otras empresas privadas y filiales de empresas transnacionales, que tampoco lo hacen.

⁶ Llamado pudorosamente “transnacionalización” por la CEPAL.

⁷ En especial en América del Sur, las privatizaciones “están encontrando una resistencia política cada vez más decidida, en ocasiones violenta, por lo que los escasos activos que aún siguen en poder del Estado no han podido ser enajenados. Ello sucedió en Bolivia, Ecuador, Paraguay, Perú y Uruguay” (Cepal, 2002).

⁸ Naturalmente, lo que ocurrió en el sector manufacturero está vinculado con lo que aconteció en la rama de materias primas; el auge de las empresas (nacionales) en ésta última refleja el ascenso de las plataformas de exportación de las multinacionales en los países asiáticos con el consiguiente incremento de la demanda de materias primas desde su nueva localización.

⁹ Por ejemplo, Aguas Argentinas, Autopistas del Sol, CIESA (Enron), EASA (EdF), IEBA (United Utilities), Impsat (Morgan Stanley), Metrogas, Telecom, TGN y Transener.

¹⁰ Estos comentarios se basa en los informes elaborados por el Observatorio Económico del IAE sobre datos contables de Transener/Transba, las distribuidoras Edenor, Edesur, Edelap, Edea y Edemsa y las generadoras Central Puerto, Central Costanera e Hidroeléctrica Piedra del Aguila.

¹¹ El más mínimo rumor acerca de la posibilidad de un incremento tarifario genera bruscos aumentos del precio de estas acciones, como ha ocurrido en la última semana de setiembre (*El Cronista*, 28/9/2010).

¹² En medio de la polémica que esta decisión provocó entre distintos sectores del empresariado, las declaraciones del presidente de Sadesa (criticó el modo en que las AFJP venían orientando sus inversiones; *El Cronista*, 6/11/08) fueron interpretadas como un respaldo a la estatización.

¹³ Ver anuarios de Cepal referidos a 2002 (p. 34) y 2003 (p. 40).

¹⁴ Viene al caso recordar que la primera gran oleada renacionalizadora en Argentina, que fue protagonizada a fines de los '40 por el Estado y cuyo caso emblemático fue la renacionalización del sistema ferroviario, tuvo como eje el propio interés británico de

Referencias

Adeba (2004) *Reporte Adeba*, Diciembre 2004.

Azpiazu D. y Bonfiglio N. (2006) “Nuevos y viejos actores en los servicios públicos. Transferencias de capital en los sectores de agua potable y saneamiento y en distribución de energía eléctrica en la post-convertibilidad”. FLACSO, Área de Economía y Tecnología, *Documento de Trabajo* N° 16

Azpiazu, D. (2008) “Concentración y centralización del capital en el mercado eléctrico argentino”. Revista *Realidad Económica* N° 233 (enero-febrero), IADE, Buenos Aires

CEPAL (varios números) “La inversión extranjera directa en América Latina y el Caribe”. Santiago de Chile

Gómez Pineda, J. (2009) *Whither the Credit and Asset Price Cycle in Latin America?* Disponible en el sitio web Roubini Global Economics, Latin America Economonitor: <http://www.roubini.com/latam-monitor/258156/whither_the_credit_and_asset_price_cycle_in_latin_america_>

Instituto Argentino de la Energía “General Mosconi” (2010) “Situación económico-financiera de las empresas del sector energético en el año 2009”. Disponible en el sitio web del Observatorio Económico del IAE: <<http://sitio.iae.org.ar/index.php/comisiones-tematicas/observatorio-economico>>

Levy Yeyati E. y Valenzuela D. (2007) *La Resurrección. Historia de la Poscrisis Argentina*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Marxismo y marginalismo en la socialdemocracia alemana (1892-1912)

Daniel Gaido

CEA Conicet

danielgaid@gmail.com

Resumen

La referencia usual acerca de los debates entre los proponentes de la teoría marxista del valor por el trabajo y los representantes de la nueva teoría subjetiva del valor, también conocida como escuela marginalista, es el libro de Nikolai Bujarin *La economía política del rentista*, escrito en 1914. Sin embargo, este libro representa la culminación de más de dos décadas de polémicas entre los teóricos marxistas y los representantes de la teoría de la utilidad marginal. En esta ponencia nos proponemos rescatar los debates que tuvieron lugar sobre la teoría del valor (particularmente los trabajos de Conrad Schmidt sobre la escuela austríaca, de Parvus sobre Eugen von Böhm-Bawerk, y de Gustav Eckstein sobre Josef Schumpeter) en el seno de la socialdemocracia alemana y austríaca durante el período que va desde la última década del siglo XIX hasta el estallido de la primera guerra mundial en 1914.

1. Engels y la crítica al marginalismo de Conrad Schmidt

Entre las primeras reacciones marxistas al desafío de la teoría de la utilidad marginal se encuentra un ensayo de Conrad Schmidt, quien había desempeñado un papel destacado en la así llamada “prize essay competition”, organizada por Engels para que los estudiosos de Marx descubrieran por sí mismos, antes de la publicación del tercer volumen de *El Capital*, cómo era posible la igualación de la cuota de ganancia sobre la base de la teoría del valor por el trabajo (Howard y King, 1989: 21-41). Cuando el ensayo de Schmidt, titulado “La tendencia psicológica en la nueva economía política”, apareció en 1892, Engels lo elogió efusivamente con estas palabras:

Tu ensayo en *Die Neue Zeit* me dio mucho placer. Es como si hubiera sido escrito para este país [Gran Bretaña], ya que en la Sociedad Fabiana positivamente pululan los seguidores de Jevons y Menger, que miran con desprecio infinito a un Marx que ya ha sido dejado atrás hace tiempo. Si hubiera aquí una revista capaz de publicarlo, haría, si me lo permites, que Aveling lo traduzca bajo mi supervisión. Pero en este momento tal revista no existe.¹

En una carta al traductor ruso de *El Capital*, Danielson, fechada el 5 de enero de 1888, es decir cuatro años antes, Engels escribió: “Aquí está ahora de moda la teoría de Stanley Jevons, que sostiene que el valor se determina por la utilidad, es decir, que valor de cambio = valor de uso, y por otro lado por la dimensión de la oferta (es decir, los costos de producción), que es sólo una forma confusa y e indirecta de decir que el valor se determina por la oferta y la demanda. Economía vulgar en todas partes!”² Lo que sorprendió a Engels aún más fue el ascendiente que la nueva doctrina había ganado en el movimiento socialista británico. En el prefacio al tercer tomo del *El Capital*, escrito en octubre de 1894, Engels menciona a George Bernard Shaw como portavoz de esta tendencia, a la que describe como “un socialismo vulgar. . . construido sobre la base de la teoría del valor de uso y de la utilidad-límite de Jevons-Menger.”³

Schmidt ofrece la siguiente caracterización de lo que el llama la “tendencia psicológica” en la nueva economía política:

La gran mayoría de los economistas hace las cosas muy sencillas para sí mismos. Explican los precios, bien por los costos de producción, bien por la oferta y la demanda, bien por los salarios, beneficios y rentas, etc., sin pensar que, en todos estos casos, lo que debe ser explicado se presupone. Una oposición a este estilo ecléctico sin principios, así como contra la investigación científica basada en el análisis de una ley objetiva del valor, ha surgido recientemente en nombre de la psicología. Esta tendencia psicológica, inaugurada por el inglés [William Stanley] Jevons, aunque tiene seguidores en diferentes países, tiene su soporte principal en las universidades austríacas. Sus portavoces más conocidos son Carl Menger, Eugen von Böhm-Bawerk y Friedrich von Wieser.

La argumentación de esta escuela es mas o menos la siguiente: Cada intercambio de mercancías está siempre condicionado por el consentimiento mutuo de las dos partes contratantes. Pero la voluntad está, como regla general, guiada sólo por motivos psicológicos, y en la esfera económica por motivos egoístas. La conclusión de cada acto de intercambio por lo tanto depende únicamente de si las partes contratantes, de acuerdo con sus estimaciones subjetivas de valor, consideran el intercambio particular como algo beneficioso. Si este es el caso, el acuerdo debe materializarse; sin él, no puede entrar en vigor. El factor del que todo depende en el intercambio, por lo tanto, son las estimaciones subjetivas de valor; si se quiere saber cómo se determina el valor de cambio de las mercancías, es

necesario encontrar el principio de la estimación del valor subjetivo a través del análisis psicológico. Desde este punto de vista, la existencia de una ley objetiva del valor que determine, directa o indirectamente, el valor de cambio, independientemente de tales factores subjetivos, de acuerdo a la cantidad real de trabajo incorporado en los productos, aparece como imposible. No es tal o cual resultado de la teoría objetiva del valor, sino la teoría misma la que es cuestionada. La psicología, la investigación de los factores subjetivos, debe ocupar su lugar. Esta es la importancia fundamental de la nueva escuela. (Schmidt 1892: 423-424.)

Schmidt también explica el origen de la expresión “teoría de la utilidad marginal” (*Grenznutztheorie*) en los siguientes términos:

La estimación subjetiva del valor de las mercancías depende, no de la calidad de esos bienes, o más bien de la satisfacción de necesidades que proporcionan, sino de la cantidad de un tipo específico de artículos disponibles para las necesidades del sujeto, debido a que de esta cantidad depende el grado en el que será satisfecha una especie de necesidad del sujeto. Con esto hemos llegado a la tan cacareada teoría de la utilidad marginal (*Grenznutzen*). La utilidad marginal es la satisfacción última, la más débil, relativamente más superflua de mis necesidades que puedo esperar de una determinada cantidad de mercancías. El valor que atribuyo a las mercancías de un cierto tipo debe basarse en la utilidad marginal, así definida. La utilidad marginal le parece a la escuela psicológica el principio general, el único principio de la estimación de valor, de la cual se deriva el valor de cambio y el precio de las mercancías. (Schmidt, 1892: 425)

Según Schmidt, la escuela marginalista “se reduce a la tesis de que las partes que intercambian (los compradores y vendedores) no quieren aplicar una ley objetiva del valor, sino que sólo les interesa su propio beneficio individual en la transacción.” Por lo tanto, “el argumento psicológico quiere deducir de la falta de conciencia de una ley objetiva del valor su imposibilidad” (1892: 426). Schmidt sostiene que “incluso si la realización de esta ley objetiva del valor no es conscientemente deseada por las partes contratantes, sigue estando garantizada, en una sociedad de productores independientes de mercancías, por el libre juego de los intereses económicos propios, cuyo único objetivo es el propio beneficio” (1892: 429).

Schmidt procede entonces a demostrar las razones por las que “la necesidad subjetiva, en la forma de la utilidad marginal, no puede ser el principio regulador de los precios.” (1892: 462) Concluye su artículo especulando que la teoría de la utilidad marginal “saca su fuerza del hecho de que la utilidad marginal es, si no el principio regulador de los precios, la norma según la cual el comprador de los productos distribuye sus ingresos monetarios”, de acuerdo a la siguiente ley:

Todo individuo sucesivamente invertirá unidades monetarias en la compra de un determinado tipo de mercancías sólo en la medida en que la satisfacción de necesidades (utilidad marginal) alcanzado por la última unidad monetaria es mayor que el efecto de utilidad que se obtendría como resultado de cualquier otro desembolso de dicha unidad monetaria. (Schmidt 1892: 462)

De cualquier modo, “la condición previa para la utilidad y la utilidad marginal del dinero, en la cual el individuo piensa cuando lo gasta, es que el precio monetario de los productos debe tener una magnitud conocida determinada”, que solo puede ser fijada por la operación de una ley objetiva del valor. (Schmidt, 1892: 463) En consecuencia, concluye Schmidt, “la tarea primera y más importante de la ciencia económica sigue siendo

investigar [los fenómenos económicos] de acuerdo a una ley objetiva del valor que controle la formación de los precios, no sólo en la producción simple, sino también en la producción capitalista de mercancías” (1892: 464).

Finalmente, debemos señalar el cambio de posición —de hecho, la regresión teórica— de Schmidt durante la controversia revisionista, cuando tomó partido por Eduard Bernstein contra los “ortodoxos.” En su primer artículo publicado en el órgano revisionista *Sozialistische Monatshefte*, Schmidt escribe:

La comprensión de que la teoría marxista del valor no es en absoluto la prueba en la que el socialismo se basa, o de que haya sido considerada alguna vez como tal por sus autores, poco a poco penetra en los más amplios círculos. Una de las precondiciones esenciales del socialismo es que el modo de producción capitalista necesariamente incluye la explotación de los trabajadores. Pero esta explotación es un hecho que puede ser detectado con independencia de cualquier teoría del valor (Schmidt 1897: 18).⁴

Esta sería solo la primera andanada en una serie de críticas a la teoría marxista del valor escritas por los teóricos revisionistas, que generalmente intentan combinar de manera ecléctica la teoría objetiva del valor con alguna variante de la teoría subjetiva.⁵

2. La crítica de Parvus y Gustav Eckstein a Eugen von Böhm-Bawerk

En 1892 —es decir, el mismo año en que Conrad Schmidt publicó su crítica de la teoría subjetiva del valor de la escuela austríaca—, Parvus, el futuro compañero de armas de Trotsky, publica una reseña del libro de Eugen von Böhm-Bawerk *Kapital und Kapitalzins*, bajo el pseudónimo J.H.⁶ A diferencia de Schmidt, Parvus centra su crítica, no en la teoría del valor del principal representante de la escuela marginalista —de acuerdo a la cual los precios son producto de las valuaciones subjetivas de los consumidores, es decir, de la importancia que éstos le atribuyen para la satisfacción de sus necesidades—, sino en su teoría de la ganancia, basada en una distinción entre bienes “presentes” y “futuros” (los “bienes futuros” incluyen los medios de producción y el trabajo), cuyo valor crece con el tiempo, dando lugar a la ganancia del capitalista. En opinión de Parvus, esto implica “invocar la naturaleza para acudir al rescate del derecho de los capitalistas de obtener ganancias.” (J. H. [Parvus] 1892: 554) A fin de demostrar que el verdadero origen de la ganancia no es el trabajo impago de los obreros, Böhm-Bawerk distingue entre producción capitalista y “producción instantánea” (*Augenblicksproduktion*), es decir, producción sin máquinas, arguyendo que los obreros siempre pueden recurrir a la segunda opción, pero que prefieren trabajar para el capitalista porque de esta forma son mejor retribuidos.

Parvus satiriza de esta manera la teoría de la ganancia de Böhm-Bawerk, que niega el fenómeno evidente del desempleo:

Valor actual y valor futuro ¿qué no se puede probar de esta manera? Si alguien, bajo la amenaza de la violencia, le quita su dinero a otra persona ¿qué es esto? ¿Un robo? No, Böhm-Bawerk debería decir, es sólo un intercambio legal: ¡el ladrón prefiere el valor presente del dinero al valor futuro de su salvación eterna, mientras que la víctima prefiere la utilidad futura de su vida, que acaba de sal-

var, a la importancia actual de su dinero! (Parvus, 1892: 556).

La así llamada “nueva” tendencia en economía política no era, según Parvus, sino un refrito de la economía vulgar, y compartía con ella su actitud fetichista ante el carácter mercantil de la producción capitalista.

Pero todo esto escapa a Böhm-Bawerk completamente. En lugar de explicar la conducta y las acciones de las personas por sus condiciones sociales, explica las condiciones sociales por la acción del individuo. Esta es la fuente secreta de todos sus errores.

Las cosas y las personas - esas son las dos categorías con las que su teoría económica opera. Pero las leyes de los fenómenos económicos no se encuentran ni en las cosas individuales, ni en los individuos, sino en las relaciones que contraen las personas entre sí y con las cosas, es decir, en la estructura económica de la sociedad.

Los dos errores: lo que Marx describió como fetichismo, y lo que hemos visto en Böhm-Bawerk, difieren en su curso ulterior, pero brotan de una sola fuente, a saber, la completa falta de comprensión de la estructura económica, del poder de las condiciones económicas. Si a los partidarios de la primera tendencia Marx se refiere, con razón, como adoradores de fetiches, los partidarios de la segunda tendencia son metafísicos, para quienes el mundo es una creación de su propio espíritu....

Para Böhm-Bawerk, todos los fenómenos económicos son el resultado de valoraciones subjetivas. ¿Qué es el valor? La importancia (*Bedeutung*: significado) que las personas atribuyen a un bien o un conjunto de bienes. ¿Qué es el precio? La resultante de las valoraciones individuales que entran en contacto unas con otras. ¿Cuál es el fundamento de la ganancia de capital? La diferencia entre las diferentes estimaciones de ciertas mercancías por personas diferentes en momentos diferentes, etc. Se vuelve las cosas al revés, y por lo tanto son aplicables a ellas las palabras con las que Karl Marx concluye su crítica del fetichismo económico: “Como para no acordarse aquí del buen Dogberry, cuando ilustra al sereno Seacoal: “Ser hombre bien parecido es un don de las circunstancias, pero saber leer y escribir lo es de la naturaleza”” (J. H. [Parvus] 1892: 594).

Uno de los críticos mas importantes del marginalismo en la época de la Segunda Internacional fue el hoy injustamente olvidado austro-marxista Gustav Eckstein, quien ya en 1902 publicó una reseña satírica de las principales obras de Eugen von Böhm-Bawerk y Carl Menger bajo el título un tanto extravagante de “La raíz cuádruple de la proposición acerca de la falta de fundamento de la teoría de la utilidad marginal: Una robinsonada” – una referencia a la tesis doctoral de Schopenhauer: “La Cuádruple Raíz del Principio de Razón Suficiente” (Eckstein, 1902).⁷ En dicho artículo, Schmidt muestra que la teoría marginalista sufre de toda una serie de limitaciones metodológicas. Por ejemplo: “cualquier teoría del valor subjetivo debe abstenerse de tratar de explicar la dinámica de la economía, debido a que los diferentes tipos de necesidades son comparables en la medida en que ocurren simultáneamente en un mismo individuo.” Además, “es imposible para cualquier teoría relativa de valor explicar un aumento en el valor total de la riqueza nacional”, así como deducir las transformaciones históricas de la economía de las leyes del consumo. (Eckstein 1902: 810)

Pero el principal propósito de Schmidt es demostrar, mediante una serie de ejemplos humorísticos, la imposibilidad de realizar un intercambio de mercancías bajo la supuesta ley del valor subjetivo propuesta por la teoría de la utilidad marginal, porque en base a ella sería imposible determinar,

entre otras cosas, el valor del dinero y el precio de los medios de producción. Luego de una serie de intentos fallidos de intercambiar sus mercancías persuadiendo a sus potenciales compradores mediante citas del libro de Böhm-Bawerk *Capital e interés* (que les suenan alternativamente ininteligibles y descabelladas), Robinson muere de hambre y deja en su choza la siguiente nota:

La teoría de la utilidad marginal es un edificio muy bonito. Pero adolece de un cuádruple defecto, que sus creadores deben eliminar para que sea totalmente perfecto.

En primer lugar, uno no puede imaginarse absolutamente nada mediante la valoración comparativa de la satisfacción de necesidades con la ayuda de una escala de 10, 8, 6, etc., porque no tenemos ninguna medida objetiva de las necesidades. Las estimaciones subjetivas, naturalmente vagas y dependientes de estados de ánimo momentáneos, son poco confiables, y por lo tanto hacen imposible una clasificación numérica.

En segundo lugar, categorías económicas importantes, tales como el dinero, no encuentran ninguna explicación en la teoría de la utilidad marginal.

En tercer lugar, esta teoría no es aplicable a la vida económica de los países capitalistas desarrollados, y

En cuarto lugar, sus principios tampoco se aplican al intercambio en una economía natural. (Eckstein, 1902: 816)

Excede con mucho el marco del presente trabajo reseñar la crítica a las teorías de Eugen von Böhm-Bawerk publicada en 1904 por el austro-marxista Rudolf Hilferding, mucho más detallada y profunda que las de Parvus y Eckstein, titulada *La crítica de Böhm-Bawerk a Marx*. Afortunadamente, dicha obra ha sido traducida al castellano como apéndice a la reseña del tercer volumen de *El Capital* de Böhm-Bawerk, titulada *La conclusión del sistema de Marx* (Sweezy, 1974). Cabe señalar que Hilferding escribió ocho años más tarde una reseña del libro de Ludwig von Mises, *Teoría del dinero y del crédito*, que es en realidad una crítica de la teoría marginalista del dinero, en la que Hilferding demuestra la absoluta incapacidad de la teoría subjetiva del valor para explicar esta cuestión. (Hilferding, 1911).⁸

3. Gustav Eckstein sobre Josef Schumpeter y el método de la economía teórica

Con mucho el más importante de los estudios económicos de Gustav Eckstein es su crítica del libro de Josef Schumpeter, *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie* (*La naturaleza y el contenido principal de la economía teórica*), publicada originalmente en 1909. (Eckstein, 1910) Schumpeter, un discípulo de Eugen von Böhm-Bawerk y del filósofo “empírico-criticista” Richard Avenarius, ministro austriaco de finanzas y presidente del banco privado Biedermann, se trasladó, debido al ascenso del nazismo, a los Estados Unidos, donde enseñó desde 1932 hasta su muerte en 1950. Hoy es sobre todo conocido por dos obras monumentales, *Ciclos económicos: un análisis teórico, histórico y estadístico del proceso capitalista*, y su obra póstuma *Historia del análisis económico* (Schumpeter, 1939 y 1954). Pero lo que nos interesa aquí es el magnum opus de su período austriaco, que extrañamente fue muy pobremente traducido al inglés recién

temente (Schumpeter, 2009).

El artículo de Eckstein sobre la obra de Schumpeter se divide en dos partes. La primera parte trata de lo que Eckstein llama “El método descriptivo de las ciencias naturales”, un análisis basado sobre todo en las popularizaciones de la física de principios del siglo XX escritas por Ernst Mach y Pierre Duhem. Eckstein vuelve sobre este punto en la sección final, titulada “Los métodos de Ernst Mach y Karl Marx.” Es difícil hoy en día, luego de la crítica devastadora de Lenin a la escuela de Mach en su obra *Materialismo y empiriocriticismo*, compartir el juicio de Eckstein según el cual “Mach ha conseguido expulsar a la metafísica del ámbito de la investigación física.” (Eckstein, 1910: 497) En general, estas dos secciones, que tratan de probar que la teoría de Marx coincide con “la epistemología de las ciencias naturales modernas”, están marcadas por el neo-kantianismo que prevalecía en los círculos austro-marxistas antes del estallido de la primera guerra mundial. Así, por ejemplo, afirma que “en el ámbito de la investigación epistemológica no se debe por lo tanto hablar de causas y efectos, o fines y medios, sino sólo de una secuencia regular, de funcionalidad.” (Eckstein, 1910: 326) El ensayo de Eckstein sobre Schumpeter por lo tanto plantea la cuestión de la relación entre el marxismo y el neo-kantismo, algo que va mucho más allá del marco del presente trabajo.⁹

La segunda parte de la crítica de Eckstein a Schumpeter, que es la que realmente nos interesa aquí, trata respectivamente de “La teoría de la utilidad marginal a la luz del método de las ciencias naturales” y de “La fundamentación de Schumpeter de la teoría de la utilidad marginal.”

Eckstein comienza afirmando que “el intento interesante hecho por Schumpeter de aplicar las normas de la nueva epistemología a la teoría económica burguesa, a la teoría de la utilidad marginal, es muy bienvenido.” (Eckstein 1910: 329) Eckstein resume las ideas fundamentales de la teoría subjetiva del valor en las siguientes palabras:

La teoría de la utilidad marginal supone que el precio de las mercancías se determina por la oferta y la demanda, y trata de definir estos dos factores con más precisión derivando su magnitud de la intensidad de la valoración subjetiva (*Wertschätzung*) concedida a los bienes particulares por los individuos.... Pero dado que la intensidad del deseo de obtener un bien depende de su cantidad disponible, esta cantidad debe estar dada de una vez por todas para que la oferta y la demanda puedan determinar el precio. Schumpeter es consciente de esta dificultad, y está obligado a aceptar la cantidad de artículos disponibles como dada....

La argumentación de los teóricos de la utilidad marginal se aplica, pues, y sólo se puede aplicar, a este sistema “estático”, en el que ningún cambio puede ocurrir, ya sea en las cantidades existentes de los productos o en sus valoraciones. Es claro que tal suposición es una ficción que no corresponde a la realidad. Schumpeter señala con razón que la elección de las hipótesis es arbitraria, y que lo único que importa es que no contengan contradicciones lógicas (Eckstein, 1910: 330).

Eckstein procede entonces a enumerar los fenómenos económicos excluidos como “dinámicos” de la aplicación de la teoría de la utilidad marginal. Schumpeter mismo concede en su obra que “el sistema estático está lejos de explicar todos los fenómenos económicos; no explica, por ejemplo, la tasa de interés y la ganancia empresarial, ni todas las formas posibles de formación de precios” (Eckstein, 1910: 564). A esta lista Eckstein agrega “la formación, la acumulación y la sustitución del capital, la formación

de la riqueza (*Vermögensbildung*), el desarrollo de la producción, la introducción de la maquinaria, el crédito, los efectos de la emisión de papel moneda, la distribución de las cantidades de trabajo entre las distintas esferas de actividad, el ahorro, la interdependencia mutua de las magnitudes de ingreso, las tarifas proteccionistas, los impuestos, los fenómenos del comercio minorista, y finalmente las crisis.” (Eckstein, 1910: 331) En otras palabras, el “sistema estático” solo se aplica “en condiciones imposibles, en las que no cambian ni las cantidades ni las valoraciones de los bienes, en las que la población no aumenta, ni disminuye, ni envejece, ni sufre ningún otro tipo de cambio, en las que no se producen cambios en las condiciones de propiedad, en las que todas las combinaciones de producción y de consumo son fijas para siempre. Y además de todo esto, una competencia totalmente libre debe prevalecer en el intercambio”. (Eckstein, 1910: 332) Al excluir el principio dinámico de la economía –el trabajo– que hace que se incremente el número de productos, la escuela marginalista se imposibilita a sí misma para comprender los fenómenos de la economía capitalista. Este es, concluye Eckstein, “el trágico destino de la teoría de la utilidad marginal: que en ella la lógica y la utilidad están en proporción inversa la una de la otra: cuanto más consecuentemente es implementada, menos resultados ofrece” (1910: 370).

En otras palabras, la teoría de la utilidad marginal no es aplicable, según Eckstein, “ni al fabricante, ni al trabajador, ni al comerciante ni al agricultor. Para ninguno de ellos la vida cotidiana es algo estático, un estado de equilibrio sin movimiento, que es el único que la teoría de la utilidad marginal puede describir. Esto se aplica, en el mejor de los casos, al rentista, que gasta su renta fija de manera uniforme en todo momento. El punto de vista del rentista es, claramente, el que parece más evidente y natural al autor” (1910: 332). Eckstein elabora esta idea en los siguientes párrafos:

El ‘sistema estático’ [de Schumpeter] no es una descripción de la bulliciosa y dinámica economía [capitalista], en la que la plusvalía es el centro de todo interés. Es una imagen de la economía calma del rentista, que consume en silencio sus ingresos anuales, que no cambian, y, después de hacer provisiones para las necesidades más urgentes, considera ahora en voz baja cómo puede obtener más placer con la renta que le queda: si debe comprar un baño nuevo para su amante o un escritorio nuevo para sí mismo....

La gente por lo tanto se equivoca cuando denota a la teoría de la utilidad marginal como la expresión de la necesidad espiritual de la burguesía de ocultarse a sí misma las contradicciones, la verdadera naturaleza del sistema económico capitalista. En realidad, casi ningún capitalista probablemente se preocupa por este ornamento ampuloso, que sólo sirve al propósito de ser una ‘teoría’ sobre la que se puede hablar en forma erudita, aun si es completamente estéril ante la vida real. La teoría de la utilidad marginal no refleja el espíritu de los capitalistas ávidos de ganancias, sino el de los profesores contratados por el estado. (Eckstein 1910: 374)

Es claro que Bujarin (1974) toma de aquí su descripción de la teoría subjetiva del valor como “la economía política del rentista”.

En la cuarta sección de su trabajo, titulada “El método subjetivo y el método objetivo”, Eckstein concluye con la siguiente valoración de la obra de Schumpeter y de la teoría de la utilidad marginal en su conjunto:

Es muy extraño que Schumpeter haya intentado aplicar los métodos de las ciencias naturales a la teo-

ría de la utilidad marginal, porque el principio de esta teoría es precisamente lo contrario del de las ciencias naturales. La escuela austríaca-inglesa de economía política ha sustituido el concepto básico del sistema clásico, el del valor de cambio como un hecho real que se revela en el intercambio, por la valoración subjetiva del individuo. Este proceso está íntimamente relacionado con su punto de vista manchesteriano de la sociedad como un mero agregado de individuos. La teoría de la utilidad marginal puso, de esta manera, en primer plano el factor subjetivo, y construyó su sistema sobre esta base, mientras que el propósito de las ciencias naturales es, precisamente, eliminar el elemento subjetivo tanto como sea posible. (Eckstein, 1910: 489-490)

Es interesante constatar que Werner Sombart, un profesor alemán cuya reseña del tercer tomo de *El Capital* Engels comenta en forma elogiosa en el prólogo a la segunda edición alemana, también redujo la disputa entre marxismo y marginalismo a la contraposición básica entre objetivismo y subjetivismo en economía política. (Sombart, 1894)

4. Conclusión

Razones de espacio nos han impedido abordar otras críticas marxistas a la teoría marginalista del valor, tales como las de Heinrich Cunow y Karl Vornberg, o el prefacio de Karl Kautsky a la edición alemana del libro de Louis Boudin *The Theoretical System of Karl Marx* (Cunow, 1910; Vornberg, 1903; Kautsky, 1909). Los artículos que hemos reseñado revelan, no obstante, la existencia de un corpus importante de críticas marxistas a la teoría subjetiva del valor en el seno de la socialdemocracia alemana y austríaca antes del estallido de la primera guerra mundial, que habría de ejercer una influencia importante sobre los economistas marxistas del período soviético temprano, tales como Nikolai Bujarin e Isaak Illich Rubin.¹⁰

Notas

- ¹ Engels a Conrad Schmidt en Zurich (Londres, 12 de septiembre de 1892) (Marx y Engels, 1975: Vol. 49, 525-528). Engels hacer referencia a los fundadores de la nueva teoría subjetiva del valor también conocida como teoría de la utilidad marginal, Carl Menger, autor de *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre* (1871) y William Jevons, autor de *The Theory of Political Economy* (1871).
- ² Engels a Nikolai Danielson en Saint Petersburg, Londres (5 de enero de 1888), (Marx y Engels, 1975: Vol. 48, 135-137). Citado en Heinz D. Kurz, "Marginalism, Classicism and Socialism in German-Speaking Countries, 1871-1932," en Steedman (1995: 23-24).
- ³ Engels, Prefacio a *El Capital*, vol. III. Ver los documentos en *Early English Debates in Marxist Value Theory*: <http://www.marx.org/subject/economy/authors/fabians/earlyengvaluedebate.htm>
- ⁴ Sobre la primera etapa de la controversia revisionista ver los documentos reunidos en Tudor y Tudor (1988).
- ⁵ Ver, por ejemplo, Bernstein 1899 y 1900. Ver la respuesta a este artículo en Karl Kautsky, La doctrina socialista: Respuesta a la crítica de Eduard Bernstein (Kautsky 1930), Capítulo I: El método, sección c) El valor. Para una posición revisionista véase también Schmidt 1910.
- ⁶ J. H. [Parvus], 1892. "J. H." son las iniciales de Israel Lazarevich Gelfand – una transliteración al ruso del apellido alemán Helfand. Hay edición castellana del libro de Eugen von Böhm-Bawerk (1947).
- ⁷ Marx llamó "robinsonadas" a las fantasías de los economistas que veían a los agentes económicos como si fuesen Robinson Crusoe en su isla, es decir, como individuos aislados. Ver el obituario de Gustav Eckstein escrito por Leon Trotsky en agosto de 1916 e incluido en su libro *Political Profiles* (disponible online en el archivo marxista de Internet: marx.org)
- ⁸ La referencia al crédito en las traducciones del título de este libro al inglés y al castellano es incorrecta, en realidad *Theorie des Geldes und der Umlaufmittel* significa *Teoría del dinero y de los medios fiduciarios*.
- ⁹ Prácticamente toda de la bibliografía sobre este tema permanece sin traducir al inglés o al castellano. (Ver en especial Adler, 1904) Este fue el primer volumen de la serie *Marx-Studien*. Es en esta serie, editada por la socialdemocracia austriaca, que *El capital financiero* de Hilferding fue originalmente publicado en 1910.
- ¹⁰ Isaak Illich Rubin editó en 1922 una antología en ruso de traducciones de artículos marxistas alemanes sobre economía política que incluye la mayoría los trabajos reseñados en este artículo: Основные проблемы политической экономики. Сб. ст. О. Бауэра и др. (*Los principales problemas de la economía política*), под ред. и с предисловием Ш. Дволайцкого и И. Рубина. М.: Гос. изд., 1922. Agradezco esta referencia al profesor Richard B. Day de la Universidad de Toronto.

Referencias

- Adler, Max (1904) *Kausalität und Teleologie im Streite um die Wissenschaft*, Wien: Verlag der Wiener Volksbuchhandlung, Brand (Marx-Studien, Bd. I).
- Bernstein, Eduard (1900) "Zur Theorie des Arbeitswerths" (Juni 1898), *Die neue Zeit*, 18. Jg., 1. Bd., H. 12, S. 356-363.
- Bernstein, Eduard (1899) "Arbeitswerth oder Nutzwert?: Antwort an Karl Kautsky", *Die Neue Zeit*, 17 Jg., 2. Bd., H. 44, S. 548-554.
- Böhm-Bawerk, Eugen von (1947) *Capital e interés: Historia y crítica de las teorías sobre el interés*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bujarin, Nicolai (1974) *La economía política del rentista (Crítica de la economía marginalista)*. Córdoba: Editorial Pasado y Presente.
- Cunow, Heinrich (1910) "Zum Verständnis der Marxschen Forschungsmethode", *Die Neue Zeit*, 28. Jg., 2. Bd. H. 53, S. 1001-1010.
- Eckstein, Gustav (1902) "Die vierfache Wurzel des Satzes vom unzureichenden Grunde der Grenznutzentheorie: eine Robinsonade", *Die neue Zeit*, 20., 2. Bd., H. 26, 52, S. 810-816.
- Eckstein, Gustav (1910) "Zur Methode der politischen Ökonomie. Ein Beitrag zur Geschichte der Politischen Öko-

nomie, *Die Neue Zeit*, 28. Bd. 1, S. 324–32, 367–75, 489–97.

Hilferding, Rudolf (1911) "Ludwig von Mises, Theorie des Geldes und der Umlaufmittel", *Die Neue Zeit*, Jg. 30, Bd. 2, S. 1024-1027.

Howard, M.C. y J.E. King (1989) *A History of Marxian Economics*. Princeton: Princeton University Press, Vol. I: 1883-1929.

Karl Kautsky (1909) "Vorwort zur deutschen Ausgabe Louis B. Boudin: Das theoretische System von Karl Marx", Stuttgart: Dietz, S. VII-XX.

Kautsky, Karl (1930) *La doctrina socialista: Respuesta a la crítica de Eduard Bernstein*, Madrid: F. Beltrán.

Marx, Karl y Friedrich Engels (1975) *Marx-Engels Collected Works*. New York: International Publishers.

J. H. [Parvus] (1892) "Ökonomische Taschenspielererei. Eine Böhm-Bawerkiade" *Die neue Zeit*, 10.1891-92, 1.Bd., H. 17, S. 524-531, 549-556, 590-596.

Schmidt, Conrad (1892) "Die psychologische Richtung in der neueren National-Oekonomie", *Die neue Zeit*, 10 Jg., 2. Bd., S. 421- 429, 459-464.

Schmidt, Conrad (1897) "Grenznutzpsychologie und Marx'sche Werthlehre" ['La psicología de la utilidad marginal y la teoría marxista de valor'], *Der sozialistische Akademiker, Sozialistische Monatshefte*. 1 = 3, S. 18-22.

Schmidt, Conrad (1910) "Positive Kritik des Marxschen Wertgesetzes", *Sozialistische Monatshefte*. 14 = 16., H. 10, S. 604-618.

Schumpeter, Joseph (1908) *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie*, Leipzig: Duncker & Humblot.

Schumpeter, Joseph (1939) *Business Cycles: A theoretical, historical and statistical analysis of the Capitalist process*, 2 vols, New York: McGraw-Hill.

Schumpeter, Joseph (1954) *History of Economic Analysis*. Oxford University Press.

Schumpeter, Joseph (2009) *The Nature and Essence of Economic Theory*. Transaction Publishers.

Sombart, Werner (1894) "Zur Kritik des ökonomischen Systems von Karl Marx", *Archiv für soziale Gesetzgebung und Statistik*, Vol. VII, Berlin, pp. 593-594.

Steedman, Ian (1995) *Socialism and Marginalism in Economics 1870-1930*. London: Routledge.

Sweezy, Paul (ed.) (1974) Eugen von Böhm-Bawerk, Rudolf Hilferding, Ladislaus von Bortkiewicz, *Economía burguesa y economía socialista*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente.

Tudor, Henry y J.M. Tudor (1988) *Marxism and Social Democracy: The Revisionist Debate 1896-1898*. Cambridge University Press.

Karl Vornberg [Josiah Rosenberg, 1872-1937] (1903) "Die Einheitlichkeit der Marxschen Werttheorie", *Die Neue Zeit*, 21 Jg., 2. Bd., H. 38, S. 357-367.

Tasa de ganancia y crisis mundial

Pablo Heller

Universidad de Buenos Aires

heller1952@yahoo.com.ar

Resumen

La “ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia” es uno de los puntos más controvertidos del legado de Karl Marx. El propio Marx la definió como “la ley más importante de la economía política”. Su formulación fue el blanco de críticas e impugnaciones furibundas desde el momento en que fue planteada en la medida en que dicha ley pone de relieve las tendencias del régimen capitalista a su autodisolución. En el presente trabajo se intenta poner en evidencia la actualidad de la ley de la tendencia decreciente, tomando en cuenta las evidencias que nos proporciona la etapa más reciente que desemboca en la actual crisis mundial en desarrollo. El análisis recoge evidencias empíricas y las integra e interpreta valiéndose del arsenal teórico que nos ofrece el marxismo. El presente trabajo recoge contribuciones de distintos autores y, al mismo tiempo, polemiza y se delimita con la corriente que hoy tiene una adhesión mayoritaria en el campo de la izquierda, que ha renunciado hace mucho a lo que es una premisa central y estratégica del socialismo.

Introducción

La “ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia” es uno de los puntos más controvertidos del legado de Karl Marx. El propio Marx la definió como “la ley más importante de la economía política”. Su formulación fue el blanco de críticas e impugnaciones furibundas desde el momento en que fue planteada en la medida en que dicha ley pone de relieve las tendencias del régimen capitalista a su autodisolución. En otras palabras, es una ley que, como se han encargado de subrayarlo su propio fundador y otros marxistas a lo largo de la historia, da cuenta de las tendencias al colapso y al derrumbe del capitalismo, de las tendencias a su agotamiento histórico como resultado de sus propias contradicciones y dinámica internas. No hay que apelar a ninguna fuerza o circunstancia exterior: el límite del capital es el capital mismo. La barrera para el desenvolvimiento capitalista nace de las entrañas del propio régimen social de explotación capitalista, su carácter históricamente condicionado. Como cualquier otro modo de producción en la historia, el capitalismo está llamado a tener un comienzo, un desarrollo, una declinación y un fin. La “muerte” de un régimen social es una condición inherente y un resultado inevitable de la propia vida. En este caso específico, nos referimos a la vida social, es decir, a un colectivo social, de modo de diferenciarlo de la existencia individual.

La impugnación de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia se ha extendido inclusive al propio campo de la llamada literatura marxista. Pasó a ser moneda corriente tildar de “catastrofistas” a quienes sostuvieran la vigencia de esta ley y sus ineludibles implicancias. Su defensa sería sinónimo de dogmatismo, esquematismo o superficialidad, puesto que esa ley no debería ser tomada al pie de la letra y en el mejor de los casos aludiría a un fenómeno que sólo se concretaría en un difuso e inverificable larguísimo plazo. En esta línea se dice que el propio Marx planteó la existencia de “contratendencias” a la dinámica decreciente de la tasa de ganancia, lo cual, llevaría, según esta óptica, a que el resultado final sea indeterminado —algo que, sin embargo, el autor de *El Capital* nunca planteó.¹

La actual bancarrota capitalista debería haber ayudado a zanjar este debate. Pero, en lugar de ello, los críticos de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia se mantienen incólumes. Algunos incluso han redoblado la apuesta y hasta afirman que la tasa de rentabilidad ha crecido y recuperado los niveles de la posguerra pese a la caída de los ritmos de crecimiento de las últimas décadas (Husson, 2010). Este hecho no es casual, pues la admisión de la conexión íntima existente entre ambos elementos —la bancarrota capitalista actual como expresión de la baja tendencial de la tasa de ganancia y, por lo tanto, de la tendencia al colapso del capital— es incompatible con el criterio de que no es la primera vez que hay una crisis y que “siempre que llovió paró”, de modo que el capitalismo lograría, cual ave fénix, recuperarse de su crisis. Bajo este enfoque, la tendencia a la autodisolución es sustituida por su contrario, por las tendencias a su autorregeneración. Al analizar la tasa de ganancia y sus oscilaciones, lo que termina destacándose es su comportamiento cíclico y no que dicho ciclo se entronca con el descenso de la misma tomada como un proceso a lo largo del tiempo. Esta segunda dimensión es, sin embargo, todavía más importante que la primera, pues da cuenta de la evolución histórica del capitalismo, y de sus transformaciones internas, lo cual nos permite identificar las diferentes etapas específicas por las que fue atravesando y cómo cada una de ellas es un eslabón en dirección a su agotamiento y caducidad en tanto régimen social.

En el presente trabajo se intenta poner en evidencia la actualidad de la ley de la tendencia decreciente, tomando en cuenta las evidencias que nos proporciona la etapa más reciente que desemboca en la actual crisis mundial en desarrollo. El análisis recoge evidencias empíricas y las integra e interpreta valiéndose del arsenal teórico que nos ofrece el marxismo. El presente trabajo recoge contribuciones de distintos autores y, al mismo tiempo, polemiza y se delimita con la corriente que hoy tiene una adhesión mayoritaria en el campo de la izquierda, que ha renunciado hace mucho a lo que es una premisa central y estratégica del socialismo. La ley de la tendencia decreciente no es un aspecto más sino el remate y corolario necesario de todo el edificio teórico marxista, que arranca en la ley del valor trabajo, desentraña los secretos de la obtención de beneficio a través del desmenuzamiento de la explotación capitalista, explica el proceso de acumulación e interconecta y articula todas esas categorías en un sistema único, procurando reproducir, en términos concretos, la realidad social capitalista, fundamentar su funcionamiento y su desarrollo. Sin ello, el socialismo es un león sin dientes: pierde todo el filo de su crítica, cuya fuerza reside precisamente en que la rentabilidad, que es el punto de partida, el motor y el punto de llegada de la acumulación capitalista, tiende a ser minada por las propias leyes intrínsecas que gobiernan el funcionamiento del orden social vigente y, por lo tanto, poniendo en cuestión su propia existencia y convirtiendo, en esa medida, la revolución social en un fenómeno necesario.

La ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia: crítica y evidencia empírica

El contenido de la ley ha sido expuesto en multiplicidad de textos donde se explican holgadamente sus mecanismos y fundamentos (ver, por ejemplo, Rieznik, 2007; Heller, 2009). Su punto de partida es el hecho de que el capital obtiene su ganancia no de la totalidad de la inversión que aplica, sino de la parte de la misma destinada a la compra de fuerza de trabajo, es decir, de una mercancía cuya característica particular y única consiste en producir un valor superior al de su propio costo. El resto de la inversión capitalista —el de las máquinas, herramientas de trabajo, materias primas, etc.—, en cambio, traslada su valor en idéntica magnitud al producto final. La diferencia entre el valor producido por la fuerza de trabajo en actividad y el valor por el cual es remunerada —salario— es la plusvalía, que se apropia el capitalista. La plusvalía como proporción del total del capital invertido —el que produce y el que no produce plusvalía— es la tasa de ganancia.

Lo que importa, dado lo que acabamos de señalar, es que la parte del capital destinada a la compra de fuerza de trabajo tiende a reducirse relativamente respecto a la parte restante como resultado de las mejoras técnicas derivadas del proceso de acumulación y competencia capitalista. En consecuencia, la tendencia histórica del capital a hacer más productivo el trabajo —disminución de su participación en el proceso de producción y aumento de la correspondiente a máquinas, instrumentos de trabajo, automatización creciente— redundo, contradictoriamente, en una caída histórica de la tasa de ganancia.

Es cierto que existen factores contrarrestantes a la declinación sistemática de la tasa de ganancia que, como planteó el propio Marx, no anulan la tendencia decreciente como fenómeno estructural, históricamente irreversible, del modo de producción capitalista. Los aumentos en la productividad, que reducen la proporción de la jornada de trabajo

requerida por los trabajadores para cubrir su costo de vida, son una causa contrarrestante de la mentada tendencia de la tasa de ganancia. Esto porque los capitalistas quedan en condiciones de apropiarse de una cuota más grande del trabajo de sus obreros como ganancias —una mayor “tasa de explotación” — sin que necesariamente disminuyan los salarios reales. Pero había un límite a cuánto podía operar esta contratendencia: la posibilidad de comprimir el trabajo necesario del obrero —el salario en términos monetarios— y como consecuencia aumentar el trabajo excedente —la plusvalía— tropieza con un límite, que está dictado por la reproducción de la fuerza de trabajo. “En contraste, no hay límite a la transformación del trabajo pretérito en mayor acumulación de medios de producción” (Harman, 2007).

Un ataque en regla a la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia es el que se planteó con el llamado “teorema de Okishio”, por el nombre del economista que lo formuló. Según Okishio, las mejoras técnicas no pueden producir una caída en la tasa de ganancia, dado que los capitalistas sólo introducirán una nueva técnica si sus ganancias aumentan. Si bien es cierto que el primer capitalista que introduce una mejora técnica tiene una ventaja competitiva sobre el resto de los capitalistas, que le permite obtener ganancias extraordinarias, es necesario no olvidar que éstas desaparecen una vez que la técnica nueva se generaliza. Lo que el capitalista obtiene en términos monetarios cuando vende sus mercancías depende del monto promedio de trabajo socialmente necesario que contienen las mismas. Si introduce una técnica nueva, más productiva, mientras que ningún otro capitalista lo hace, éste estará produciendo bienes que tienen la misma suma de trabajo socialmente necesario que antes, pero con menos gasto de trabajo real, concreto. Sus ganancias crecen. Pero una vez que todos los capitalistas que fabrican esa misma mercancía introducen estas nuevas técnicas, el valor de los bienes cae hasta que corresponda al monto promedio de trabajo necesario para producirlas utilizando las nuevas técnicas. Okishio sostiene que cualquier suba en la productividad como resultado de utilizar más medios de producción ocasionará un descenso en su precio de producción, reduciendo así los precios en toda la economía —y por ende el costo de pagar por esos medios de producción. Este abaratamiento de la inversión, afirman, aumentará la tasa de ganancia.

Se trata del argumento más sólido —y las ecuaciones simultáneas utilizadas en la presentación matemática del teorema han convencido a muchos economistas marxistas. Pero descansa en una secuencia de pasos lógicos que no se pueden dar en el mundo real. La inversión en un proceso de producción ocurre en un punto determinado en el tiempo. El abaratamiento de inversiones subsiguientes como resultado de técnicas de producción mejoradas ocurre en un punto posterior. Los dos sucesos no son simultáneos. Es un error aplicar ecuaciones simultáneas a procesos que ocurren en el transcurso del tiempo.

La inversión capitalista implica utilizar el mismo capital constante fijo (maquinaria y equipos) durante varios ciclos de producción. El hecho de que la inversión emprendida costaría menos luego de la segunda, tercera o cuarta ronda de producción no altera el costo de realizarla antes de la primera ronda. La disminución en el valor del capital ya invertido, ciertamente no hace la vida más fácil a los capitalistas. Para sobrevivir en el negocio deben recuperar, con ganancias, el costo total de sus inversiones pasadas, y si el avance tecnológico significó que esas inversiones valen ahora, digamos que la mitad de su valor original, la compensación por esa suma debe salir de sus ganancias brutas. Lo que ganan por un lado lo pierden por el otro, ya que la “depreciación” del capital debida a la

obsolescencia les causa tanto dolor de cabeza como una caída directa en la tasa de ganancias (Harman, 2007)

Las crisis y las recuperaciones: “cambia todo cambia”

El mecanismo fundamental para contrarrestar la caída de la tasa de ganancia es la crisis. Al suprimir el capital sobrante y más vulnerable, reducir los precios de las materias primas y medios de producción, parte de los cuales pueden comprarse a precios de remate, la producción vuelve a ser rentable y crea las condiciones para un nuevo ciclo de acumulación. Pero este mecanismo no opera en el vacío ni en forma automática, sino en un intercambio y metabolismo continuo con el cuerpo social. Así como una enfermedad tiene consecuencias diferentes según la edad del enfermo, de la misma manera las crisis y sus secuelas son diferentes según la etapa histórica que atraviesa. Lo mismo puede decirse de las recuperaciones. La capacidad y el carácter de restablecimiento de la salud de un joven no es la misma que la de un anciano, y esto mismo puede extenderse a escala social: el ritmo, alcance y características no pueden separarse del momento histórico en que se producen.

Las crisis que arrancan con la madurez, y con más razón en la declinación capitalista, son distintas a las crisis de su época de ascenso: tienen un carácter global, afectan a los sectores neurálgicos de la economía y, por sobre todo, lo que sobresale son sus efectos destructivos y prolongados en el tiempo y su creciente incapacidad para recuperar la tasa de ganancia del capital. El punto de inflexión entre una etapa y otra podemos situarlo en la crisis conocida como la Gran Depresión, que arranca en la década de 1870 y se prolonga por más de dos décadas, y cuyos rasgos se reproducen a escala ampliada hasta llegar al paroxismo en el siglo XX. La forma en que se salió de estas crisis de finales del siglo XIX nos ilustra aún más que la crisis propiamente dicha. Lo que las caracteriza es su base parasitaria y precaria y lo que es más importante es que preparan una destrucción de fuerzas productivas a escala superior. La recuperación de la crisis de la Gran Depresión pavimentó el camino a la Primera Guerra Mundial y la gran depresión de 1929 solo logró remontarse con el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial.

Pero además, en el siglo XX y en especial a partir de la crisis de 1929, el propio ciclo de crisis y recuperaciones empieza a alterarse. La centralización y concentración del capital inherente al proceso de acumulación capitalista hace que el mercado quede reducido a un puñado de grandes capitalistas, los cuales, precisamente por su posición monopólica, logran cultivar una relación privilegiada con el Estado. Su quiebra amenaza con poner en jaque y arrastrar y llevar a la ruina generalizada al resto de la economía. Se pone en juego no solo el destino de un capital individual sino del sistema en su conjunto. Es lo que en el mundo comercial y financiero se ha popularizado como “demasiados grandes para caer” (*too big to fall*). La intervención y, si hiciera falta, el rescate del Estado, interfieren en el proceso de limpieza y depuración del capital sobrante que caracteriza a la crisis. Dicha intervención es un arma de doble filo. Por esta vía, se amortiguan los efectos de la crisis pero al precio de prolongarla en el tiempo al impedir que se recreen las condiciones para un restablecimiento de la tasa de ganancia.

Los ciclos, en definitiva, están condicionados a la etapa histórica en que tienen lugar.

Aún lo que se conoce como la época dorada —los llamados treinta años gloriosos, en primer lugar en Estados Unidos, que se consolidó como primera potencia hegemónica— no pudo sustraerse a los crecientes gastos armamentistas y al propio recurso de la guerra para preservar el dinamismo de su economía. El restablecimiento de la tasa de ganancia derivado de la destrucción masiva del viejo capital —según algunas estimaciones, un tercio del total— no fue óbice para que dicho impulso se agotara tempranamente hasta tal punto que la prosperidad de posguerra en Estados Unidos fue interrumpida por varias recesiones, una de ellas la de 1953, que logra remontarse recién con el reanimamiento que provoca la guerra de Corea. En síntesis, no fueron treinta años ni fueron tan “gloriosos” (Brenner, 2006; Harman, 2007).

Datos estadísticos

Ha habido varios intentos de calcular tasas de ganancia de largo plazo. Los cálculos para determinar la tasa de ganancia así como los resultados no siempre son compatibles unos con otros, ya que hay distintas formas de medir la inversión en capital fijo, y la información de ganancias que brindan las compañías y gobiernos está sujeta a enormes distorsiones. Diferentes autores marxistas, aún con esta diversidad, coinciden en indicar que las tasas de ganancia cayeron desde finales de los 60 hasta comienzos de los 80. También hay acuerdo en que las tasas se recuperaron parcialmente luego de fines de los 80, pero con interrupciones al final de los 80 y al final de los 90. Todos destacan que la proporción creciente de capital con respecto al trabajo, es decir, un aumento de la composición orgánica, es un elemento determinante en la reducción de las tasas de ganancia.

Las tasas de ganancia tuvieron una recuperación desde aproximadamente 1982 en adelante. La que se conoce como ofensiva neoliberal fue una tentativa en gran escala y de carácter planetario por revertir la caída de la rentabilidad. Y decimos planetario porque esa tentativa abarca no solo los países industrializados sino que se extiende a los países atrasados de la periferia y, por sobre todo, una de sus principales apuestas reside en la anexión y colonización capitalista de los antiguos estados obreros, empezando por la URSS y China (Rieznik, 2008). En los países industrializados, dicha ofensiva se tradujo en un aumento considerable de la tasa de explotación, derivado del juego combinado de un retroceso de los salarios y un crecimiento de la flexibilidad laboral y prolongación de las horas de trabajo.

Pero aun esta ofensiva de vastas proporciones no fue suficiente para restablecer los niveles anteriores. Según Wolff, la tasa de ganancia cayó 5,4% desde 1966 a 1979 y luego “rebotó” 3,6 % desde 1979 a 1997; Fred Moseley calcula que “se recuperó...sólo alrededor del 40% de la caída previa”; Duménil y Lévy estiman que “la tasa de ganancia en 1997” era “todavía sólo la mitad de su valor en 1948, y entre 60 y 75 por ciento de su valor promedio para la década 1956-65”.²

Es cierto que hubo un freno en el crecimiento de la tasa de inversión por trabajador —la “composición orgánica de capital”—, por lo menos hasta la mitad de los 90 y en eso tiene que ver que las crisis comenzaron a implicar quiebras significativas por primera vez desde los años entreguerras. Durante los 80 y comienzos de los 90 se sucedieron bancarrotas empresarias de una magnitud sin precedentes. Muchas compañías conoci-

das se declararon en quiebra, incluidas LTV, Eastern Airlines, Texaco, Continental Airlines, Allied Stores, Federated Department Stores, Greyhound, R H Macy y Pan Am, Maxwell Communication y Olympia & York. La misma historia se repitió en mayor escala durante la crisis de 2001-2002, en primer lugar Enron, la mayor quiebra corporativa de todos los tiempos, hasta que llegó WorldCom. Esto se extendió a las otras metrópolis capitalistas. Esa destrucción de capital excedente no fue suficiente para revertir las tendencias al crecimiento de la composición orgánica. Importa destacar, además, que el proceso de liquidación de capitales solo se operó en forma limitada: el estado no renunció a salir al rescate en casos estratégicos. Esto ocurrió en los EE.UU. con la quiebra de Chrysler en 1979-80, con la crisis de S&Ls a finales de los 80 y el colapso del gigante entre los especuladores con derivados Long Term Capital Management, en 1998. Esto es lo que explica que la inversión pública que era solo 10% de la inversión privada en 1970 aumentara al 24% en 1990 y mantuviera esos niveles de allí en adelante. Resumiendo: la declinación de la tasa de ganancia es el fenómeno dominante de las últimas cuatro décadas y está en la base de la actual crisis mundial en desarrollo.

Tesis alternativas

Al desechar la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, la línea dominante en el campo del marxismo se inclinó por otras interpretaciones sobre la crisis que, por encima de su diversidad, tuvieron como común denominador el abandono de una teoría del derrumbe capitalista. Algunas de las interpretaciones están conectadas al salario, ya sea atribuyendo la crisis a una caída sistemática del mismo o, contradictoriamente, a su opuesto: el ascenso salarial prolongado en el tiempo.

Según el primer punto de vista, la baja persistente del salario, en lugar de aumentar la tasa de beneficio, provocó su caída al provocar una contracción de la demanda y comprometer, en esa medida, la realización de los productos. Si los salarios decrecen, quedan productos sin vender, se desalienta la inversión y esto dispara una reacción en cadena que se difunde al resto de la economía. El capital soporta una pérdida y como extensión de ello, una caída de la tasa de beneficio. En definitiva, los bajos salarios, que serían consecuencia, de acuerdo a esta óptica, de la política neoliberal, serían los responsables de la crisis. Estamos frente a una concepción subconsumista, que se caracteriza por hacer hincapié en que la economía está gobernada por la demanda, su desarrollo y oscilaciones.

Marx mismo salió al cruce de esta interpretación:

Es una absoluta tautología decir que las crisis son causadas por la escasez de consumo efectivo... Que los bienes son invendibles solo porque no se han encontrado efectivos compradores para ellos... Pero si uno intentara dar a esta tautología la apariencia de una profunda justificación diciendo que la clase trabajadora recibe una porción demasiado pequeña de su propio producto y que el mal sería remediado tan pronto como recibiese una porción mayor de aquél y los salarios se incrementarían en consecuencia, uno solo podría remarcar que las crisis son siempre preparadas precisamente por un período en el cual los salarios crecen en términos generales y la clase trabajadora realmente obtiene una mayor porción del producto anual dirigido al consumo. Desde el punto de vista de estos partidarios del sentido y "simple" (!) sentido común dicho período debería más bien remover la crisis (Marx, 1983).³

Esta tesis omite el hecho de que en la demanda no sólo interviene la capacidad de consumo de los trabajadores sino la capacidad de absorción del capital, ya sea a través del consumo o de la inversión. Esta última puede compensar, y en ciertos casos con holgura, la caída del poder de compra de los trabajadores como consecuencia de un recorte de salarios. En este contexto, los salarios en baja coexisten con una tasa de ganancia superior al nivel que se encontraba antes de la poda de los salarios. Para que la realización entre en crisis, debe ser afectado el capital cuyo comportamiento y dinámica está regido por la tasa de ganancia a través de los mecanismos que ya describimos. Si los bajos salarios fueran la causa de la crisis, bastaría solamente corregir la política de distribución, sin necesidad de atacar el régimen de producción y sus contradicciones —el aumento “distributivo” de los salarios agrandaría la demanda pero también afectaría la producción por la caída de las ganancias. No se trata de “la” producción, sino de la producción capitalista y de sus contradicciones. No es casualidad que esta sea la tesis que abrazan los apologistas de la “redistribución de la riqueza”, que olvidan que la principal desigualdad en la riqueza reside en la concentración privada, en pocas manos, de los medios de producción. Una auténtica redistribución de la riqueza debería permitir que la sociedad se apropie de esos recursos, que deberían pasar a formar parte del patrimonio público, colocados al servicio de la satisfacción de las necesidades de la población.

En un reciente trabajo Alan Freeman plantea que la “cuestión salarial” debe ser relativizada. Lo hace al examinar —en un amplio período, desde 1929 hasta 1996— el vínculo entre la distribución del ingreso —salarios y beneficios— y la tasa de ganancia, por un lado, y, por el otro, entre esta última y la llamada composición orgánica del capital, es decir la proporción entre la porción del capital que no produce plusvalía y la que sí la produce (Carchedi, 2009). Los resultados son concluyentes. Mientras que en el primer caso no se constata prácticamente ningún vínculo, en el segundo caso la relación es muy estrecha, del 75% hasta casi el 100%, según el periodo considerado. Por la misma razón es unilateral identificar el origen de la crisis con los salarios incrementados como causa de una “rentabilidad estrangulada” para el capital (*profit squeeze*, en inglés). Como lo señala el trabajo de Freeman, lo que explica la crisis y el ingreso en una depresión no es la participación relativa de la mano de obra en relación al capital, en el marco de un ingreso que se supone fijo e invariable, sino el bloqueo en la creación de más valor y por consiguiente de plusvalor, originado en el peso cada vez gravitante del trabajo muerto (máquinas, herramientas, materia prima... que no produce plusvalía), sobre el trabajo vivo que sí la produce, con la consiguiente caída de la tasa de ganancia. A partir de este punto, asistimos a una inversión de tendencias y se inicia un ciclo depresivo. Los altos salarios contribuyen aun más en una curva descendente pero luego de producirse este punto de inflexión y no antes. No son la causa sino un factor adicional que empieza a tallar cuando el proceso está en marcha. En definitiva, “nada es más absurdo... que explicar la caída en la tasa de ganancia por un incremento en la tasa de salarios” (Marx, 1983: 306-307)

El origen de la crisis no hay que buscarlo en la esfera de la distribución sino en la órbita de la producción. Aceptado este criterio, hay otra tesis que sostiene que la crisis está motivada por un nivel decreciente en la productividad. Es el punto de vista opuesto al de Marx, quien destacó que la causa de la crisis reposa en el aumento de la composición orgánica de capital, es decir, en un aumento de la productividad del trabajo y no en su achicamiento. Las estadísticas refutan este enfoque, pues, en el periodo en que la mayoría de los autores marxistas y no marxistas coinciden en que hubo una declinación de la

tasa de ganancia, la productividad aumentó. Uno de los que suscribe con más entusiasmo esta teoría, pero en el campo burgués, es el menemista Jorge Castro, quien suele augurar un relanzamiento del capitalismo y nuevo ciclo de prosperidad en la economía mundial tomando como punto de partida el salto en la productividad que se estaría constando en la primera potencia del mundo.⁴ Este particular enfoque termina convirtiendo en sinónimos productividad y rentabilidad, cuando ambos términos, bajo el capitalismo, son contradictorios. Se ve una relación directa cuando lo que impera en el orden social vigente es una relación inversa, que se deriva de la dualidad misma que adopta el trabajo bajo su forma mercantil, en su doble carácter de trabajo humano abstracto y trabajo concreto que hace de la mercancía una unidad contradictoria de valor de uso y de cambio (Carchedi, 2009). En síntesis, tal como planteaba Marx, “la tasa de ganancia no cae porque el trabajo se haga más improductivo sino porque se torna más productivo”.

Tasa de ganancia y su medición

Hay una corriente que ha ido todavía más lejos, pues su impugnación a la tendencia decreciente de la tasa de ganancia llega al extremo de poner en tela de juicio y desafiar las evidencias empíricas y afirmar que, en realidad, el fenómeno es el inverso. La tasa de beneficio no solo se habría recuperado sino que incluso habría superado los niveles de la época dorada (Husson, 2010). Los datos que pretenden fundamentar estas conclusiones han sido impugnados por distintos autores que revelaron sus inconsistencias. Andrew Kliman señaló al respecto que es necesario

comparar tasas de ganancia en puntos similares dentro del ciclo, por ejemplo de pozo a pozo. Un problema es que Duménil y Lévy, así como Fred Moseley, seleccionan cuidadosamente sus datos comparando un pozo (punto más bajo) con un pico posterior. Si hubieran comparado, en cambio, puntos similares, habrían reportado una recuperación sensiblemente menor de la que actualmente reportan. Por ejemplo, la medición de la tasa de ganancia de Moseley sólo se recuperó la mitad entre el pozo de 1980 al pozo de 2001, y no del todo entre 1987 y 2001.⁵

El otro problema con las mediciones que exhiben esta supuesta recuperación es que lo que llaman “tasa de ganancia” no lo es realmente. Lo que los capitalistas y los inversores, y el propio Marx, entienden por tasa de ganancia es la ganancia como un porcentaje de la suma de dinero realmente adelantado, invertido, en el pasado. Pero las “tasas de ganancia” que, según dichos autores, “se han recuperado casi totalmente”, son ganancias obtenidas como un porcentaje de lo que los bienes de capital —maquinaria, edificios, etc.— habrían costado si se hubieran comprado al mismo tiempo que la ganancia se acumulaba. Cuando se toman como criterio de valuación los costos corrientes en lugar de los históricos, se deprecia artificialmente el capital adelantado, dando lugar a que la “tasa de ganancia” crezca artificialmente. (No debemos olvidar que la tendencia histórica general, como resultado del aumento progresivo de la productividad, es el abaratamiento de los elementos que componen el capital constante y también el variable). Este criterio de valuación tiene como fundamento una medición simultánea de todas las variables, ignorando el desfase temporal que existe entre ellas.

Un relevamiento de todas las corporaciones norteamericanas,

indica que hubo de hecho una pequeña caída en las ganancias previo pago de impuestos, como un porcentaje del capital actual avanzado (el costo histórico del stock neto de capital fijo) entre el pozo de 1982 y el del 2001. Pero cuando los bienes de capital, se distorsionan en función del criterio de valuación en los términos que describimos, la “tasa de ganancia” parece haber crecido un 37% a “costes corrientes”. (ídem)

Pero el colmo es que estos autores deben admitir que la tasa de crecimiento de la economía se ha reducido a la mitad en las últimas décadas por relación al periodo de posguerra. Quienes la sostienen reconocen que se trata de un fenómeno inédito y que nunca antes en la historia hubo una divergencia entre ambos parámetros de esa naturaleza. Pero, la pregunta que sigue sin contestar es por qué, si la rentabilidad aumenta, los capitalistas invierten menos. Esto pone más de manifiesto su inconsistencia.⁶

Burbuja especulativa y capital ficticio

Las raíces de la crisis actual hay que buscarlas en la prolongada caída de la tasa de ganancia que arranca en 1970. Esto es lo que explica que la economía mundial se haya visto desde entonces estremecida por una sucesión de crisis: la actual fue preparada por ellas. Fueron manifestaciones de un mismo proceso que terminó por estallar, como temblores que anuncian la inminencia de un terremoto. Asistimos, como corolario de ello, a una reducción sensible en los niveles de crecimiento de la economía mundial.

El capital contrajo la inversión en el sector productivo y se desplazó al sector financiero en la búsqueda de mayores beneficios. El enorme crecimiento de la economía financiera o especulación ha sido proporcional a la incapacidad para lograr una colocación redituable en el campo productivo. Explicado en otros términos: hay un exceso de mercancías y capitales en relación a las oportunidades y expectativas de lucro. Estamos frente ante una crisis cuyo sello distintivo no es otro que el de la sobreproducción y sobreacumulación de capitales. Estas últimas cuatro décadas son muy ejemplificadoras porque pusieron a prueba no solo la ley de la tendencia decreciente sino también la impotencia de los “factores contrarrestantes” para revertirla.

Uno de los recursos principales para enfrentar la caída de la rentabilidad capitalista consistió en promover el endeudamiento de las empresas, los particulares y el propio estado, tratando de superar las barreras con que tropieza el propio capital como resultado de sus contradicciones. Este endeudamiento no sirvió para devolver al capitalismo la vitalidad perdida pero, en cambio, fue el caldo de cultivo ideal para alimentar el gigantesco crecimiento del sector financiero y la llamada economía de especulación. Es erróneo oponer la economía “de producción” a aquella “de especulación”: ambas son términos inseparables, dos caras de un mismo proceso, fundado en la declinación de la tasa de beneficio.

La crisis actual que debutó como financiera tiene como trasfondo una crisis de sobreproducción y sobreacumulación de capitales que viene siendo preparada por sucesivas crisis. Viene al caso recordar que la inversión en EE.UU. se duplicó entre 1991 y 1999. Contra los que aun hoy siguen planteando que la crisis se funda en la “exuberancia irracional” que adquirió la esfera financiera en oposición a la productiva, es útil tener pre-

sente que en el período nombrado se había desarrollado una gran masa de inversiones en cosas reales como redes de telecomunicaciones de fibra óptica que nunca serían rentables, lo que llevó a que el *Financial Times* escribiera sobre la “hoguera del billón de dólares de riqueza”.

Todo este proceso ha terminado creando un enorme capital ficticio. El capital ficticio existió desde épocas tempranas y constituyó un engranaje más, complementario y hasta necesario, en el desarrollo capitalista. Ya Marx observó el fenómeno cuando el capitalismo aun no había llegado a su madurez. Su atención se dirigió en primer lugar al capital bancario, el cual recibe un interés y aparece como la fórmula más pura del capital, porque se presenta como dinero que produce dinero. Esto crea la ilusión de que la riqueza puede auto reproducirse, al margen del proceso de producción, cuando en realidad el interés que reciben los bancos es una detracción del beneficio industrial que se deriva de la explotación de los trabajadores. Esto crea la segunda ilusión de que el interés es resultado de un capital original, como el invertido en la producción. El mismo fenómeno se constata en la sociedad por acciones en la que, a la par del capital productivo, comienzan a circular títulos representativos del mismo. El capital accionario pasa a ser un duplicado del capital original, a punto tal que pasa a moverse con mayor autonomía. Hasta extremos tales que pasa ser moneda corriente que el valor de una acción en la Bolsa no guarde relación con los resultados económicos de la empresa —las acciones pueden subir aunque la firma comercial está arrojando pérdidas. En resumen, el capital ficticio constituye instrumentos secundarios del sistema de crédito —y como tal necesarios y útiles porque permiten ensanchar las transacciones y agilizar el proceso de acumulación—, del mismo modo que al lado de la mercancía circula, contradictoriamente, el dinero

El capital ficticio no es, por lo tanto, un hecho nuevo; lo que sí distingue al período actual es su magnitud y su espectacular crecimiento. En la actualidad, se calcula que esos activos financieros representan 10 veces el PBI del planeta, es decir, una cifra cercana a los 500 billones de dólares. Un préstamo original da pie para la creación de un título, cuyos compradores pasan a tener el derecho al cobro de los intereses y el capital que debe hacer frente al deudor. Ese título, a su vez, da lugar a la creación de otro instrumento financiero derivado del anterior y así sucesivamente. El capital original se multiplica varias veces. Pero esos capitales, nacidos al margen de proceso de producción, no generan mayor valor ni por lo tanto plusvalor. Reclaman su tajada de la torta pero no contribuyen a crear más de ella. Son un capital para quienes lo poseen y administran pero no desde el punto de vista del movimiento de acumulación de capital. Enfrentamos, como nunca, la existencia de un exceso de capitales en relación a una fuente de extracción de plusvalía que crecientemente se estrecha.

Un grupo de economistas brasileños —Reinaldo Carcanholo, Paulo Nakatani y Mauricio Sabadini—, han propuesto la noción de “ganancias ficticias” para caracterizar las ganancias financieras. Del mismo modo que no podemos identificar propiamente como capital al capital ficticio, no podemos colocar bajo una misma bolsa todo beneficio. La extensión que ha adquirido el fenómeno del capital ficticio nos obliga a distinguir, según estos autores, entre lo que constituye ganancias virtuales derivadas de la valorización de activos financieros y lo que es la transferencia tradicional de plusvalía proveniente del sector industrial. (ver Chesnais, 2010)

Esta observación pone todavía más el dedo en la llaga sobre la necesidad de examinar estrechamente y descomponer las ganancias no solo de las sociedades financieras sino también, y en particular, de las no financieras. *The Economist* estimaba en 2008 que las “ganancias” financieras representaban el 27% de las ganancias de 500 sociedades del índice Standard & Poor’s. Y al detenernos, a su vez, en ese tipo de ganancias, se verifica claramente que estamos frente a ganancias virtuales resultantes de esta inflación de activos financieros, derivados de una de las tantas burbujas especulativas de las que somos testigos.

Las mediciones de las ganancias de los Estados Unidos —se toman las ganancias clasificadas por el Bureau of Economic Analysis (BEA) antes que las ganancias reportadas en los balances empresarios—, casi eliminan el efecto directo del capital ficticio porque el BEA sólo cuenta “las ganancias desde la producción” y excluye las ganancias de capital por venta y compra de acciones. Pero hay a veces efectos indirectos. La enorme suba de la tasa de ganancia —para las corporaciones de los EE.UU.— entre 2001 y 2006 estuvo de alguna manera conectada a la creciente sobrevaluación de los activos hogareños y financieros. Probablemente la baja tasa de interés llevó a la sobrevaluación de los activos: la suba en su “valor” fue tomada como si fueran aumentos reales en la riqueza y esto generó un alza de inversiones y consumo, a su vez generando que las ganancias se disparen. También, si se excluye el pago de intereses cuando se habla de “ganancias”, la caída de las tasas de interés lleva a una suba de las ganancias (Kliman, entrevista citada).

Cualquiera sea la conclusión a la que se arribe, lo que es incuestionable es que el peso específico de estas ganancias financieras es cada vez más gravitante y naturalmente infla los balances de las empresas, incluidas las industriales. Quienes plantean una recuperación de la tasa de beneficio, sin embargo, prescinden de considerar tal circunstancia.

Trabajo improductivo y rescates estatales

Otro aspecto interconectado con la declinación de la tasa de ganancia es el referido trabajo improductivo, cuyo gran crecimiento es un rasgo distintivo del desarrollo reciente del capitalismo.

Fue Marx quien desarrolló la distinción, que ya aparece en Adam Smith, entre trabajo “productivo” e “improductivo”. Para Marx, el trabajo productivo era el que creaba plusvalor y tenía lugar en la esfera de la producción. Es un trabajo distinto del que tiene lugar en la esfera de la “circulación”, que no añade valor alguno a la mercancía. El trabajo “en la circulación” representa un gasto que el capitalista no puede hacer rendir porque no agrega valor, no produce plusvalor. Estamos frente a un trabajo improductivo, lo cual no implica que no sea necesario:

La función de circulación propiamente dicha del capital solo consiste el derecho de propiedad del producto de una persona a otra, es solo la transformación del valor de una mercancía a una forma de dinero, o inversamente, solo una realización de valor producido. (Rubin, 1983)

Lo que importa destacar es que, en la actualidad, el trabajo improductivo no cumple el

mismo rol ni ocupa el mismo lugar que cumplió en las primeras etapas del capitalismo. De ser un engranaje secundario, el trabajo improductivo pasó a tener una gravitación central en el capitalismo actual. Fred Moseley estima que los trabajadores del comercio en los EE.UU. crecieron de 8,9 a 21 millones entre 1950 y 1980, y los de las finanzas aumentaron de 1,9 a 5,2 millones, mientras que la fuerza de trabajo productiva sólo aumentó de 28 a 40,3 millones. Shaikh y Tonak calculan que la porción del trabajo productivo en el trabajo total en EE.UU. cayó desde 57% a 36% entre 1948 y 1989. Simon Mohun ha calculado que la proporción de salarios y remuneraciones “improductivos” en relación al “valor material agregado” en los EE.UU. creció de 35%, en 1964, a más del 50% en 2000. Kidron calculó que, usando su definición amplia, “tres quintos del trabajo realmente desarrollado en los 70 fue un desperdicio desde el punto de vista del capital”.

Moseley, y también Shaikh y Tonak, calcularon la tasa de ganancia en los sectores “productivos” —la “tasa de ganancia marxiana”—, y luego compararon sus resultados con aquellos provistos por toda la economía, por las corporaciones y por el Instituto Nacional de Administradores de Pensiones del gobierno de EE.UU. (NIPA, en inglés). Shaikh y Tonak calculan que entre 1948 y 1989

la tasa de ganancia marxiana cae casi un 33%... el promedio de las ganancias basadas en el NIPA cayeron aún más rápido, más de un 48%, y el de las corporaciones fue la de mayor caída de todas, por más de un 57%. Estas declinaciones más rápidas pueden explicarse por el aumento relativo en la proporción entre actividades improductivas y productivas (citado en Harman, 2007).

El capital se ve sometido a tendencias contradictorias. Por un lado, a transformar el trabajo improductivo en productivo, es decir, a transformar todas las actividades en una fuente de lucro. De allí la tendencia a privatizar las áreas que originalmente eran administradas por el Estado o, en su defecto, por sectores no capitalistas y convertirlas en un negocio rentable bajo su control. El capital tiende a invadir todos los terrenos de la vida económica y social, de modo que no quede títere con cabeza, y se vale de ello como un instrumento para contrarrestar la caída de la tasa de ganancia. Pero, contradictoriamente, el Estado tiene que salir en auxilio del capital, que cada vez puede actuar menos por sus propios medios. Esto significa un aumento cada vez mayor del gasto y la inversión pública y, como consecuencia de ello, también de la deuda pública y de los impuestos. El resultado es que se reducen los recursos disponibles para la acumulación capitalista. El Estado termina succionando parte de estos recursos y sustrayéndoselos a los trabajadores, pero también a la clase capitalista; recursos que, de otro modo, hubieran ido a engrosar la masa de dinero dirigida a la producción de plusvalor. Este fenómeno se ha exacerbado a límites sin precedentes pues los rescates al capital en quiebra están llevando al borde del default a los Estados —ahogados por un déficit y un endeudamiento que resulta insostenible— sin que esto redunde en una recuperación de la economía. La bancarrota de los Estados termina actuando como una gran aspiradora de recursos y acelerando la caída de la tasa de ganancia. Como han puesto de relieve diversos estudios, el crecimiento del trabajo improductivo, en particular a través del rol del Estado, cumplió, contradictoriamente, y por cierto tiempo, la función de contrarrestar la caída de la tasa de ganancia.

El trabajo “desperdiciado” disminuye la presión de la acumulación cuya tendencia es a ser aún más capital intensiva. La acumulación es más lenta, pero puede continuar a un paso sostenido, como en la fábula de la liebre y la tortuga. Las tasas de ganancia son más bajas por el gasto improductivo,

pero no se enfrentan a caídas bruscas y profundas por la rápida aceleración de la proporción capital-trabajo (Harman, 2007).

Pero más allá de esta consideración, lo que queda claro es que esta balanza en las últimas décadas se ha terminado inclinando en una dirección, transformándose en un factor adicional para precipitar la presente crisis mundial.

China

Ni siquiera el gran gigante asiático se ha podido sustraer a la declinación de la tasa de ganancia. Esto ya es, de por sí, todo un indicador de la naturaleza y el alcance de la crisis mundial en desarrollo, pues la colonización capitalista de los Estados obreros y en especial de China fue y sigue siendo considerada la gran carta salvadora del capitalismo. La incursión en China, que pasó a convertirse en el campo privilegiado de inversión y acumulación, constituyó la principal apuesta para contrarrestar la caída de la tasa de beneficio. El capital chino ha logrado aspirar más plusvalor en nuevas inversiones — más del 40% del producto nacional — que EE.UU., Europa o incluso Japón. Ha logrado explotar más a sus trabajadores. Todo esto le ha permitido competir con los países desarrollados como mercado de exportación para muchos productos. Pero sus altos niveles de inversión ya están impactando en la rentabilidad. Las empresas chinas, y en especial las empresas del Estado, utilizan mucho más capital a expensas del trabajo. Ya en 1999, las empresas estatales absorbían el 53% del capital fijo del país y, en cambio, solamente el 41% de la población activa. Esto ha despertado, incluso, reproches internos sobre lo que se denomina un modo de acumulación “demasiado capitalista” en detrimento del empleo. Estos niveles de inversión desproporcionados han hecho que las empresas chinas funcionen en escalas de producción inadecuadas con respecto al volumen de la demanda nacional. Estos desequilibrios crean una capacidad de producción ociosa que no es otra cosa que la manifestación de la sobreproducción típica del capital, contrapartida de la miseria social a la cual está asociada; en 1988, ya ascendía a un 34% y esta tendencia viene en aumento. Las empresas chinas compiten más entre sí y se las impulsa a rebajar los precios e incluso a apelar a recursos mafiosos para desembarazarse de sus rivales. La resultante es una caída de la rentabilidad. Por ejemplo, el sector del acero registra una producción excedente de 120 millones de toneladas. La otra cara de la moneda es el aumento del nivel de desocupación y de mano de obra cada vez más abundante.

Un intento reciente de aplicar categorías marxistas en la economía china arrojó el resultado de que sus tasas de ganancia han caído del 40% en 1984 a 32% en 2002, mientras que la composición orgánica del capital se ha incrementado en 50% (ver Harman, 2007). Esta tendencia declinante es más llamativa si tenemos presente la elevación que se ha operado en la productividad del trabajo, originada en los bajos salarios, en la pérdida de derechos y protección laboral con que contaban los trabajadores del Estado, en el exceso de mano de obra y en el aumento brusco de la tasa de explotación como resultado de la apertura de la economía al capital extranjero. Es decir, aún esta poderosa causa contrarrestante ha sido insuficiente para detener el proceso principal. El aparato productivo produce más y más productos proporcionalmente con menos fuerza de trabajo, lo que eleva considerablemente la composición orgánica. Esto eleva la productividad del

trabajo pero a expensas de un peso cada vez mayor del capital constante. El gran interrogante que hoy empieza a quitar el sueño a muchos y en primer lugar a la cúpula del PC chino, es a partir de cuándo este fenómeno de superproducción y la declinación de la tasa de beneficio comenzará a impedir la continuidad del proceso de acumulación. Por lo pronto, la vulnerabilidad quedó expuesta en la presente crisis cuando el Estado chino apeló a un paquete de estímulo, que incluso en términos proporcionales al PBI resultó superior a la que implementaron las metrópolis de occidente (20%). China se encuentra atrapada en desequilibrios y contradicciones explosivas. De ser la carta salvadora para salir de la crisis mundial ha terminado siendo arrastrada por ella y convirtiéndose en un factor clave de su agravamiento.

Conclusiones

La razón principal que explica que la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia sea rechazada es su implicancia revolucionaria; muchos autores y corrientes que se reivindicaban marxistas han perdido o abandonado ese horizonte. Es una teoría del derrumbe, que aborda la crisis como etapas de una tendencia al colapso de las relaciones sociales capitalistas:

Como lo escribió el gran teórico Román Rosdolsky, en una carta al trotskista belga Ernest Mandel, este punto es la esencia inextricable del marxismo. Se trata del punto más alto de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción existentes, la premisa histórica y económica de la revolución social” La crisis es la madre de los procesos políticos revolucionarios. Es a partir de estas contradicciones que emerge una teoría revolucionaria. (Altamira, 2010)

La ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia violenta el sentido común pues plantea que a medida que la productividad del trabajo aumenta cada obrero produce más y más bienes. Con lo cual ¿no debería aumentar la ganancia? Robert Brenner, por ejemplo, reprodujo este argumento y planteó que su falsedad es intuitivamente obvia. Además, la ley está basada en una teoría del valor que es ampliamente rechazada como “metafísica”, ya que los capitalistas piensan en términos de precios y ganancias, no de valor y plusvalor. Pero casi toda la física moderna también desafía el sentido común, y Marx sabía bien cómo pensaban los capitalistas. Pero hay que explicar la existencia social no a partir de como los hombres se la representan a sí mismos sino de las relaciones que establecen entre sí para producir, independientes de su voluntad y que condicionan su accionar y su ideología.

Aunque con otros argumentos, el punto de vista de Brenner es el que predomina en forma abrumadora en el ambiente progresista y de izquierda. En definitiva, sostienen que al capitalismo “no hay con qué darle”, que hay que “evitar las exageraciones”; a lo que denominan “catastrofismo” le oponen la capacidad del estado de sacar al capital de su crisis. En este contexto, la condena al capitalismo pasa a ser sustituida por la condena a su variante neoliberal. En función de “otro capitalismo” vuelven a salir a flote recetas keynesianas. Pero, cuando el intervencionismo estatal o la especulación procuraron “corregir” al mercado, fue el mercado el que terminó de recordarles que eso era imposible. No hay forma de independizarse de la ley del valor.

Sin una teoría del derrumbe capitalista, la perspectiva revolucionaria se reduce a una aspiración moral o a una utopía:

No estamos hablando de un acto único, eso sería una revolución, sino de una etapa de crisis políticas crecientes y movilizaciones populares. El camino promete toda suerte de argentinazos. Los tumbo del gobierno kirchnerista, que había asumido para reconstruir el Estado e imponer la primacía de la política sobre la acción directa, es una buena ilustración del punto. Este desarrollo se ve en Grecia, pero aún más en las huelgas obreras en Asia (China, Vietnam, Indonesia, India), incluso en insurrecciones obreras, como las de los tres millones que componen el joven proletariado de Bangladesh (ídem).

Notas

¹ Michel Husson, intelectual marxista y discípulo de Ernest Mandel, es uno de los exponentes más representativos de esta tendencia. En la Argentina ha sido sostenida, entre otros, por Claudio Katz. En su texto "Interpretaciones de la crisis" señala que "el análisis de la crisis partiendo exclusivamente de esta concepción [la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia] contiene varios elementos controvertidos. Son numerosas las evidencias de recomposición de la tasa de ganancia en las últimas dos décadas. Esta restauración se consumó no sólo mediante el incremento de la tasa de explotación, sino también a través de un abaratamiento inicial de las materias primas y cierta depuración de las empresas. Este dato es omitido cuándo se postula la existencia de una crisis continuada por bajo porcentual de lucro. Conviene no olvidar los contrapesos que desenvuelve el propio capital al deterioro de la tasa de ganancia y es importante registrar la dinámica fluctuante que sigue la ley de Marx, en las distintas etapas del capitalismo. Las comparaciones con la posguerra exigen considerar, además, los nuevos comportamientos del nivel del beneficio en empresas transnacionales más globalizadas. Pero lo esencial es notar la reorganización capitalista que introdujo el neoliberalismo, mediante cirugías de empresas y depuraciones de capital." En conclusión, si nos atenemos a Katz, estaríamos en las vísperas de un nuevo ciclo de expansión y prosperidad capitalista.

² Una síntesis de todos estos estudios en Harman (2007).

³ Esta constatación también vale en la etapa más reciente: en el periodo dorado de la posguerra, el salario creció a un ritmo fuerte (2,5% anualmente entre 1967 y 1973).

⁴ Ver *Clarín* del 29 de julio y 28 de noviembre de 2010.

⁵ Entrevista realizada por Juan Kornblihtt, publicada en la web de Razón y Revolución. <www.razonyrevolucion.org.ar>

⁶ Para un estudio más completo y riguroso del tema se puede consultar los trabajos de Andrew Kliman. También es oportuna la lectura de las respuestas del autor citado y Chris Harman en la polémica entablada con Michel Husson sobre el punto (ver las referencias bibliográficas al final de este artículo).

Referencias

- Altamira, Jorge (2010) *No fue un martes negro más*. Buenos Aires: Ediciones Rumbos.
- Brenner, Robert (2006) *La economía de la turbulencia global*. Madrid: Akal.
- Carchedi, Guglielmo (2009) "The return of the grave or Marx and the present crisis", disponible online en <<http://gesd.free.fr/carchedi9.pdf>>
- Chesnais, Francois (2010) "Crisis de sobreacumulación mundial, crisis de civilización", en *Herramienta Web*, número 5, Buenos Aires.
- Freeman, Alan y Guglielmo Carchedi, eds (1996) *Marx and Non-equilibrium Economics*. Cheltenham: Edward Elgar.
- Harman, Chris (2009) *Zombie Capitalism: Global Crisis and the Relevance of Marx*. Chicago: Haymarket.
- Harman, Chris (2007) "The rate of profit and the world today", *International Socialism*, núm. 115.
- Harman, Chris (2008) "From the credit crunch to the spectre of global crisis", *International Socialism* núm. 118
- Heller, Pablo (2009) "Tasa de ganancia y descomposición capitalista", en Pablo Rieznik (ed.) *Un mundo maravilloso*. Buenos Aires: Biblos.
- Husson, Michel (2010) "El debate sobre la tasa de beneficio", *Viento Sur* (traducido de Inprecor n°562-563). Disponible en <<http://www.vientosur.info/documentos/Tasa%20beneficio-Husson2.pdf>>
- Katz, Claudio (2010) "Interpretaciones de la crisis", disponible en <<http://katz.lahaine.org/articulo.php?p=199&more=1&c=1>>
- Kidron, Michael (2002) "Failing Growth and Rampant Costs: Two Ghosts in the Machine of Modern Capitalism", *International Socialism*, núm. 96.
- Marx, Karl (2003) *El Capital*, vol. 6. México: Ediciones Siglo XXI.
- Rieznik, Pablo (2005) *Las formas de trabajo y la historia*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Rieznik, Pablo (2008) "Equilibrios, desequilibrios y catástrofe capitalista", *En defensa del Marxismo*, núm. 36, Buenos Aires.

Rubin, Isaac (1983) *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. México: Siglo XXI.

Shaikh, Anwar y Ertugrul Ahmet Tonak (1994) *Measuring the Wealth of Nations*. Cambridge: Cambridge University Press.

La oligarquía al poder. Consecuencias políticas de la crisis económica de 1873 en Argentina

Una mirada al proyecto educativo

Daniel Duarte.

Facultad de Filosofía y Letras, UBA. CONICET.

ildani87@hotmail.com

Resumen.

El estudio de los conflictos políticos y las crisis económicas de las décadas de 1860 y 1870 en Argentina son esenciales para comprender los virajes políticos que delinearon el Estado. A partir de ellos una fracción de la burguesía oligárquica alcanzó el poder como principal garante de orden interno e ingreso al mercado mundial. Esas décadas fueron importantes en los debates en torno a los lineamientos educativos que debía seguir el Estado. Sarmiento y Alberdi entran en esa disputa, presentan un debate que excede lo puramente escolar y logra implementarse, parcialmente, con la llegada de Sarmiento a la presidencia. La propuesta en ambos traza la necesidad de conjugar una política educativa que fortalezca la independencia productiva con una moral ligada al mundo del trabajo. 1870 es un punto de inflexión. La salida de la guerra permitió impulsar el proyecto que Sarmiento recogiera de su viaje por Norteamérica. Sin embargo el impacto de la crisis de 1873 redujo el ingreso a las arcas del Estado y el nuevo gabinete garantizaba, recorte público mediante, el pago de la deuda externa. La nueva realidad económica, el nuevo gobierno y el crecimiento poblacional mediante el proceso migratorio forzaron un viraje en el proyecto educativo hacia posiciones cívico humanísticas cambiando el eje de las propuestas educativas orientadas a la producción y el trabajo.

Introducción

El proceso de consolidación estatal argentino, tal como ocurrió en el resto del mundo, no fue un proceso de debates pacíficos o simples cruces de opiniones. Fuerzas vivas lucharon, hasta derramar sangre, para encauzar las tierras del Sud de América en los caminos del mercado mundial. El periodo estuvo atravesado por interminables conflictos políticos, batallas y crisis económicas. Detrás del debate respecto al proyecto educativo que debería tomar la nueva nación existe un debate más amplio que engloba la totalidad y se vincula directamente al camino que se debe tomar a partir de esta nueva etapa en la organización nacional.

El impasse marcado por la crisis económica de 1861 y luego la guerra del Paraguay prorrogará por un tiempo la consolidación de una fracción particular de la burguesía en el control del poder. La presidencia de Domingo F. Sarmiento (1868-1874) es producto de esa impasse y un periodo caracterizado por una serie de iniciativas en educación y cultura. Una nueva crisis económica, la de 1873, pondrá freno definitivo a las ilusiones de un desarrollo nacional autónomo. Crisis de la cual emerge una única clase social con fuerza suficiente para garantizar, desde la dirección del Estado, los requerimientos del nuevo orden mundial. Así llega a la presidencia Nicolás Avellaneda (1874-1880) quien clausura el proceso parcialmente abierto durante la presidencia de Sarmiento. Muestra de ello son los recortes realizados en el área de la instrucción pública en pos de garantizar, “con la sangre y el sudor de los argentinos”, el pago de la deuda externa. El viraje político devendrá en un cambio en el proyecto educativo nacional.

Las crisis económicas de la década de 1860-1870 son el elemento clave para entender los virajes políticos y la llegada de una fracción particular de la burguesía al control del Estado. Por otro lado no existía, en palabras de Milcíades Peña, una clase social revolucionaria que pudiera arrancar la iniciativa de manos de la oligarquía:

Hoy sabemos que hacia 1890 estaba ya dada la necesidad de una revolución que contuviera la enajenación de la economía nacional al capital imperialista y que liquidara el monopolio terrateniente de la tierra, junto con la democratización del sistema político. Éstas eran tareas burguesas y también revolucionarias. (Peña, 1975)

En este escenario se discutirá el proyecto educativo. Entre abril y mayo de 1882 se realiza en Buenos Aires el Congreso Pedagógico Internacional, cuya convocatoria decía ser “una reunión de profesores y personas competentes para tratar en conferencias y discusiones pedagógicas cuestiones relativas a la enseñanza y a la educación, con el objeto de impulsarlas y mejorarlas”. (Bravo, 1985: 19) Pero dicho congreso no impulsó ninguna discusión, sino que cerró un debate de largos años. El máximo apogeo, pero también el cierre de estos debates, se dará en 1884 con la sanción de la Ley 1420.

Sarmiento y Alberdi. Un debate más allá de lo puramente escolar.

Tradicionalmente se adjudica a Sarmiento el planeamiento de la educación pública argentina. Pero, para ser más exactos, sólo podemos adjudicarle los lineamientos generales del proyecto, en el que no estuvo solo, sino acompañado por toda una corriente de

pensamiento liberal-positivista vinculada a los sectores oligárquicos dirigentes. Dicha corriente defenderá los planteos iluministas de laicidad y educación pública. El primero centralmente ante una búsqueda de mayor autonomía con el fin de distanciarse de los influjos vaticanos y fortalecer el control estatal (aunque de ningún modo prohíbe la educación religiosa católica). La educación pública, con el objeto de que la enseñanza cumpla frente a una población creciente y “extranjera” el papel moralizador que contribuirá a la eliminación de los focos de resistencia al gobierno central que aún permanecían en el interior del país (Tedesco, 2009).

El planteo acerca del tipo de educación no se encuentra distanciado del planteo acerca del modelo de país. La propuesta en ambos traza la necesidad de conjugar una política educativa que fortalezca la independencia productiva con una moral ligada al mundo del trabajo, cambiando de rumbo respecto al camino ganadero al que se orientaba la economía argentina. Según Halperín Donghi la preocupación de Sarmiento era la de encontrar un orden “republicano”, un proyecto educativo que consolidase la paz social frente a cualquier prédica disolvente pero comprometiéndose con el laicismo al enfrentar el proyecto reaccionario de Félix Frías. Por otra parte Halperín Donghi tilda de “autoritarismo progresista” el proyecto de Juan Bautista Alberdi. Éste, frente al ejemplo de las revoluciones europeas, planteará que la forma en que la elite debía mantener la disciplina era a través del rigor político y del activismo económico que considera posible dentro del capitalismo. El debate que se entabla entre estos autores conformará las bases del proyecto educativo del país naciente, pero los conflictos económicos y políticos posteriores a la década de 1850 comprometerán estos ideales. La dialéctica del proceso puede verse en una frase sintetizadora:

En suma, mientras la Argentina parece haber encontrado finalmente el camino que le había señalado Alberdi, y haberse constituido en una república posible, hay un aspecto de la previsión alberdiana que se cumple mal: el Estado no ha resultado ser el instrumento pasivo de una elite económica cuyos objetivos de largo plazo sin duda comparte, pero con la cual no ha alcanzado ninguna coincidencia puntual de intereses e inspiraciones (Halperin Donghi, 1982).

El reparto de la tierra, el libre acceso al crédito, la educación pública, la democracia, son tareas esenciales para el desarrollo de una burguesía independiente. A ellas apelará Sarmiento, quien buscará imitar el camino tomado por los Estados Unidos. En este contexto, piensa una educación que profundice un desarrollo que libere finalmente al país de su base colonial hispana y le permita seguir el ejemplar camino del país del norte. La minería y la agricultura se convertían en el pensamiento de Sarmiento en las “industrias” necesarias para la exportación y la competencia a partir de la pequeña propiedad. Análogamente, repudiaba la organización económica nacional a partir del latifundio, al punto de vincular el espacio rural a la barbarie frente a la civilización de la urbanidad.

Alberdi también es crítico del parasitismo de la oligarquía argentina. Piensa la necesidad de una independencia comercial con respecto a Europa pero vinculada a ella. Un pueblo, según el autor, puede llegar a ser independiente sólo cuando es civilizado. Para poder tener libertad política debe tener primero libertad industrial. Existía similitud entre ambos programas políticos y su aplicación en el ámbito de la instrucción pública. Alberdi plantea que “nuestra juventud debe ser educada en la vida industrial, y para ello ser instruída en las artes y ciencias auxiliares de la industria (...) La industria es el único medio de encaminar la juventud al orden” (1971: 78)

La educación tenía en el pensamiento de Sarmiento un poder transformador, que de no verse acompañado por una estructura acorde no podría aplicarse a la realidad. Critica fuertemente la educación de elite fomentada durante la presidencia de Mitre cuando se impulsó la apertura de algunos colegios secundarios para educar a los hijos de las familias patricias dejando de lado la educación de las masas. Su fascinación por el sistema escolar norteamericano lo lleva a tratar de importar tal proyecto pedagógico, sin embargo este no cuadrará con la estructura social que la oligarquía pretendía para Argentina.

La década de 1860. Contexto histórico.

Los años que van de 1860 a 1870 cerraron un largo periodo de revoluciones y guerras civiles que concluyeron por conformar los estados nacionales a lo largo de todo el continente. Hechos centrales se desarrollaron a la par: por un lado la Guerra Civil norteamericana, por el otro el enfrentamiento entre la Confederación Argentina y el Estado de Buenos Aires.

El desarrollo industrial en Norteamérica requería de la ampliación del mercado de mano de obra libre y el control efectivo sobre territorios productores de materias primas. Estas necesidades de la clase social más desarrollada del norte forzó medidas políticas que, en muchos casos, iban en detrimento directo de los intereses de los grandes terratenientes del sur, defensores del esclavismo y principales abastecedores de algodón de las industrias textiles inglesas. La ofensiva política norteaña pronto devino en una ofensiva militar del sur que en diferentes momentos de la guerra exigió la secesión. La iniciativa de los Estados del Sur parecía demarcar una victoria segura, pero la ofensiva del ejército del norte en 1864 y la conquista de puntos estratégicos concluyeron por volcar la guerra a favor de la Unión.

Una consecuencia de la Guerra de Secesión, central para la historia sudamericana, fue la abrupta caída de las exportaciones de algodón de los estados sureños a Inglaterra y el aumento de los precios de dicho producto. Los industriales británicos se vieron forzados a variar sus mercados —comenzaron a adquirir algodón de la India y otras colonias— además de diversificar las materias primas para abastecer sus industrias recurriendo, entre otras, a lanas provenientes de Sudamérica. Con los resultados de la Guerra de Secesión norteamericana los industriales ingleses perdían en los Estados del sur un aliado para la obtención de materias primas. Inglaterra no podía permitir lo mismo en América del Sur.

La injerencia del mercado mundial había profundizado la divergencia entre los diferentes intereses de las burguesías sudamericanas. Los Estados de Buenos Aires y la Confederación Argentina llegarían a un nuevo enfrentamiento armado. Aunque la batalla de Cepeda dejó al Estado de Buenos Aires al borde de la disolución, Urquiza, representante máximo de la Confederación, priorizó los intereses exportadores de su provincia en lugar de la unidad nacional. El constante debilitamiento económico del interior y la autonomía política porteña llevaron a un nuevo enfrentamiento armado fomentado por el entonces presidente de la Confederación, Santiago Derqui.

Mitre y la oligarquía porteña habían tomado la decisión de ir a la guerra: Urquiza, en

cambio, se opuso a ella intentando llegar a un arreglo. La traición de Urquiza a los intereses regionales en función de proteger los propios no pudo evitar el enfrentamiento que se desarrolló en el arroyo Pavón el 17 de septiembre de 1861 y concluyó con la victoria porteña pese a las notables desventajas respecto al ejército de la Confederación. Según Milcíades Peña, “en muchas ocasiones pudo Urquiza aplastar militarmente por largo tiempo a la oligarquía porteña –sobre todo después de su victoria en Cepeda-, y sin embargo, prefirió la conciliación permitiéndole rehacer su poderío militar” (1975a: 28). A pesar de poseer un ejército más numeroso, y una caballería que había destrozado a la de Mitre en batalla, el caudillo entrerriano prefirió retirarse otorgando la victoria al ejército de Buenos Aires. Esta acción fue el paso que determinó la supremacía de la oligarquía porteña, la alianza con las oligarquías del interior y la consolidación de un Estado que ingresó finalmente unificado al mercado mundial.

La tesis de Peña plantea que la diferencia central entre la guerra civil sudamericana y la que ocurría en Norteamérica es que aquí no se enfrentaron proyectos económicos opuestos, sino diferentes facciones de un mismo proyecto (Peña, 1975a). Como producto de la derrota en Pavón el presidente de la Confederación Santiago Derqui y posteriormente su vicepresidente, Pedernera, se vieron obligados a renunciar. Pocos días después Mitre accedería a la presidencia de la Nación dispuesto a unificar el territorio “a sangre y fuego” eliminando las montoneras federales del interior que todavía se oponían al poder central.

Guerra, crisis y reordenamiento social

El tipo de desarrollo particular del Paraguay lo convertía en un país relativamente independiente del capital inglés y por lo tanto en una factible amenaza. El apoyo brindado por el caudillo paraguayo Solano López al Partido Blanco uruguayo fue la excusa para iniciar el conflicto armado. Las fuerzas del Partido Colorado y sus aliados del Imperio de Brasil, con el apoyo directo del Imperio Británico, declararon la guerra, que fue inmediatamente acompañada por Argentina frente al intento de las tropas paraguayas de atravesar su territorio rumbo al Uruguay. En 1865, ya como líder militar, Mitre planificó una campaña de tan solo dos meses para someter al gobierno paraguayo. La guerra fue profundamente anti popular, particularmente en el Litoral argentino. En cambio los terratenientes litorales, especialmente Urquiza, se beneficiaron con la venta de pertrechos militares producidos en sus propias tierras y el ingreso de oro brasileño a cambio de productos para sus tropas (Pomer, 2008).

El fin de la guerra de secesión norteamericana provocó una importante crisis económica en el Reino Unido por el aumento del precio del algodón. Además los norteamericanos repatriaron sus fondos europeos y redujeron la compra de mercancías británicas provocando el cierre de fábricas la reducción de salarios y el aumento del nivel de desempleo (Flamant y Singer-Kerel, 1971). La crisis impactó con una caída en la compra de materias primas a la Argentina lo que abrió un fuerte debate al interior de los sectores liberales y un nuevo sector de corte proteccionista (Chiaramonte, 1971). Ese año se funda la Sociedad Rural Argentina, la asociación de la oligarquía terrateniente por la defensa de sus intereses ante el cuadro de crisis económica mundial. Sin embargo la guerra del Paraguay atenúa los efectos de la crisis gracias al ingreso de oro brasileño —

que acolchonó la caída en el ingreso de libras británicas— y al creciente mercado para pertrechos militares.

Durante 1866, con la guerra y la crisis económica en proceso, Sarmiento se encontraba en Estados Unidos como ministro plenipotenciario del gobierno de Mitre. Allí estudió el sistema norteamericano de educación y prestó particular atención a las sociedades de lectura ideadas por Franklin, en las que encontró el complemento ideal de su plan para el sistema educativo argentino. Mediante correspondencia con Camilo Rojo, gobernador de San Juan, explica la importancia que cumplían estas sociedades en la instrucción pública, impulsando al gobernador a la fundación de una de ellas, la primera en su tipo en el país, creada en la capital sanjuanina el 17 de junio de 1866 bajo el nombre de “Sociedad Franklin”.

Con la continuidad de la guerra y el error de Mitre en su previsión de una campaña de solo dos meses al Paraguay, fue necesario en 1868 elegir un nuevo presidente, un candidato de consenso entre los diferentes sectores de la clase política argentina y que además apoyase la guerra al Paraguay. El elegido para el cargo fue Domingo F. Sarmiento, quien había vuelto de su misión en los Estados Unidos luego de la muerte de su hijo en el campo de batalla. Sarmiento, convencido que el desarrollo nacional vendría de la mano de la clase ilustrada porteña, apoyó la campaña contra el Paraguay, donde veía el centro del barbarismo sudamericano.

Efectos de la crisis en la política nacional y en la política educativa

Analizar los conflictos políticos y económicos de la década de 1860 nos permite comprender la llegada de Sarmiento a la presidencia argentina y el programa científico educativo que intenta imponer desde ese cargo. El año de 1870 puede ser entendido como un punto de inflexión. Con la conclusión de la Guerra del Paraguay el nuevo gobierno aceleró las tareas abandonadas como producto del conflicto tales como el desarrollo de un programa educativo único para todo el territorio. Sarmiento profundizó su política educativa, la cual consideró esencial para la conformación de una sociedad civil formada en las técnicas y ciencias que permitieran el desarrollo económico del Estado, así como a la formación de una población libre del barbarismo y la incultura. Este periodo es el más rico en apertura de escuelas, en él arriban al país maestras norteamericanas para vigorizar la propuesta sarmientina de educación primaria. En 1868 el viajero Germán Burmeister convence a Sarmiento de la necesidad de instalar establecimientos científicos “para resguardar al hombre civilizado”. Sarmiento escucha el pedido, convoca profesores extranjeros para enseñar física, matemática y ciencias naturales en los colegios del país y destina a varios de ellos a fundar el departamento de Ciencias Exactas de la Universidad de Córdoba. El proyecto se convirtió en la ley 322 y se promulgó el 11 de septiembre de 1869. La reforma educativa fue también impulsada por el Ministro de Instrucción Pública y Justicia Nicolás Avellaneda, quien “atribuía a la ciencia moderna un lugar estratégico para el desarrollo económico del país. Sarmiento necesita para su proyecto civilizatorio instituciones educativas libres de la impronta teológica y el ascendente español. La Universidad de Córdoba, la ciudad de Córdoba (...) serán su laboratorio”.¹ Burmeister se convierte en 1870 en inspector de la Universidad de Córdoba, y allí se inaugura en 1871 el Observatorio Astronómico Nacional. Ese mismo año se inau-

gura en la ciudad la “Exposición de los productos del suelo e industria argentina”, una exposición internacional que permitía en sus pabellones exponer productos y trabajos de cada provincia argentina así como de diferentes países europeos y americanos.

En 1871 se dictó la ley de subvenciones con el objetivo de fundar nuevas escuelas. En 1872 ya existían en el país más de 1600 escuelas primarias. Fue en esta presidencia durante la cual se tomaron importantes medidas para la difusión de la educación pública y la diversificación de la enseñanza mediante proyectos técnicos, agropecuarios y bachilleratos. Es en este contexto que entendemos el surgimiento de la ley 419 Protectora de Bibliotecas Populares, las cuales venían a brindar un apoyo necesario para la instrucción pública. También se fundan escuelas normales, como por ejemplo la Escuela Normal de Paraná (1871), la Escuela Normal de Maestros de Concepción del Uruguay (1873), la Escuela Normal de Tucumán (1874). A estas debemos sumar las Escuelas de Minería de San Juan y Catamarca (1870) y las escuelas agropecuarias de Salta, Tucumán y Mendoza el mismo año. En el marco de un importante impulso a la educación agropecuaria se promulgó el 24 de Septiembre de 1870 la Ley Nacional 430 que instituía el Departamento de Enseñanza Profesional de Agronomía (Plencovich, Constantini y Bocchicchio, 2009).

Sin embargo, la rápida vinculación del país al mercado mundial no lo dejará ajeno a los impactos de la crisis económica. La crisis de los ferrocarriles de 1873 puede ser considerada la primera crisis económica sostenida en el tiempo y de alcance global. Iniciada en Austria se extiende al resto de Europa. Los precios descienden persistentemente y el ciclo de prosperidad industrial sostenido del que gozaba el Reino Unido desde 1869 se interrumpe iniciando una etapa de depresión (Flamant y Singer-Kerel, 1971). Este periodo de prosperidad había permitido la exportación de capitales al mundo y, particularmente, a la Argentina. “De paso, observemos que la considerable entrada de capital inglés desde la década anterior contribuye a que, pese al estallido de la crisis en 1873, la expansión del crédito continúe hasta que la depresión se ahonde, sacudiendo en 1875 al mundo financiero privado y oficial” (Chiaramonte, 1971: 103). La crisis, el pago de los capitales británicos adquiridos en forma de deuda y el crack sufrido en el país por la disminución en el ingreso del oro brasileño, fuerzan a los sectores terratenientes y a la clase política defensora de sus intereses a reorganizarse. Abandonan el compromiso que permitiría el retorno de Mitre a la presidencia a cambio de una figura más estable y funcional a sus intereses. El elegido para ocupar la presidencia a partir de 1874 sería el hasta entonces ministro de Instrucción Pública Nicolás Avellaneda. Con esta candidatura sectores oligárquicos porteños y del interior buscaron, estructurándose en torno al Partido Nacional, controlar definitivamente el poder del Estado.

Mitre no abandonó sus pretensiones. Así, las elecciones presidenciales de 1874 enfrentaron a Avellaneda como candidato de consenso entre sectores que ocupaban cada vez más espacios de poder en el Estado y a Mitre como candidato del Partido Nacionalista, apoyado solo por algunos terratenientes porteños. Por otro lado los sectores que apoyan a Avellaneda como candidato fijan un pacto. Alsina, líder del autonomismo porteño, acepta la unidad, brinda sus votos para garantizar la victoria de Avellaneda en el Colegio Electoral, se convierte en ministro de Guerra del nuevo gobierno y se consolida como próximo candidato a la presidencia. Mitre no acepta la derrota y se rebela tomando las armas contra el gobierno nacional, pero es derrotado en Santa Rosa y La Verde a manos de Arias y un joven Julio A. Roca.

El nuevo gobierno deberá hacer frente a la crisis económica que se avecina. La caída de los precios de las materias primas luego de la crisis de 1873 redujo el ingreso a las arcas del Estado y la garantía del presidente Avellaneda de “pagar a los acreedores con la sangre y el sudor de los argentinos” se manifestaba en los recortes en el ámbito público. La oligarquía terrateniente había accedido al poder para desarrollar un plan de gobierno que defiende sus intereses. El recrudecimiento de la crisis en 1875 profundizó la política de recortes al gasto público, entre ellos el de educación, retrocediendo con las medidas tomadas a partir de 1870.

En su diario de viaje, donde analiza detenidamente el estado de la educación, Adolfo Posadas afirma que “los entusiasmos impulsivos del período de 1870 á 1875 se habían, al parecer, enfriado, en parte, bajo el desfavorable influjo de una gran crisis económica” (Posadas, 1912: 198). Una serie de hechos confirman este análisis. A partir de 1875 la apertura de colegios primarios sufrió un freno, comenzó una reacción del claustro de profesores de la Universidad de Córdoba quienes cansados de la intervención fuerzan en 1875 la renuncia de Burmeister y se dicta el 26 de septiembre de ese año la ley de educación común de la provincia de Buenos Aires. De esta última Pablo Pineau en su tesis de doctorado nos dice que resulta del proyecto triunfante de grupos conservadores que impulsan como propuesta instaurar a través de la escuela un “imaginario civilizatorio”. El proyecto está encabezado —adaptándose a las nuevas condiciones— por el mismísimo Sarmiento, quien hacia 1878 nota ya el fracaso del modelo de instrucción pública en Buenos Aires, fracaso del cual culpa a la barbarie, al gobierno y a la iglesia.

En 1876 se cerraron las escuelas de minería de Catamarca, y las de agricultura de Salta, Tucumán y Santa Catalina en Buenos Aires abierta en 1870. Ese mismo año se derogó la ley 419 de bibliotecas populares. El abandono de ese proyecto ha sido explicado desde la incapacidad social para afrontar los retos que las bibliotecas populares imponían, hasta que “la obra de Sarmiento y Avellaneda no tuvo arraigo en el espíritu del pueblo, ya sea por la falta de un trabajo de preparación previa de éste o por las circunstancias respecto de la cooperación entre las sociedades y el Estado”. (Manrique Zago, 1995) Entendemos que los motivos son de una envergadura aun mayor. La derogación de la ley 419 y la reducción en la cantidad de libros enviados a las bibliotecas —entre otras— serían consecuencia de un Estado que recorta constantemente fondos del presupuesto educativo como producto del impacto de la crisis de 1873 en Argentina.

Conclusión

El proyecto educativo que finalmente se impone en la década de 1880 opta por una educación humanístico-enciclopédica, frente a la orientación técnica propuesta por los pensadores que analizamos. Alberdi planteaba que no era necesario este tipo de formación para moralizar al ciudadano: “se llega a la moral más presto por el camino de los hábitos laboriosos y productivos... que no por la instrucción abstracta”. Para Alberdi la educación era un elemento de menor eficacia comparada con la inmigración masiva, la expansión del ferrocarril y otros elementos civilizadores. Sarmiento, por su parte, concibió a la educación como el factor prioritario en el proceso de cambio y modernización. Tedesco muestra cómo la educación en Sarmiento tiene un doble propósito. Por un lado, promover el aumento de la producción a través de la preparación de personal capacita-

do y brindar la estabilidad política necesaria para que las funciones de producción se realicen normalmente. Por otro, promover el respeto de la vida y la propiedad privada (Tedesco, 2009).

La hipótesis de Juan Carlos Tedesco al respecto consiste en sostener que

los grupos dirigentes asignaron a la educación una función política y no una función económica; en tanto los cambios económicos ocurridos en este período no implicaron la necesidad de recurrir a la formación local de recursos humanos, la estructura del sistema educativo cambió solo en aquellos aspectos susceptibles de interesar políticamente y en función de ese mismo interés político. Lo original del caso argentino es que las fuerzas que actuaron en el enfrentamiento político coincidieron –cuando cada una de ellas estuvo en la cúspide del poder– en mantener alejada la enseñanza de las orientaciones productivas (2009: 36).

Tanto Sarmiento como Manuel Pizarro (Ministro de justicia, culto e instrucción pública del gobierno de Roca) notaban el atraso industrial de la población y los gastos que se pagaban por la exportación de estos servicios. La orientación humanística frente a la técnica es la que lleva a Tedesco a afirmar que una educación destinada a perpetuar en una elite las funciones directivas de la sociedad es la que permite hablar de la educación argentina del siglo pasado como de una educación oligárquica. Aquí es donde nos parece importante señalar que la crisis mundial actuó como bisagra para el fortalecimiento de un régimen político particular y la instauración del viraje en las políticas, entre ellas la educativa.

Las esperanzas de Sarmiento y Alberdi estaban puestas de antemano en una clase social que no era revolucionaria, ni podía serlo. La burguesía oligárquica argentina no pudo ni intentó hacer lo mismo que su equivalente norteamericana. No pudo dar salida a los intereses nacionales; así el proyecto educativo corrió la misma suerte. La educación pública solo podía comportarse como una tarea democrática acabada en el marco de un Estado que permitiera el desarrollo independiente de la Nación. En el ideario de Sarmiento y Alberdi esto es claro: ambos ven la necesidad de un proyecto nacional independiente, donde la educación jugará un papel primordial. Pero el periodo abierto desde la década de 1870 con el imperialismo, como nueva etapa capitalista, hará evidente que cualquier desarrollo independiente requerirá de una lucha que la clase dirigente argentina no estará dispuesta a dar. Los requerimientos de la descomposición capitalista nos obligan a un nuevo período donde la tarea de educación pública solo puede vincularse a los intereses populares apoyándose en un programa de la clase obrera para realizarse como un elemento verdaderamente transformador.

Notas

¹ Esta información fue obtenida del texto de Cicerchia, Ricardo “Cordoba”, del libro de Devoto, F. y Madero, M. *Historia de la vida privada en Argentina*, vol III. En él se tratan las fuentes originales tales como las *Obras Completas* de Sarmiento. La Universidad de Córdoba era en ese momento la única de alcance nacional y el mejor espacio donde dar una disputa ideológica con la teología. El fracaso del proyecto científico-educativo explica en parte la reacción de la institución que culminó con la rebelión universitaria de 1918.

Referencias

- Alberdi, Juan B (1974) *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Bravo, Hector –comp.- (1985) *A cien años de la Ley 1420*. Buenos Aires: CEAL.
- Brailovsky, A (1985) *1880-1982 Historia de las crisis argentinas, un sacrificio inútil*. Buenos Aires: Belgrano.
- Chiaramonte, J. C (1971) *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina, 1860-1880*. Buenos Aires: Solar.
- Flamant y Singer-Kerel (1971) *Crisis y recesiones económicas*. Barcelona: Oikos-tau.
- Gallo, E. Cortés Conde, R (1986) *La República conservadora*. Buenos Aires: Hispanoamerica.
- Gerchunoff, P. Rocchi, F. Rossi, G (2008) *Desorden y progreso*. Buenos Aires: Edhasa.
- Halperin Donghi, T. (1982) *Una nación para el desierto argentino*. Buenos Aires: CEAL.
- Manrique Zago (1995) *Bibliotecas Populares argentinas*. Buenos Aires: Manrique Zago.
- Néré, Jacques (1965) *La Guerra de secesión*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Peña, Milciades (1975a) *La era de Mitre*. Buenos Aires: Fichas.
- Peña, Milciades (1975b) *Sarmiento, Alberdi y el 90*. Buenos Aires: Fichas.
- Posadas, Adolfo (1912) *La República Argentina, impresiones y comentarios*. Madrid: Victorino Suarez.
- Plencovich, Constantini y Bocchicchio (2009) *La educación agropecuaria en la Argentina, Génesis y estructura*. Buenos Aires: Ciccus.
- Pomer, León (2008) *La Guerra del Paraguay*. Buenos Aires: Leviatán.
- Sarmiento, Domingo (1980) *Facundo. Civilización y barbarie*. México D.F: Porrúa.
- Sarmiento, Domingo F. *La educación popular*. Ed. Varias.
- Tedesco, J. C. (2009) *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Fuentes utilizadas

- Anales de la educación común*. 1870-1875.
- El Censor*, 16 de febrero de 1886.
- El Monitor. Revista de educación*. 1881-1885.
- Larraín, Nicanor; *Viajes al Sud*, Buenos Aires. 1883.
- Memoria del departamento de justicia, culto e instrucción pública*. 1863-1875.

La dialéctica histórica de Karl Marx

Aproximaciones metodológicas para una teoría del colapso capitalista

Diego Bruno

Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires

brudieg@gmail.com

Resumen

Cuando en *El Capital* Karl Marx develó el carácter transitorio del modo de producción capitalista, a partir de identificar las contradicciones materiales que se desarrollan en su propio seno, no hizo más que dar un sustento científico a su concepción dialéctica de la realidad social. Como señaló en el epílogo (1873) de dicha obra, el núcleo racional de la dialéctica consiste en comprender que “la intelección positiva de lo existente incluye también, al propio tiempo, la inteligencia de su negación, de su propia ruina”. Esta forma del pensamiento que entiende a su objeto de estudio en su génesis, desarrollo y caducidad, es decir, que revela su transitoriedad, intentando develar la conexiones internas que condicionan su desarrollo, su historia, es nodal a la hora de comprender la inevitable tendencia al colapso que transita la sociedad burguesa. El pensamiento dialéctico, sin embargo, recién adquiere este carácter crítico de todo lo existente a partir de la fundamentación materialista que le imprime Marx, en oposición a las mistificaciones idealistas de la dialéctica hegeliana. Nos proponemos en este trabajo entonces, indagar como se inserta la dialéctica en la concepción materialista de Marx, el rol que juega en su ciencia, y su relación intrínseca con la teoría del derrumbe capitalista.

Todo lo que nace merece perecer

J. W. Goethe, *Fausto*

A modo de introducción es pertinente señalar que Karl Marx nunca llegó a desarrollar ensayo alguno sobre su propio método dialéctico. A pesar de esto, es posible identificar sus características propias teniendo en cuenta, por un lado, ciertas definiciones de Marx sobre su propio método en oposición al método de Hegel. Y, por otro, si analizamos tanto sus primeras obras críticas del hegelianismo como aquellas en las que se abocó al estudio de las categorías económicas del capitalismo. En este caso tomaremos los trabajos preparatorios para la crítica de la economía política y algunos textos de *El Capital*. No es sino en las propias obras de Marx donde podremos ver la aplicación de lo que él llamó el método propiamente científico y en donde la concepción dialéctica, ya sin su “envoltura idealista”, jugará un rol fundamental. En este sentido Lenin señalará que, “pese a que Marx nunca escribió su proyectado tratado breve sobre la dialéctica, nos dejó sin embargo *El Capital*, que es la aplicación de la dialéctica materialista al campo de los fenómenos económicos” (1980: 305).

Ya desde sus primeros escritos Marx hizo hincapié en el carácter mistificador, especulativo e idealista que adquiere la dialéctica en Hegel, al hacer de la realidad un mero producto de la Razón; la realidad material como una apariencia externa de la esencia ideal. Para Hegel la realidad material no sería otra cosa que el resultado del despliegue del pensamiento a lo largo de la historia. Una especie de transustanciación en donde la idea, el pensamiento, se pone como lo otro de sí. A pesar de esta mistificación, señala Marx, es posible rescatar el elemento racional del método descubierto por Hegel, y para esto sugiere una primera y fundamental diferencia, la conocida tesis de la inversión ontológica: sustituir la ontología idealista planteada por Hegel por otra de carácter materialista. Dice Marx:

Mi método dialéctico no solo difiere del de Hegel, en cuanto a su fundamento, sino que es su antítesis directa. Para Hegel el proceso del pensar, al que convierte incluso, bajo el nombre de idea, en un sujeto autónomo, es el demiurgo de lo real; lo real no es más que su manifestación externa. Para mí, a la inversa, lo ideal no es sino lo material transpuesto y traducido en la mente humana (...) La mistificación que sufre la dialéctica en manos de Hegel, en modo alguno obsta para que haya sido él quien, por vez primera, expuso de manera amplia y consciente las formas generales del movimiento de aquella. En él la dialéctica está puesta al revés. Es necesario darle vuelta, para descubrir así el núcleo racional que se oculta bajo la envoltura mística (2004: 19-20).

Es decir, la dialéctica en su versión materialista debe fundamentarse en el movimiento de la realidad concreta. El mundo debe explicarse por sí mismo y no por algo diferente o externo a él. Y el sujeto-conciencia que conoce y actúa sobre lo real (praxis) es condicionado a la vez por ese despliegue mismo de lo real (historia). A esto se refiere Marx cuando señala la necesidad de “darle vuelta” a la dialéctica. Sin embargo, este darle vuelta implica algo más, no es una ingenua metáfora mecanicista en donde simplemente se trueca idea por materia. El pensamiento dialéctico, que concibe a la realidad como una totalidad estructurada que se desarrolla y crea (totalidad concreta), debe tener en cuenta ahora el particular material o sensible en su método. Como veremos, Marx se

encarga de diferenciar en el proceso de conocimiento el concreto material y el concreto de pensamiento. Entonces, para penetrar en los misterios de esos concretos materiales el nuevo método, dirá Engels en el *Anti-Dühring*, deberá sustentarse, “no en una sustantiva ciencia de la ciencia, sino en la ciencias reales” (1975: 35).

1. El sustento en la ciencia

El método de las ciencias positivas está íntimamente ligado –implícita o explícitamente– a una concepción materialista del mundo. Para comprender el mundo la ciencia parte de los elementos propios del mundo material, no busca una explicación a partir de causas externas a la naturaleza misma. Este es un principio fundacional de la ciencia moderna, el cual quedaría reducido al absurdo si en un momento dado tuviera que admitir la acción de causas no-naturales, necesariamente destructoras de la red de relaciones (leyes) intramundanas que la ciencia se esfuerza por ir descubriendo y construyendo para comprender la realidad (Sacristán, 1964). Al explicar el mundo a partir de sí mismo la ciencia parte de lo concreto material y mediante reducción analítica descompone esa estructura más compleja de la que partió en sus elementos más simples, aquellos que la componen. Esta es una forma de ir desentrañando qué es aquello que se está investigando.

En el método de la economía política (Introducción de 1857) Marx señala que es acertado comenzar por el concreto real, sin embargo, aquello de lo que parto es todavía una abstracción porque desconozco los múltiples elementos que lo componen (Marx, 2004: 50). En esta instancia lo concreto es todavía una representación caótica del conjunto (por ejemplo: si en economía parto de la población, esta última es una abstracción si dejo de lado las clases que la componen, la división del trabajo, los precios, el trabajo asalariado, etc.). Entonces, desde lo concreto representado, la reducción analítica de la ciencia llega a conceptos cada vez más simples; abstracciones cada vez más sutiles hasta alcanzar las “partículas elementales”. Este proceder de la ciencia lleva a que el aspecto cualitativo del objeto pierda toda relevancia. Como señala Manuel Sacristán:

Más en general, el análisis reductivo practicado por la ciencia tiende incluso a obviar conceptos con contenido cualitativo, para limitarse en lo esencial al manejo de relaciones cuantitativas o al menos, materialmente vacías, formales. Permite penetrar muy material y eficazmente en la realidad, porque posibilita el planteamiento de preguntas muy exactas (cuantificadas y sobre fenómenos “elementales”) a la naturaleza, así como previsiones precisas que, caso de cumplirse, confirman en mayor o menor medida las hipótesis en que se basan, y, en caso de no cumplirse las falsean definitivamente (1964).

Pero precisamente como el método analítico que utiliza, la ciencia separa, aísla, destruye relaciones internas (movimiento), estos resultados son abstractos. No importa ya la peculiaridad cualitativa de los fenómenos complejos analizados. Por eso los conceptos de la ciencia son invariablemente conceptos generales, “leyes”, que informan acerca de clases enteras de objetos. Con ese conocimiento se pierde una parte de lo concreto: precisamente la parte decisiva para la individualización de los objetos. Esto es así no por alguna limitación accidental, sino “por el presupuesto definidor de la metodología analítico-reductiva, que no responde más que al principio materialista de explicación de

toda formación compleja, cualitativamente distinta, por unos mismos factores más o menos homogéneos" (idem).

2. Dialéctica y ciencia

Si bien el método analítico de la ciencia es el punto de partida para dejar atrás la primera representación caótica del conjunto, los resultados, como señalamos, todavía son abstractos, todavía no puedo representarme la totalidad concreta. Una de las características fundamentales del pensamiento dialéctico es la de concebir la realidad (concepción del mundo) como una totalidad estructurada, que se desarrolla y crea. Totalidad significa aquí: realidad como un todo sistémico, en el cual puede ser comprendido racionalmente cualquier hecho, clases de hechos, conjunto de hechos.¹ Reunir todos los hechos no significa aún conocer la realidad, y todos los hechos (juntos) no constituyen aún la totalidad. Los hechos son conocimiento de la realidad si son comprendidos como hechos de un todo dialéctico, esto es, si no son átomos inmutables, indivisibles e inderivables, cuya conjunción constituye la realidad, sino que son concebidos como partes estructurales de un todo dinámico.

Comprender, entonces, un determinado fenómeno, una totalidad concreta, ha de consistir en la exposición del despliegue del fenómeno mismo, de su dinámica interna. Esto remite a la idea hegeliana de fundamentación como desarrollo (*Entwicklung*); la explicación por lo que se podría llamar la "ley interna de desarrollo del objeto". De un modo general, dice Marx, "lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones" (2004: 51), por eso para comprender esa totalidad concreta y no quedarme en lo abstracto y unilateral, será necesario, una vez llegado a los elementos que la componen (análisis reductivo), rehacer el camino hacia atrás para volver a hallar sus conexiones, sus relaciones internas en el todo. Es decir, retornar a la primera representación pero ya no como un conjunto caótico sino como una rica totalidad con múltiples determinaciones y relaciones. Los sistemas económicos, señala Marx, comenzaron una vez que la economía política logró elevarse desde lo simple –trabajo, división del trabajo, necesidad, valor de cambio– hasta lo complejo, el Estado, el cambio entre naciones y el mercado mundial. Este elevarse de lo abstracto a la totalidad concreta será el método científico correcto para Marx.

El abordaje dialéctico basado en el análisis científico debe seguir este camino (métodos) porque el todo no es cognoscible inmediatamente para el hombre, aunque le sea dado de manera inmediatamente sensible, es decir, en la representación, en la opinión o en la experiencia. El todo, pues, es accesible directamente al hombre, pero como un todo caótico y nebuloso. Para que el hombre pueda conocer y comprender el todo, para aclararlo y explicarlo, es necesario dar un rodeo: lo concreto se vuelve comprensible por medio de lo abstracto; el todo por medio de la parte. "Precisamente por el hecho de que el camino de la verdad es un rodeo (*der Weg der Wahrheit Umweg*) el hombre puede desorientarse o quedarse a mitad de camino" (Kosik, 1967: 19).

Aquí, entonces, hay que tener en cuenta que si bien esta unidad de lo diverso que es la totalidad concreta aparece en el pensamiento como resultado (como proceso de síntesis), es en realidad, el efectivo punto de partida; el de la intuición y la representación.

Las determinaciones abstractas (simples) conducen a la reproducción de lo concreto por medio del pensamiento. De ahí, señala Marx, la ilusión de Hegel de concebir lo real como resultado del pensamiento. Cuando en realidad, elevarse de lo abstracto a lo concreto es sólo la forma que tiene el pensamiento de apropiarse de lo concreto. De reproducirlo como concreto espiritual. Pero no es el proceso de formación de lo concreto mismo. Leemos en la Introducción de 1857:

La totalidad concreta, como totalidad del pensamiento, como un concreto del pensamiento, es en los hechos un producto del pensamiento y de la concepción, pero de ninguna manera es un producto del concepto que piensa y se engendra así mismo, desde fuera y por encima de la intuición y de la representación, sino que, por el contrario, es un producto del trabajo de elaboración que transforma intuiciones y representaciones en conceptos (2004: 51).

El abordaje dialéctico permite, entonces, comprender las condiciones concretas de las determinaciones simples, es decir, su movimiento y relaciones reales como partes de una totalidad concreta que las engloba y les da un significado. Entiende la individual situación concreta (material) en la medida en que es parte de una totalidad (también material). No se trata aquí empero de darle al todo una posición privilegiada con respecto a las partes. Las partes no sólo se hallan en una interacción y conexión interna con el todo, sino también, que el todo no puede ser petrificado en una abstracción situada por encima de las partes, ya que el todo se crea a sí mismo en la interacción de éstas. Si el proceso total representa con respecto a los hechos particulares una realidad auténtica y superior (Hegel), la realidad puede existir en ese caso, independientemente de los hechos, y sobre todo, de aquellos que la contradicen. En esta formulación que hipostatiza e independiza el todo frente a los hechos, hay toda una justificación teórica del “subjetivismo”, que ignora y fuerza los hechos en nombre de una “realidad superior” (Kosik, 1967: 29)

Por otro lado, la posición que plantea que la totalidad concreta es incognoscible dado que el conocimiento humano sólo puede ser de las partes, se basa en una concepción atomística de la realidad: del todo como la totalidad de sus partes y hechos más simples. Dado que siempre pueden agregarse nuevos hechos y aspectos, esta posición plantea que es imposible tener un conocimiento acabado de la totalidad. Sin embargo, como señala Karel Kosik:

La dialéctica de la totalidad concreta no es un método que pretenda ingenuamente conocer todos los aspectos de la realidad sin excepción y ofrecer un cuadro “total” de la realidad con sus infinitos aspectos y propiedades, sino que es una teoría de la realidad y de su conocimiento como realidad. La totalidad concreta no es un método para captar y describir todos los aspectos, caracteres, propiedades, relaciones y procesos de la realidad; es la teoría de la realidad como totalidad concreta. Si la realidad es entendida como concreción, como un todo que posee su propia estructura (y, por tanto, no es algo caótico), que se desarrolla (y, por ende, no es algo inmutable y dado de una vez para siempre), que se va creando (y, en consecuencia, no es un todo perfectamente acabado y variable sólo en sus partes singulares o en su disposición), de tal concepción de la realidad se desprenden ciertas conclusiones metodológicas que se convierten en directriz heurística y principio epistemológico en el estudio, descripción, comprensión, ilustración y valoración de ciertos sectores tematizados de la realidad, tanto si se trata de la física o de la ciencia literaria, de la biología o de la economía política, de problemas teóricos de las matemáticas o de cuestiones prácticas vinculadas con la regulación de la vida humana o de las relaciones sociales (ídem: 22-23).

La dialéctica materialista en definitiva propone, según la expresión de Lenin, hacer un análisis concreto de la situación concreta, y para esto toma como base los elementos resultantes de la abstracción y del análisis reductivo científicos. Los cuales examina como partes de un todo que simultáneamente condiciona y es condicionado por estos elementos. Al comprender la totalidad de esta manera la dialéctica recupera la peculiaridad cualitativa de los fenómenos complejos analizados. Y estas totalidades, estos fenómenos complejos, son, en este sentido dialéctico, ante todo los individuos vivientes, las particulares formaciones históricas, los presentes históricos localmente delimitados, etc. (Sacristán, 1964).

3. Investigación y exposición

Si bien el abordaje dialéctico de un determinado fenómeno implica comprender su devenir real, su ley de desarrollo a partir de múltiples determinaciones, y no sólo su ley de desarrollo interno sino, principalmente, la de su transformación, es decir, la transición de un orden de interrelación a otro, es importante, señala Marx en el epílogo a *El Capital* de 1873, distinguir en lo formal el modo de exposición del modo de investigación:

(la investigación) debe apropiarse pormenorizadamente de su objeto, analizar sus distintas formas de desarrollo y rastrear su nexo interno. Tan sólo después de consumada esa labor, puede exponerse adecuadamente el movimiento real. Si esto se logra y se llega a reflejar idealmente la vida de ese objeto, es posible que al observador le parezca estar ante una construcción a priori (Marx, 2004: 19).

La reconstrucción dialéctica del objeto genera la apariencia de una construcción a priori, por lo cual Hegel consideraba lo real como resultado del pensamiento, cuando en realidad es sólo la forma que tiene el pensamiento de representarse adecuadamente el movimiento de lo real, de tal modo que “la vida del material se refleje idealmente”. En lo que concierne entonces específicamente al método de investigación, según la clasificación de Karel Kosik, podemos distinguir tres grados

- 1) Asimilación minuciosa de la materia, pleno dominio del material incluyendo todos los detalles históricos posibles
- 2) Análisis de las diversas formas de desarrollo del material mismo.
- 3) Indagación de coherencia interna, es decir, determinación de la unidad de esas diversas formas de desarrollo.

Sin el pleno dominio de este método de investigación, cualquier dialéctica se convierte en una vacua especulación (Kosik, 1967: 20)

Sin embargo, el carácter expositivo de la dialéctica, que señala Marx, no puede entenderse meramente como un discurso puramente didáctico abocado a reproducir idealmente el movimiento del objeto de investigación, ya que, “para cualquier exposición, basta con presentar los hechos que la investigación concienzuda ha preparado y cuyo vínculo interno ha rastreado” (Sacristán, s/f). Cualquier tratado científico, ya sea de bio-

logía, genética o economía, se encarga de establecer bien los hechos y su vinculación interna, sus datos y teorización. La pregunta que surge entonces es: ¿Qué agrega la elaboración o exposición dialéctica a los datos de la investigación científica? Para responder esto es necesario detenerse en la idea hegeliana de desarrollo que señalamos anteriormente, y que toma Marx, en el sentido de que el conocimiento adecuado consiste en “reflejar idealmente la vida de ese objeto”. Es decir, comprender al fenómeno u objeto de estudio en su génesis, desarrollo y caducidad. El símil organicista sugiere presentar un contenido de tal modo que no sólo quede fundamentado empíricamente. Se trata de poder reconstruir en su conjunto el movimiento (su ser y su haber llegado a ser) del objeto estudiado, sus modificaciones y la ley interna de su evolución (Lefebvre, 1961: 27).

La realidad, entonces, no se explica reduciéndola a los conceptos, sino, por sí misma, mediante el desarrollo y la ilustración de sus fases, de los elementos de su movimiento. Por esto Marx señala al final del epílogo mencionado que:

En su forma mistificada, la dialéctica estuvo en boga en Alemania, porque parecía glorificar lo existente. En su figura racional, es escándalo y abominación para la burguesía y sus portavoces doctrinarios, porque en la intelección positiva de lo existente incluye también, al propio tiempo, la inteligencia de su negación, de su necesaria ruina; porque concibe toda forma desarrollada en el fluir de su movimiento, y por tanto sin perder de vista su lado perecedero; porque nada la hace retroceder y es, por esencia, crítica y revolucionaria (Marx, 2004: 20).

En consecuencia, los conceptos, las leyes a las que llega el conocimiento, la economía política en este caso, también se dialectizan, es decir, se historizan las categorías del conocimiento (revelan su transitoriedad en la medida que representan en el pensamiento una realidad histórica que también lo es), perdiendo así su carácter de leyes eternas.

4. La conceptualización como praxis

Como señalamos anteriormente, para Marx, las leyes y categorías a las que llega el conocimiento no son puras creaciones del pensamiento. Dado que éste último está condicionado por una determinada realidad socio-histórica, y las primeras no son más que los medios (históricos también) que tiene el pensamiento para representarse esa realidad concreta y así poder conocerla. En este sentido, Marx señala, en un detallado análisis del desarrollo de la categoría trabajo (2004: 55), que las categorías más abstractas son el producto de las condiciones históricas y que poseen plena validez sólo bajo las condiciones que las han engendrado. El desarrollo histórico más rico da origen a las abstracciones más generales. El movimiento del pensamiento abstracto, del más simple al más complejo, se encuentra condicionado por las relaciones socio-históricas bajo las cuales se desarrolla. Es decir, la historia del pensamiento humano revela que el hombre ha ido siempre de lo más simple a lo más complejo, a medida que su praxis social pasaba de los más elemental a lo más complicado. Las formas abstractas del pensamiento no son más que un medio suplementario de apropiarse una realidad cada vez más diversa. Por ello estas formas no pueden definirse de una vez por todas; varían según el movimiento de la praxis; ciertas leyes y categorías son eliminadas por la práctica de conceptualización, mientras que otras aparecen; los contenidos se preci-

san, se ajustan, se perfeccionan (Campos, 1988: 72).

Tempranamente esto es señalado por Marx en *Miseria de la filosofía*, su crítica al método de Proudhon. Aquí, en realidad, Marx tiene por objetivo desenmascarar el fetichismo del método y el carácter especulativo de los conceptos del entendimiento a los que llegan tanto Hegel como los economistas burgueses, y que Proudhon no logra superar.² Al comienzo de la segunda parte Marx reproduce un texto del sistema proudhoniano, que dice:

No exponemos aquí una historia según el orden cronológico, sino según la sucesión de las ideas. Las fases o categorías económicas unas veces son simultáneas en sus manifestaciones y otras veces aparecen invertidas en el tiempo ... Sin embargo, las teorías económicas tienen su sucesión lógica y su serie en el entendimiento; ese orden es el que nosotros nos ufanamos de haber descubierto (citado en Marx, 1984: 121).

Inmediatamente la crítica de Marx señala:

Los economistas presentan las relaciones de producción burguesas –la división del trabajo, el crédito, el dinero, etc.- como categorías fijas, inmutables, eternas. Proudhon, que tiene ante sí estas categorías perfectamente formadas, quiere explicarnos el acto de formación, el origen de estas categorías, principios, leyes, ideas y pensamientos. Los economistas nos explican cómo se lleva a cabo la producción en dichas relaciones, pero lo que no nos explican es cómo se producen esas relaciones, es decir, el movimiento histórico que las engendra. Proudhon, que toma esas relaciones como principios, categorías, y pensamientos abstractos, no tiene más que poner en orden esos pensamientos (...) Los materiales de los economistas son la vida activa y dinámica de los hombres; los materiales de Proudhon son los dogmas de los economistas. Pero desde el momento en que no se sigue el desarrollo histórico de las relaciones de producción, de las que las categorías no son sino la expresión teórica, desde el momento en que no se quiere ver en estas categorías más que ideas y pensamientos espontáneos, independientes de las relaciones reales, quiérase o no se tiene que buscar el origen de estos pensamientos en el movimiento de la Razón pura (ídem: 121-122).

El problema de Proudhon, que desarrolla aquí Marx, es que, al igual que Hegel, entiende a las relaciones sociales de producción reales como una expresión, o encarnación, de las categorías o leyes de la economía política. Por eso dice que “como auténtico filósofo toma las cosas al revés”, no ve que estas categorías económicas tienen en realidad su origen en las relaciones sociales de producción, o mejor dicho, son expresiones teóricas, abstracciones, de las relaciones sociales de producción concretas. Lo que hace Proudhon es potenciar estas categorías o ideas, a entes reales; los sustantiva o hipostatiza. Si bien comprende que toda la riqueza material es producida por los hombres dentro de determinadas relaciones sociales de producción, no entiende que esas relaciones de producción son también un producto de la praxis humana, en este caso de la praxis productiva y su grado de desarrollo material. Por lo tanto, al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian de modo de producción, y al cambiar el modo de producción cambian todas sus relaciones sociales. En este sentido y en relación a las categorías Marx señala en *Miseria de la filosofía*:

Los mismos hombres que establecen las relaciones sociales conforme a su productividad material producen también los principios, las ideas y las categorías conforme a sus relaciones sociales (...) De suerte que estas ideas, estas categorías son tan poco eternas como las relaciones que expresan, sien-

do productos históricos y transitorios (Marx, 1984: 126).

Lo que la crítica de Marx en definitiva desenmascara, es que los economistas burgueses como así también Proudhon, al hipostasiar las categorías, caen en la naturalización de la sociedad burguesa y sus instituciones. Entendiendo a la naturaleza como algo absoluto e inmutable. En este sentido, para ellos las relaciones burguesas bajo las cuales se crea la riqueza y se desarrollan las fuerzas productivas, se dan conforme a leyes racionales de la naturaleza; estas mismas relaciones son leyes naturales, independientes del influjo del tiempo. Son leyes eternas y que por lo tanto deben gobernar siempre a la sociedad. Como si los principios o leyes que rigen la naturaleza fuesen absolutos y definitivos, ahora las relaciones sociales se desarrollan también conforme a ellos. Ha habido historia –dice Marx– pero para estos teóricos ahora no la hay más. Ninguno de ellos parece comprender que la sociedad burguesa es una forma histórica y transitoria como lo era la forma feudal.

Por lo tanto, el hombre, en tanto ser práctico, no podrá expresar en sus pensamientos el mundo que lo rodea sino condicionado por su práctica socio-histórica. De ahí la idea de que el ser social es lo que determina la conciencia y no a la inversa. Lo cual no quiere decir que la conciencia sea un segundo elemento en relación con la materia y que esta se limita a reflejar la información que recibe del mundo exterior. Marx no conoce más que la conciencia activa y la materia sometidas a la acción de la praxis. Por su práctica social, el hombre de la sociedad de clases crea tal o cual modo de producción. La producción de los bienes materiales condiciona todas las otras producciones. Las ideas, el conocimiento, la conciencia, son también por lo tanto praxis, una praxis determinada en último análisis, por la praxis más importante de todas, la praxis de producción de los bienes materiales (Campos, 1988: 71).

Es importante señalar también que la comprensión dialéctica de los resultados de la ciencia, es decir su historización y consecuente determinación práctica, elimina la posibilidad de entender nuestras elaboraciones teóricas y científicas como algo neutral. Porque cuando un científico trabaja no sólo hace intervenir la lógica y la empiria sino opiniones, criterios éticos, decisiones políticas, etc., es decir, valores. El proceso de validación científica es también un acto social e histórico. Cuando se elige entre teorías rivales se está pensando en cuál es la más adecuada para alcanzar determinados objetivos. Por esto mismo, Marx resalta en el epílogo de *El Capital* antes mencionado, que la burguesía no acepta más que el lado mistificado de la dialéctica. Porque la dialéctica en su versión materialista no puede sino cuestionar el carácter inmutable de todas las cosas y por ende de la sociedad burguesa misma. Esta transitoriedad de la forma social burguesa es lo que la burguesía y sus cientistas no pueden soportar. Cosa que se expresa teóricamente en la eternización de las categorías.

Sin embargo, esto hay que comprenderlo como una determinada forma histórica de entender el mundo y su conocimiento. El carácter idealista y la hipostatización de las categorías que surgen del análisis de la sociedad burguesa es la forma en que esta se manifiesta en el pensamiento y propio del conocimiento de la época, cuya característica principal es su carácter contemplativo. (O lo que es lo mismo, la ciencia económica burguesa responde a una determinada forma de concebir el mundo de las relaciones burguesas de producción, la cual, a su vez, es funcional a la necesidad de reproducción de ese mismo mundo).

En este mismo sentido, es válida también la apreciación de Umberto Curi, en su prólogo a la *Einleitung*, señalando que:

La ideologización del procedimiento seguido por los economistas, funcional a la consecución de ciertos objetivos apologéticos, no está en relación adversativa sino complementaria respecto de la “cientificidad” de la demostración. Es decir, que la eternización de los procesos de producción históricos no serían el resultado de una extrínseca subordinación de la presunta pureza de la argumentación científica respecto del carácter instrumental de la destinación apologética sino éxito inmanente e inevitable de un procedimiento dirigido a la demostración de la eternidad y la armonía de las condiciones sociales existentes (Curi, 2004: 25).

La crítica de la economía política que lleva adelante Marx revela por un lado el carácter ideológico-apologético que adquiere la ciencia pero por otro está dirigida a aclarar los nexos profundos entre ésta y la sociedad burguesa. Es decir, a mostrar en qué medida la una está en función de la otra, cómo la ciencia burguesa a través de sus categorías contribuye al reforzamiento y a la conservación de la sociedad burguesa y cómo esta, en su organización global, expresa y verifica a aquella. Por eso, coincidimos con Curi en que el análisis de Marx:

...no se puede agotar en la simétrica contraposición de una ciencia más avanzada y correcta desde el punto de vista metodológico respecto de la ahora obsoleta economía clásica, en la presunta distonía entre ésta y la sociedad burguesa. Al menos que asumamos como plano referencial el nivel típicamente burgués de la controversia puramente epistemológica con lo cual los resultados obtenidos por la crítica de Marx representarían paradójicamente una corroboración, antes que una refutación, de la misma validez teórica de la economía clásica: la ineficiencia de la ciencia burguesa conllevaría el desajuste respecto de la “estructura” que debería expresarla y, consiguientemente, implicaría la autonomía antes que la naturaleza de “aparición objetiva”, respecto del modo de producción capitalista, rehabilitando, en cierta medida, la independencia teórica y la pureza científica (ídem).

Comprender esta relación intrínseca entre el carácter contemplativo y consagratorio de lo dado del saber burgués, y el modo de producción capitalista, permite a Marx introducir su crítica y señalar lo infecundo de este saber sin la necesidad de hacer de la ciencia algo neutral y ahistórico. La crítica de Marx señala los límites de la ciencia burguesa pero sin dejar de decir que son los límites que le imponen las condiciones históricas en las que se ha desarrollado.

La ciencia burguesa es la sociedad burguesa porque contribuye al reforzamiento y conservación de esta. Y esta es la determinación práctica del saber burgués. Pero la cuestión estriba en que a pesar del carácter apologético y conservador de la que podríamos llamar ideología-ciencia burguesa, la sociedad burguesa en un determinado momento histórico comienza a ser cuestionada por las contradicciones sistémicas que desarrolla en su seno, manifestando así su tendencia al agotamiento como forma de reproducción social. A partir de esto es que Marx elabora su crítica de la sociedad capitalista y es en función de esto también que plantea una praxis transformadora de esta. Por eso la crítica no ocupa sólo la también esencial dimensión conceptual del desenmascaramiento apologético, sino, conjuntamente, en el relevamiento de la contradicción y de la discordancia, abre un espacio de intervención política, que incide justamente sobre aquella contradicción, para acelerar la disolución y provocar finalmente el trastrocamiento de las relaciones sociales de producción existentes (ídem: 26).

Conclusión

El método dialéctico permite a Marx comprender la realidad social capitalista en el flujo de su devenir, su existencia y su expiración, señalando que las crisis y antagonismos sociales que en ella se verifican son la manifestación de contradicciones esenciales, es decir, inherentes a una totalidad, que genera las condiciones para abolirse a sí misma. Esto permite comprender el carácter histórico de la actividad productiva humana, la cual al cambiar, modifica también las categorías a través de las cuales comprendemos esa realidad. De esta manera toda esta concepción histórico-dialéctica no solo entiende la inevitable ruina del modo de producción capitalista sino que potencia el desarrollo del quehacer científico evitando la cristalización de sus resultados.

La dialéctica materialista, entonces, es ciencia e historia, es decir, la historización de la ciencia. Porque no se trata solo de comprender y fundamentar empíricamente un determinado fenómeno, sino de entenderlo como algo perecedero y transitorio. Bajo las condiciones en que se desarrolla tratar de “reflejar la vida (y por lo tanto la muerte) del objeto”, intentando develar las posibilidades de su transformación futura (la ley interna de su evolución).

Notas

¹ Tomamos aquí el planteamiento de Karel Kosik, “La idea de totalidad, que comprende la realidad en sus leyes internas y descubre, bajo la superficialidad y casualidad de los fenómenos, las conexiones internas y necesarias se opone al empirismo que considera las manifestaciones fenoménicas y casuales, y no llega a la comprensión de los procesos de desarrollo real. Desde el ángulo de la totalidad se entiende la dialéctica de las leyes de la casualidad de los fenómenos, de la esencia interna y de los aspectos fenoménicos de la realidad, de la parte y el todo, del producto y de la producción, etc. Marx tomó este concepto dialéctico, lo depuró de mistificaciones idealistas y lo convirtió, en su nueva forma, en uno de los conceptos centrales de la dialéctica materialista” (*Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo, 1967, p. 21.). Una detallada exposición del punto de vista de la totalidad como principio metodológico de la filosofía de Marx se puede encontrar también en George Lukács, *Historia y conciencia de clases*, trad. Manuel Sacristán, Madrid, Grijalbo, 1969.

² K. Marx, “El lector comprenderá que, en esta labor ingrata, hemos tenido que abandonar frecuentemente la crítica del señor Proudhon para decidimos a la crítica de la filosofía alemana, y hacer al mismo tiempo algunas observaciones sobre la economía política” (1984: 47).

Referencias

- Campos, Rodolfo (1988) *Las sagradas escrituras del marxismo*. Buenos Aires: Grito Sagrado.
- Colletti, Lucio (1977) *El marxismo y Hegel*. México D. F. : Grijalbo.
- Curi, Umberto (2004) “La crítica marxiana de la economía política en la *Einleitung*”, en Karl Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política (1857)*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Della Volpe, G. (1971) *Para una metodología materialista*. Buenos Aires: Quintaria.
- Engels, Federico (1975) *Anti-Dühring*. Buenos Aires: Cartago.
- Gramsci, Antonio (1958) *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Lautaro.
- Hegel, G. W. F. (1982) *Ciencia de la Lógica*, Libro segundo, Rodolfo Mondolfo (trad.), Buenos Aires: Solar.
- Hegel, G. W. F. (2007) *Fenomenología del espíritu*. Buenos Aires: FCE.
- Kosik, Karel (1967) *Dialéctica de lo concreto*. México, Grijalbo.
- Lefebvre, Henri (1961) *El marxismo*. Buenos Aires: Eudeba.
- Lenin, Vladimir I. (1980) *Obras completas*. México: Ediciones de Cultura Popular/Akal.
- Marx Karl y Friedrich Engels (2004) *La ideología alemana*. Buenos Aires: Nuestra América.
- Marx Karl y Friedrich Engels (1981) *Obras escogidas*. Tomo I. Moscú: Editorial Progreso.
- Marx Karl y Friedrich Engels (1955) *Obras escogidas*. Tomo II. Moscú: Editorial Progreso.
- Marx, Karl (2004) *Introducción general a la crítica de la economía política (1857)*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Marx, Karl (1968) *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*. México D. F: Grijalbo.
- Marx, Karl (2004) *El Capital*. Libro primero, Tomo I. Buenos Aires: Siglo XXI editores, Vol. 1: El proceso de producción del capital.
- Marx, Karl (1984) *Miseria de la filosofía*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Sacristán, Manuel (1964) “Sobre el *Anti-Dühring*” (prólogo), en F. Engels, *Anti-Dühring*, México: Grijalbo. Disponible online en <<http://archivo.juventudes.org/textos/Manuel%20Sacristan/Sobre%20el%20Anti-Duhring.pdf>>
- Sacristán, Manuel (s/f) El trabajo científico de Marx y su noción de ciencia. Disponible online en <<http://archivo.juventudes.org/textos/ManuelSacristan/EltrabajocientificodeMarxysunociondecien.pdf>>
- Wilde, Lawrence (1991) “Logic: Dialectic and contradiction”, en *The Cambridge Companion to Marx*, Cambridge University Press: ed. Terrell Carver.

Sección "Informes breves y ensayos"

Las Manos Sucias de Jean-Paul Sartre y la justificación política del kirchnerismo de José Pablo Feinmann

Celeste Vecino

Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires
emece.v@gmail.com

Resumen

En 1947 Jean-Paul Sartre escribió *Las manos sucias*, una obra que tenía como fin intentar una defensa del PC y de su dirigencia, en aquel momento fuertemente cuestionados por su obediencia a la cúpula burocrática de la URSS, y la consecuente política de acuerdos que a fines de la Segunda Guerra Mundial mantenían con el fascismo y con el imperialismo. Parte de los argumentos que están por detrás del conflicto presentado en la obra son retomados por José Pablo Feinmann en *El Flaco*, en el que se presentan una serie de intercambios con Néstor Kirchner vistos a través del prisma de la relación entre la figura del político y la del intelectual.

Las manos sucias

En el esquema de analogía con la obra sartreana que Feinmann mismo acusa, Kirchner representaría al Hoederer de *LMS*, un dirigente del PC acusado de traición por pactar la repartición del poder luego de la guerra, mientras que el propio Feinmann encarnaría la figura de Hugo, un joven intelectual y principista al que le encargan la tarea de asesinar al dirigente. Según afirma Sartre en posteriores artículos, Hugo representa en la obra no sólo la figura del intelectual sino, más específicamente, a la joven intelectualidad burguesa que no termina de encontrar su lugar en el momento político objetivo. Este momento es caracterizado por lo que Sartre denomina en 1950 el “objetivismo stalinista”, una actitud de la dirigencia de la URSS que consiste en tomar a la conciencia, es decir, a la subjetividad del movimiento obrero, como efecto absoluto y nunca como causa de los cambios políticos; y que resulta en una escisión entre las masas obreras por un lado y los ideólogos y jefes del partido por otro: estos últimos se erigen como técnicos del saber, únicos capaces de interpretar de manera objetiva el momento político y de, por lo tanto, decidir el curso de acción del Partido (hacia adentro y hacia fuera de las fronteras rusas); mientras que los obreros se limitan a obedecer.

“En la hipótesis objetivista, las masas se maniobran. La certidumbre del jefe le permite tratarlas como objeto” (Sartre, 1950). Es por esto que, así como a nivel mundial opera la situación en Yugoslavia, en la obra el personaje de Hugo representa la entrada de la subjetividad en el aparato dogmático soviético; y levanta por lo tanto la sospecha de sus compañeros: “la subjetividad es una tara constitucional cuyo segundo nombre es traición” (ídem).

Por su crianza Hugo no puede equipararse a los militantes de cuna obrera; por su purismo nunca va a estar completamente convencido del accionar del partido. En numerosos pasajes de la obra se hace hincapié en la obediencia ciega que deben tener los militantes a las órdenes de los dirigentes; Hugo no puede plegarse a esta consigna.

En el transcurso de los hechos en la obra, durante el tiempo en que está cumpliendo con su misión y ganándose la confianza de su líder, genera con él un vínculo ambivalente: si bien termina cuestionándole abiertamente su modo de accionar, sólo lo hace en tanto desarrolla con él un lazo afectivo y personal, que finalmente impide que lleve a cabo la misión tal como la había proyectado.

Interesa señalar especialmente esta ambivalencia, la que existe en el vínculo entre Hugo y Hoederer, pero también, la que quiere presentar Feinmann —con o sin éxito— en su relación con Kirchner, la que aparece y reaparece en la relación de la intelectualidad argentina con el kirchnerismo y más generalmente, con el peronismo; y finalmente la misma que en su propio recorrido político y respecto del PC manifiesta Sartre, en el que es sugerente encontrar ya expresiones semejantes a la “adhesión crítica” que profesan hoy un gran número de bienpensantes k:

(...) yo siempre quise ser —y todavía quiero serlo—, respecto a los comunistas, un “compañero de ruta” crítico. Creo que el deber de un intelectual es unir la disciplina y la crítica. Es una contradicción, pero una contradicción de la que somos responsables, y es deber nuestro conciliar las dos cosas (Sartre, 1964a).

Según sus propias palabras, es justamente el cometido explícito de *LMS* el “examinar dialécticamente el problema de las exigencias de la praxis en el tiempo” (ídem). La conclusión de este análisis es la ponderación de la figura de Hoederer como hombre de acción que no teme ensuciarse las manos para lograr los fines que en el largo plazo realizarán mejor los principios del Partido. En detrimento de Hugo, que cree actuar acorde a principios ideales que no se “ensucian” —precisamente porque al ser ideales no pueden realizarse, y “si la realidad se forja, la pureza de la idea se altera” (Sartre, 1964b)— Sartre opone su propia visión de una moral sujeta a la praxis, para la cual no hay valor absoluto sino valores relativos a los fines propuestos.¹

Este es el núcleo teórico de lo que hoy utiliza Feinmann para explicar o justificar el desarrollo del kirchnerismo sobre la base de un orden burocrático reificado. La teoría de la acción sartreana sirve para explicar la posibilidad de la praxis en un contexto de fuerzas ya dado, y en este sentido quiere continuar la tradición del materialismo; sin embargo, por esto mismo corre el riesgo de confundir —y éste es al menos según creemos el caso de Sartre— medidas excepcionales ligadas a la coyuntura con políticas consistentemente contrarias a los intereses de las masas. En el caso de la URSS, la fe en el futuro de la revolución en muchos casos extendió esta confusión: el mismo Trotsky lo advertía cuando afirmaba que “los jefes del bolchevismo veían en estas medidas [la supresión de los partidos de oposición en manos de la burocracia soviética], en contradicción evidente con el espíritu de la democracia soviética, necesidades episódicas de la defensa y no decisiones de principio” (Trotsky, 1972).

Sartre mantuvo siempre —y deliberadamente— una postura ambigua respecto a Rusia. Si bien es cierto que en el año de publicación de *LMS* aún no se sabía en Francia, por ejemplo, de la magnitud de los campos de concentración soviéticos, ya al inicio de la Segunda Guerra Mundial muchos de los intelectuales del círculo de Sartre habían roto relaciones con el PC y denunciaban la creciente burocratización de la URSS. En rigor, el papel que comienza a tomar la URSS en los conflictos internacionales, que ya sea por mera cercanía geográfica es aquello que podría estar más cerca del conocimiento de la intelectualidad europea, es ya reaccionario y retrógrado en los levantamientos de distintos países durante la década del 20, incluyendo en 1936 la colaboración para desactivar una huelga general en Francia.

Es importante sin embargo señalar que, al publicar *LMS*, así como en todos los escritos de la época que entran en relación con la URSS, Sartre se está dirigiendo a un público determinado, oponiéndose a sus colegas intelectuales en su mayoría anticomunistas, y cuestionando la historia oficial que estaba en vías de constituirse en torno a la izquierda. Esta “historia oficial” es la que ya denunciaba Trotsky en 1937 cuando cargaba contra quienes pretendían homologar el stalinismo al bolchevismo, la burocracia a la vanguardia revolucionaria, y remitir estas dos al marxismo como única posible expresión de la doctrina, para a partir de esto desechar la posibilidad del socialismo como vía política posible y declararla como una tendencia “en bancarrota” (Trotsky, 1975). Para el año en que es estrenada la obra, la visión de que el proletariado irreversiblemente debía integrarse al capital estaba tan difundida y consolidada entre la intelectualidad francesa, que incluso la crítica burguesa elogió el drama por tomarlo equivocadamente —o al menos, en contra de las intenciones de su autor— por una pieza anticomunista (Sartre, 1960).²

En una discusión que mantiene a través de publicaciones en *Les Temps Modernes* con Camus, y a propósito de la difusión de información sobre los campos de concentración soviéticos, Sartre (1952) afirma: “Yo he visto cómo se regocijaban, los anticomunistas, por la existencia de estos presidios; he visto cómo los utilizaban para tranquilizar sus conciencias”. Es en contrapunto con esta actitud que quiere mantener su simpatía al PC, no sin contradicciones. *LMS* es publicado en el contexto de la posguerra, en el que la polarización del mundo implicaba, a sus ojos, la necesidad de tomar partido por Occidente o por Oriente. La idea directriz con la que parecer regir Sartre todos sus debates públicos es la de que la crítica a la URSS, aunque tal vez justa, es objetivamente reaccionaria, puesto que ante la disyuntiva, estar en contra de Rusia implicaba estar a favor del imperialismo; y más aún, suponía por esto una condena a cualquier movimiento revolucionario. En este mismo sentido, Sartre batalla especialmente contra la actitud de aquellos que no se pronuncian ni a favor ni en contra del régimen soviético.³

Es en nombre de estas ideas —que resuenan en la actualidad cada vez que alguien advierte sobre “el juego a la derecha”— que Sartre se empeña en sostener el régimen soviético, y aunque admita que “la cortina de hierro es sólo un espejo y cada una de las mitades del mundo refleja la otra mitad” (Sartre, 1952), ve en él una alternativa al capitalismo. Falla tal vez en creer que esta defensa no sirve a la reacción tanto como la de aquellos que lo condenan. La historia posterior le dio luego la razón a quienes veían en aquellas supuestas medidas coyunturales un programa consistentemente contra-revolucionario, que dejaba de lado la esperanza inicial de una revolución mundial.

José Pablo Feinmann y la adhesión crítica

Si hay una conciliación posible entre los dos términos contradictorios de la fórmula de la “adhesión crítica”, ésta tendrá que ver con una cierta manera de habitar la contradicción, de vivir una tensión que de manera muy esquemática se presenta en *El Flaco* al interior del intelectual como el conflicto entre los principios ideales y la praxis real, y externamente como el conflicto entre la pureza del intelectual y las “manos sucias” del político. Feinmann insiste en que la política se trata de dar los pasos necesarios según lo que el contexto permita, atendiendo a “la realidad”; y con este argumento descarta cualquier iniciativa política que se plantee por fuera del aparato del PJ:

Si la política es la búsqueda de una decisión que pueda abrir una hendidura en el bloque monolítico del poder, el Aparato es lo ya-decيدido. El Aparato es la anti-praxis. El Aparato es una cosa. Está hecha. Construida.” Y luego: “¿Cómo se lucha contra el Aparato? ¿Dentro del Aparato o afuera? Pareciera que la única posibilidad es dentro, ya que no hay sino “el Aparato”. No obstante, pelear “dentro” del Aparato implica aceptarlo. Jugar con sus reglas (Feinmann, 2011).

En principio, hay una distancia entre afirmar que el Aparato es del orden de lo consolidado, y decir que es la totalidad de lo real: esta última tesis va más allá de lo evidenciable en la dirección de desconocer toda tradición política por fuera de la que aquí se quiere ensalzar. Todavía más grande es la distancia entre afirmar la imposibilidad de pensarse por fuera del aparato, y la necesidad de aceptarlo. En este movimiento teórico Feinmann hace peligrar la idea de la tensión, que en Sartre es una dialéctica, entre la libertad radical del hombre y la correlación real de fuerzas sobre la que se basa la noción

de praxis, al desdibujar el polo de la libertad, es decir, de la posibilidad.

En rigor, lo que está puesto en juego es la línea divisoria entre el pragmatismo político y la llamada *realpolitik*: Feinmann inscribe al gobierno kirchnerista dentro de la segunda línea, sin dar sin embargo demasiadas razones al respecto. ¿Cuál es el elemento decisivo que separa a Kirchner del pragmatismo político, que lo separa a su vez de figuras como Menem —que también comenzó, según Feinmann, una carrera política íntegra hasta que “se vendió”? Parece insistirse en distintos pasajes del libro en que la originalidad del kirchnerismo, y aquello que hace de Néstor Kirchner una figura ponderable es su determinación a no reprimir ninguna protesta y/o conflicto social. Pero si la no represión es la esencia del kirchnerismo, el núcleo que no puede cederse ni aún ante la avanzada de la “realidad”, no se puede ante ciertos hechos seguir colocándolo del lado de la *realpolitik* sin un cierto cinismo.

Una teoría de la praxis que contemple las estructuras reificadas y recibidas por el hombre no debe sacrificarse en favor de una libertad etérea y sin asimiento en la realidad; sin embargo, el hombre es también el intento de superar esas estructuras, y tal teoría debería cuidarse de no hacer una apoteosis de lo real. Esto es lo que sucede en la justificación del kirchnerismo que hace Feinmann; y tal vez, en la postura de Sartre frente a la URSS, realizada sin embargo en otro contexto y con otros fines como guía. Para un intelectual francés en la posguerra se abrían dos caminos que llamaban a una toma de posición; para Sartre, la decisión se resolvió en la esperanza (que nunca abandonó) de que llegase el momento de la instauración del socialismo a nivel mundial. En relación a este proyecto es que surge la obra y la consecuente defensa de la figura de Hoederer, que luego retoma Feinmann. Este, sin embargo, termina tomando partido por Hugo, quizás en un intento de salvarse de la acusación de pragmatista; pero logrando en cambio solamente disociar aún más los dos términos de la contradicción: su propia pureza de intelectual que no se resiste a abandonar, y su compromiso político real como defensor, a cualquier costo, del kirchnerismo.

Notas

¹ “La praxis se controla por los juicios de valor que engendra y que son indiscernibles de los juicios de hecho; así la verdadera política contiene implícitamente en ella su apreciación moral propia. Y el medio de juzgar totalmente la empresa de un gobierno, es juzgarla políticamente” (Sartre, 1957).

² “Cuando LMS fue representada (...) los críticos de extrema izquierda y los de la prensa burguesa se observaban y esperaban. Finalmente, habiendo decidido los primeros que estaba contra su partido, lo que en modo alguno correspondía a mi intención, los otros la aplaudieron como una máquina de guerra y, por esto, les dieron razón” (Sartre, 1964c).

³ Es muy interesante a este respecto ver cómo se adelanta a tópicos que luego van a ser moneda corriente en el pensamiento europeo: la filosofía del acontecimiento, la reivindicación de la pasividad y la potencia por sobre el acto, etc; como maneras de pensar que reivindican la inacción y que surgen como una clara reacción al terror al que llevaron los “ideales” del siglo XX. Combate sobre todo la figura de las “almas bellas”, que ven en cualquier rebelión un instinto monstruoso de poderío.

Referencias

- Feinmann, José Pablo (2011) *El Flaco. Diálogos irreverentes con Néstor Kirchner*. Buenos Aires: Planeta.
- Sartre, Jean-Paul (1950) “Falsos sabios o falsas liebres”, en *Problemas del marxismo I*. Buenos Aires.
- Sartre, Jean-Paul (1964a) *Entrevista de Paolo Caruso a propósito del estreno de Las Manos Sucias en Italia, en Sartre por Sartre*. Buenos Aires: Jorge Alvarez.
- Sartre, Jean-Paul (1964b) *Entrevista de Le Nouvel Observateur, en Sartre por Sartre*. Buenos Aires: Jorge Alvarez.
- Sartre, Jean-Paul (1964c) *Entrevista de L'Express, en Sartre por Sartre*. Buenos Aires: Jorge Alvarez.
- Sartre, Jean-Paul (1957) “El fantasma de Stalin”, en *Problemas del marxismo II*. Buenos Aires.
- Sartre, Jean-Paul (1952) “Respuesta a Albert Camus”, en *Polémica Sartre-Camus*. Buenos Aires.
- Trotsky, León (1972) *La revolución traicionada*. México: Juan Pablos Editor.
- Trotsky, León (1975) *Bolchevismo y stalinismo*. Buenos Aires: El Yunque.